

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSIER

Redescubriendo América
Coordina Juan Francisco Maura

ENTREVISTA

Manuel Vilas

MESA REVUELTA

Mario Martín Gijón
José-Carlos Mainer

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

Avda. Reyes Católicos, 4
CP 28040, Madrid
T. 915838401

Director

JUAN MALPARTIDA

Administración

Magdalena Sánchez

magdalena.sanchez@aacid.es

T. 915823361

Suscripciones

María del Carmen Fernández Poyato

suscripcion.cuadernoshispanoamericanos

@aacid.es

T. 915827945

Imprime

Solana e Hijos, A. G., S. A. U.

San Alfonso, 26

CP 28917-La Fortuna, Leganés, Madrid

Depósito legal

M.3375/1958

ISSN

0011-250 X

Nipo digital

109-19-023-8

Nipo impreso

109-19-022-2

Edita

MAEC, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación

AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional

para el Desarrollo

Ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación

Josep Borrell Fontelles

Secretario de Estado de Cooperación Internacional

y para Iberoamérica

Juan Pablo de Laiglesia y González de Peredo

Directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ana María Calvo Sastre

Director de Relaciones Culturales y Científicas

Miguel Albero Suárez

Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural

Pablo Platas Casteleiro

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, fundada en 1948, ha sido dirigida sucesivamente por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall, Félix Grande, Blas Matamoro y Benjamín Prado.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales:

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en el catálogo de la Biblioteca.

La revista puede consultarse en:

www.cervantesvirtual.com

www.cuadernoshispanoamericanos.com

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSIER

REDESCUBRIENDO AMÉRICA

- 4 *Juan Francisco Maura* – Las tormentas como agente descubridor: naves desviadas entre Europa y América en los siglos xv y xvi
- 28 *Paulo Alexandre Loução* – Textos clásicos sobre tierras a occidente
- 41 *Rui Manuel Loureiro* – Buscar el levante por el poniente: Martin Behaim revisitado
- 59 *José Manuel Malhão Pereira* – Algunas consideraciones de orden crítico al libro *1421. The Year China Discovered the World*, de Gavin Menzies



ENTREVISTA

- 84 *Carmen de Eusebio* – Manuel Vilas: «Para mí escribir es averiguar la trama de la vida»



MESA REVUELTA


- 92 *Mario Martín Gijón* – De la España en llamas al país de la ausencia
- 114 *José-Carlos Mainer* – Fernando Castillo y la extraña retaguardia



BIBLIOTECA

- 124 *Santos Sanz Villanueva* – Los padres y España (o viceversa)
- 128 *José María Herrera* – El efecto Sherlock Holmes. Variaciones de la mirada de Manet a Hitchcock
- 132 *Hugo Abbati* – Contra la pereza
- 136 *Juan Ángel Juristo* – Al escribir y amar somos inmunes
- 140 *Guillermo Carnero* – En tres palabras
- 143 *José Antonio García Simón* – En la cuerda floja
- 148 *Julio Serrano* – Huellas en el tiempo: vasos comunicantes
- 152 *Daniel B. Bro* – Dos grandes pensadores escoceses
- 156 *Isabel de Armas* – Arenal, una mujer fuera de serie





Redescubriendo América

Coordina Juan Francisco Maura

Por Juan Francisco Maura

LAS TORMENTAS

como agente descubridor: naves desviadas entre Europa y América en los siglos XV y XVI

«No anno de 1353, em tempo do Emperador Federico Barba Roxa, diz que foy ter a Lubres Cidade Dalemanha huma nao com certos Indios em huma canoa, que são navios de remo, parecemse a os tones de Cochim: porém esta canoa devia de ser da Costa da Florida Bacalhãos, e aquella terra, por estar n mesma altura Dalemanha: de que os Tudescos ficaraõ espantados do tal navio, e gente, por não saberem donde erão, nem entenderem sua lingua-gem, nem terem noticia daquella terra, como agora, porque bem os podia alli levar o vento, e agoa, como vemos que trazem as almadias de Quiloa, Moçambique, Sofala, a Ilha de Santa Elena, que he hum ponto de terra, que está naquelle graõ mar daquella Costa, e Cabo de Boa Esperança taõ separada».

ANTONIO GALVAÕ, *Tratado dos Descobrimetos*, 18¹

La presente investigación se centrará en la documentación existente sobre navegaciones que, debido a causas externas como temporales, tormentas o tempestades, tuvieron como resultado el desplazamiento de navíos entre continentes. En algunos casos, estos viajes se llevaron a cabo presuntamente antes de 1492 por parte de protonautas, entre los que podríamos incluir al mismo Cristóbal Colón. Como decía Juan Manzano el 10 de diciembre de 1975 durante una conferencia que ofreció en Canarias, unos meses antes de la publicación de su conocido libro *Colón y su secreto*: «Trato de probar que Colón conocía la existencia de estas tierras de la orilla opuesta del Atlántico por los informes que un

piloto, probablemente portugués, acaso castellano, cuando regresaba de un viaje a Guinea, los alisios y la corriente ecuatorial del norte lo desviaron hacia las actuales Antillas Menores descubriendo por Guadalupe, Dominica y todo ese medio arco hasta la Española, la isla de Jamaica y la costa norte de América del Sur, la actual Venezuela» (Manzano).² Desde la más remota antigüedad tuvieron lugar accidentes de navegación debidos a diferentes causas naturales, como son las corrientes marinas y las tormentas. Unos de los más frecuentes fueron los sufridos por las embarcaciones, portuguesas o castellanas que, de regreso a la península desde el Golfo de Guinea, las islas de Cabo Verde, Madeira, las Canarias y, en algún caso, desde Inglaterra, se vieron arrastradas involuntariamente hasta la costa del Brasil o las islas del Caribe. Son esos vientos alisios los que, a causa del movimiento de rotación de la tierra, se desvían hacia occidente, soplando del noreste al suroeste en el hemisferio norte y del sureste hacia el noroeste en el hemisferio sur. Y será en el hemisferio sur donde los veleros se verán involuntariamente desplazados hacia las costas del Brasil, Venezuela o el Caribe. Lo mismo ocurre con la corriente ecuatorial, que desplaza la superficie del agua hacia el oeste. En palabras de Jaime Cortesão: «Podemos calcular que até à data da primeira viagem de Colombo à América os navios portugueses cruzaram por 4000 ou 5000 vezes as paragens em que podiam ser impelidos pela força anormal o normal dos ventos e das correntes para as costas americanas» (138).

*Real Cédula a la audiencia de la isla Española; que Francisco Carnero, secretario del rey de Portugal y de su consejo y su gobernador de la isla del Príncipe, ha hecho relacion que una nao suya nombrada Santantonio que partió de la dicha isla cargada de esclavos, azucares, marfil y otras mercaderias y fué a acabar de cargar a la isla de Santo Tomé, partiendo de allí para Lisboa, en el paraje de Cabo Verde le dió una tormenta con la cual fué a dar a Santo Domingo donde por la justicia y oficiales fué determinado que la nao y su carga habia caido en pena, y porque el piloto Nicolla Alvarez quiso dar carena a la nao para venirse con los esclavos y mercaderias y tambien porque no quería vender todo ello en esa isla lo prendieron.*³

Ésta es la razón de que encontremos documentación de archivo española sobre navíos portugueses que en diferentes ocasiones se vieron desviados de su ruta, como en el ejemplo anteriormente citado de 1558.

Ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote*, lib. 2, cap. 1

Como escribe el capitán António Galvão (1490-1557) en su *Tratado dos Descobrimentos*, la isla de Madeira fue casualmente descubierta cuando un vasco llamado Machín, volviendo de Inglaterra a España con una mujer a la que, según el texto, había raptado, empujado por una tormenta llegó a un puerto de la isla de Madeira que todavía hoy se llama Machico en su recuerdo. La mujer no sobrevivió al viaje y Machín, que la amaba, levantó una ermita grabando en una piedra su nombre. Tras construir una canoa con un tronco de árbol, logró llegar a la costa africana sin ayuda de velas ni remos. Los moros, al descubrir a los supervivientes, lo tuvieron por cosa milagrosa y los presentaron al señor de su tierra, que los envió ante el que era entonces rey de Castilla, Enrique III. Fue a raíz de la información dada por Machín que muchos franceses y castellanos se interesaron por descubrir nuevos territorios, llegando a las islas Canarias: «Principalmente Andaluces, Biscainhos, Lepuzcos [guipuzcuanos]» (Galvão 19). El humanista portugués Gaspar Frutuoso recoge la misma información: «[R]einando em Castela este mesmo Rei D. Henrique terceiro, no ano de mil e trezentos e noventa e três se moveram muitos de França e Castela a irem descobri-la e a Gram Canária, principalmente andaluces, biscainhos, lepuscanos» (Frutuoso, lib. 1, p. 31).⁴ El mismo Galvão nos cuenta que en el año 1447 una nao portuguesa se vio desplazada a causa de una tormenta «muito mais do que quizera», hasta llegar a una isla donde había siete ciudades donde «falavaõ nossa lingoa» y en la que les preguntaron si todavía tenían los moros ocupada España, de la que habían huido por la pérdida del rey don Rodrigo: «E alguns querem que estas terras, e Ilhas que os Portuguezes tocaraõ, se-

jaõ aquellas que se agora chamaõ as Antillas, e nova Espanha, e allegaõ muitas razoens pera isto» (Galvão 24). Sin duda, se trata de una de las primeras menciones de las «siete ciudades», uno de los mitos-fábulas más recurrentes en la Edad Media y el Renacimiento.⁵

Sería, no solamente arrogante sino poco sensato, incluso descabellado, pensar que en los últimos diez mil años ninguna persona o grupo lograra cruzar de un continente a otro a bordo de precarias embarcaciones, de la misma manera que se hace hoy en día. Ya sea en solitario, a remo o a vela, individuos de ambos sexos, incluyendo adolescentes, siguen cruzando el Atlántico. También familias enteras en busca de libertad y de un futuro mejor en tierras europeas a lo largo de todo el año cruzan en frágiles «pateras» atestadas de gente y enseres, con un coste vergonzoso en vidas humanas, las turbulentas aguas del estrecho de Gibraltar y de otros puntos del Mediterráneo. Algo parecido ha ocurrido con familias salidas de Cuba que igualmente buscaban libertad y un mundo mejor. Aun así, todavía existe resistencia a la hora de aceptar cualquier otra teoría que no sea la tradicional colombina, aunque en su segundo viaje el mismo almirante hallase entre los caribes de la isla de Guadalupe restos de una nave europea y una caldera de hierro. De la misma manera, pocos años más tarde, los hermanos Cortereal se encontraron, en lo que hoy es Canadá, una espada dorada y pendientes de plata en las orejas de una mujer indígena (Fernández Duro, 52).

Es de suponer que grandes navegantes de tiempos pasados como fueron fenicios, cartagineses, celtas, bretones portugueses o españoles, así como diversos pueblos africanos tuvieron, por accidente, necesidad vital, curiosidad o imperativo comercial, interés por ver lo que había más allá del «mar tenebroso». Lo mismo ocurrió en sentido inverso, esto es, desde el continente americano hacia Europa o África. El historiador Herrera y Tordesillas, por ejemplo, destaca cómo el rey de Portugal ya estaba al tanto de los hallazgos de indios y canoas con canutos de azumbre (un tipo de cantimplora hecha de caña con capacidad para dos mil dieciséis decilitros de agua) al oeste de las Azores mucho antes de 1492.⁶ Estaba claro que había tierras navegando hacia el oeste y los portugueses lo sabían de sobra (Herrera, década 1, libro 1, cap. 2, p. 3). El mismo autor, en el capítulo «De las razones que movieron al Almirante don Christoval Colon para persuadirse que avia nuevas tierras», nos informa que hablando con hombres que navegaban los «mares de Occidente», especial-

mente hacia las islas de los Azores, un tal Martín Vicente afirmó que, hallándose a cuatrocientas cincuenta leguas al poniente del Cabo de San Vicente, se encontró con un madero labrado artesanalmente y no con hierro, de lo que dedujo que dicho palo venía de alguna isla al oeste. Por su parte, un concuñado del almirante, Pedro Correa, casado con la cuñada de Cristóbal Colón, confirmó que en la isla de Puerto Santo había visto otro madero arrastrado por los mismos vientos y labrado de la misma forma, y también otras cañas muy gruesas que «en cada canuto pudieran haber tres azumbres de agua». Pero lo más importante es que Cristóbal Colón oyó personalmente afirmar al mismísimo rey de Portugal, Juan II, que no sólo tenía conocimiento de ello sino que además el mismo rey le mostró las citadas cañas. El rey, cuenta Herrera y Tordesillas, era consciente de que ese tipo de cantimplora de caña no existía en ninguna parte de Europa y que sólo podían venir del oeste. Basándose en lo afirmado por Ptolomeo en el capítulo décimo séptimo de su *Cosmografía*, recordaba que estas cañas se encuentran en la India. Visto lo cual, todo invitaba a conjeturar que la Corona portuguesa era plenamente consciente de que navegando hacia el oeste existían otras tierras y gentes. Sobre todo porque cuando ventaban con fuerza los vientos de Poniente traían una clase de pinos que no había en aquellas islas, además de canoas y, lo que es más, cuerpos de hombres muertos «de otro gesto que tienen los cristianos» (dec. 1, libro 1, cap. 2, p. 4.). También Diego Velázquez, vecino de Palos, contó a Colón, en el monasterio de Santa María de la Rábida, que se perdieron de la isla de Faial y que navegaron por el noroeste tanto tiempo que llegaron más allá del cabo de Clara (en Irlanda) y que no prosiguieron la travesía porque estaban ya en agosto y temían la llegada del invierno. Esto ocurrió cuarenta años antes que Colón descubriese las Indias. Otro testimonio es el que ofrece un marino del puerto de Santa María que, navegando a Irlanda, vio una tierra hacia occidente que creyó ser Tartaria, que luego se supo que era la tierra de los «bacallaos» y que no pudieron llegar a ella a causa de los fuertes vientos. Pedro Velasco Gallego dijo que, navegando a Irlanda, se adentró tanto al norte que pudo atisbar tierra hacia el poniente de aquella isla (dec. 1, libro 1, cap. 2, p. 6). Algo parecido ocurrió con los polinesios que, muchos siglos antes que Colón, recorrieron distancias mucho más largas por todo el océano Pacífico. Pese a todos estos testimonios, personas que han dedicado su vida al estudio del predescubrimiento, como fue el profesor Manzano, han sido marginadas de diferentes maneras,

pese a sus brillantísimos trabajos que, de alguna forma, podían si no oscurecer, sí relegar a un segundo plano la figura del descubridor oficial de América don Cristóbal Colón.

Los primeros testimonios en los que autores clásicos explican el origen de los habitantes del llamado «Nuevo Mundo» y su relación con pobladores del «Viejo Mundo» han sido sistemáticamente desechados. No obstante, en las últimas décadas y gracias a los avances científicos llevados a cabo por genetistas, arqueólogos, antropólogos, historiadores y lingüistas, todo apunta a la necesidad de replantearse muchos de los postulados que hasta la fecha habían sido considerados «canónicos». Me estoy refiriendo al contacto entre los pobladores de las costas atlánticas de ambos continentes. No ocurre lo mismo en el caso asiático donde, desde hace tiempo, la mayoría ha aceptado la existencia de un trasvase intercontinental sistemático y continuo de personas, ya fuera a pie o en balsa, durante muchos siglos a través de los extremos septentrionales del estrecho de Bering, unidos en algunos periodos geológicos por mares de hielo. En cuanto a los contactos transatlánticos, los defensores de la vieja escuela son muchos y todavía existen acaloradas disputas y una férrea resistencia a aceptar su existencia, eso sí, exceptuando los esporádicos casos de presencia nórdica (por ejemplo, vikingos) en tierras canadienses. Ha sido precisamente desde la preponderancia del mundo nórdico protestante sobre el meridional católico como se ha potenciado el estudio de la presencia vikinga y sus sagas a costa de la historiografía, mucho más rica de lo que se piensa, sobre los más que posibles viajes realizados por los cartagineses a esas mismas tierras americanas. Como en todo estudio llevado a cabo desde un marco teórico y científico, lo más importante son las pruebas, tanto las escritas como las arqueológicas o lingüísticas, que se han venido acumulando a través del estudio de navegaciones emprendidas desde la Antigüedad. En el presente caso, se destacan las pruebas escritas, recopiladas y contrastadas con el testimonio de nuestros cronistas del siglo XVI que, en forma de historias, fábulas, mitos o leyendas se han ido transmitiendo, con mayor o menor fortuna, hasta el presente.

Aunque el tema del predescubrimiento fenicio o cartaginés de América no es en ninguna manera novedoso, son pocos los trabajos que se han escrito desde la perspectiva de la cronística española del siglo XVI, y eso a pesar de que casi todos los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII lo mencionaran.⁷ El presente artículo tiene pues, por objetivo, ofrecer un abanico historiográ-

fico más amplio de fuentes pertenecientes a la cronística renacentista, en su mayoría española, que vendrá a reforzar la más que aceptada teoría de la llegada a tierras americanas de naves salidas desde la península Ibérica al llamado Nuevo Mundo de manos de estos tempranos navegantes.

El investigador Juan Manzano cuenta que en la tierra firme donde Cristóbal Colón situaba el paraíso terrenal, se encontró a muchos «indios blancos» o «casi tan blancos» como los españoles, prueba evidente –según Manzano– de que años antes llegaron a ese lugar gentes de Europa.⁸

Sería tarea imposible incluir en este estudio todas las aportaciones sobre la actividad de fenicios o cartagineses en América. Lo cierto es que dicha presencia ha estado documentada desde siempre, aunque es ahora cuando está saliendo a la luz. José María Blázquez Martínez destaca que la navegación a las islas del Atlántico, Madeira o Canarias está confirmada por un texto del Pseudo Aristóteles, en su tratado *Perithaumasion akousmata*, 84, 1, que posiblemente tome como referencia a Timeo, historiador griego del siglo III a. C., y a Diodoro Sículo, historiador siracusano contemporáneo de Augusto. Estos hechos, según Blázquez, podrían remontarse al siglo VI a. C., o incluso antes. El párrafo de Diodoro Sículo es el siguiente:

Los fenicios, por las razones antes dichas, exploraron las costas sitas más allá de las Columnas navegando a lo largo de las costas de Libia, fueron arrastrados por los vientos hasta parajes de larga navegación en el Océano. Cuando muchos días después cesó la tormenta arribaron a la isla mencionada, cuya felicidad y naturaleza reconocieron, comunicando la noticia a todos. Por esto los etruscos, que entonces poseían el dominio del mar proyectaron enviar allí una colonia, pero los cartagineses se lo impidieron, pues temían que, a causa de las excelencias de la isla, muchos cartagineses se estableciesen en ella; al mismo tiempo querían reservarse un refugio para el caso de un revés de fortuna, si sobrevenía algún acontecimiento ruinoso para Cartago, ya que dueños del mar, podrían huir con sus familias a dicha isla ignorada de sus vencedores.⁹

Por su parte, en su *Historia general y natural de las Indias*, Oviedo afirma que el llamado Nuevo Mundo no lo era tanto ya que, según Aristóteles, estas tierras eran conocidas desde la época de los cartagineses.¹⁰ Haciendo referencia a una isla apartada «a muchos días de navegación», Oviedo escribe: «A la qual, como llegassen algunos mercaderes de Cartago, como por ventura mo-

vidos por la fertilidad de la tierra é por la clemencia del ayre, comenzaron allí a poblar é assentar sus sillas, o pueblos é lugares». ¹¹ También cuenta que, bajo pena de muerte, ninguno debía pregonar ni osar navegar por esas aguas y que aquellos que se hubiesen atrevido, debían morir para que el conocimiento de aquellas tierras no pasase a otras naciones. Lo más destacado del testimonio de Oviedo es lo que nos cuenta sobre el propio Cristóbal Colón, al que siempre ensalza pese a no darle el crédito de haber sido el primer descubridor de América:

Agora quiero yo decir lo que tengo creydo desto, é cómo a parecer Christóbal Colom se movió, como sabio é docto é osado varón, á emprender una cosa como esta, de que tanta memoria dexó a los presentes é venideros; porque conosçió, y es verdad, que estas tierras estaban olvidadas. Pero hallólas escriptas, é para mí no dudo averse sabido é poseydo antiguamente por los reyes de España. E quiero decir lo que en este caso escribió Aristóteles [sic], el qual diçe que después de aver salido por el estrecho de Gibraltar hacia el mar Atlántico, se diçe que se halló por los cartaginenses, mercaderes, una grande isla que nunca avia seydo descubierta ni habitada de nadie, sino de fieras é otras bestias; por lo qual ella estaba toda silvestre y llena de grandes árboles é rios maravillosos é aparejados para navegar por ellos [...] Por lo qual movidos los cartaginenses é su Senado, mandaron pregonar só pena de muerte, que ninguno de ahy adelante á aquella tierra ossase navegar; é que á los que avian ydo á ella los matassen, por razon que era tanta la fama de aquella isla é tierra que si esta passasse á otras nasçiones que la sojuzgassen ó á otro de mas imperio que los cartaginenses, reçelaban que les seria muy gran contrario é inconveniente contra ellos é contra su libertad. ¹²

Estas opiniones llevarían al padre Las Casas (1484-1566) a acusar a Oviedo, de forma poco caritativa, de «vender a los reyes dellas las cosas que nunca fueron, por haber sido, afirmar y boquear que en los siglos pasados estas Indias o islas hobiesen a España». ¹³ No debemos olvidar la animosidad que existía entre estos dos documentados historiadores. Según Las Casas, que dedica dos capítulos de su *Historia* a este asunto, Oviedo, al no poder comprender la lengua latina, cometía errores como el de afirmar, basándose en autores antiguos, que las Hespérides ya pertenecían a los reyes de España. ¹⁴ A pesar de todo, el padre Las Casas acepta o, mejor dicho, no descarta, la llegada de embarcaciones de hombres blancos a Cuba antes de Colón (Casas,

Historia, lib. 1, cap. 13, 98): «Que el dicho navío pudiese con tormenta deshecha (como llaman los marineros y las suele hacer por estos mares) llegar a esta isla sin tardar mucho tiempo y sin faltarles las viandas y sin otra dificultad, fuera del peligro que llevaban de poderse finalmente perder, nadie se maraville, porque un navío con grande tormenta corre cien leguas, por pocas y bajas velas que lleve» (Las Casas, *Historia*, lib. 1, cap. 13, 98). Las Casas también es el que más espacio dedica a la historia del protonauta que presuntamente pasó sus secretos a Colón y a la sospechosa desenvoltura y seguridad que éste mostraba a la hora de negociar con los reyes de Portugal o de Castilla (Casas, *Historia*, lib. 1, cap. 13, 99). Sin embargo, el prolífico y preciso académico Cesáreo Fernández Duro destaca la existencia de un códice en la Academia de la Historia en el que el monje jerónimo fray Antonio de Aspa consigna esta historia veinticinco años antes (Fernández Duro, 40).¹⁵ El fragmento de dicho documento que más nos interesa es el siguiente:

Al qual dho Colon sabida la fortuna y muerte de los que avian partido de allí, dende a algun tpo acordo de yrse para el rrey de portugal que era en aquella sazón el rey Don alonso para negociar con el alguna manera para que le ayudase para yr a buscar aquellas tierras y según se cree y afirma no le descubrió del todo el secreto como el lo sabía y lo tenía por memoria escrito salvo dándole de lexos alguna noticia y razones como se sabía que avia ciertas tierras ygnotas y no conocidas las quales halladas serian de mucho provecho si fueran avidas e sojuzgadas e de que habia en ellas mucho oro pasando algunas causas y razones persuasivas para que dicho rrey se ynclinase a gastar algo y lo enbiase a las buscar y esto sería el año de mill e quatroçientos y setenta e cinco años o poco mas el qual dicho Colon andubo tras el dicho rrey en esto algunos años y platicando con algunos de su Corte en ello y algunos avia que les parecia bien otros burlavan dello teniendolo por ayre y como esto fue en tiempo que el rreyno de Portugal y Castilla estaban rebueltos sobre la entrada que el dicho rrey Alonso entro aca en Castilla en favor de la excelente que se decía hija del rrey Don Enrique el quarto entonces el dho Xpoval Colon no fue ansi oydo ni ovo lugar ni ayuda en su negocio como la calidad del lo requería y enfadado y como aburrido de la dilacion del mucho tiempo que en aquello avia gastado acordo de se venir para el rrey Don Fernando y la rreyna doña Ysavel en Castilla con la mesma empresa y negociacion de la manera que con el dicho rrey de Portugal negociaba [...] (fol. 1r., imagen 8).¹⁶

En su opinión, el más interesado en mantener la leyenda del piloto anónimo fue el mismo almirante, que incluyó en sus escritos cómo un marinero tuerto del Puerto de Santa María y un piloto de Murcia le aseguraron haber llegado arrastrados por el temporal hasta las remotas costas de Occidente, donde se abastecieron de agua y leña para regresar. «Que el piloto muriese en su casa y le legara los papeles, adorno añadido puede muy bien ser; que el piloto existió y de su boca supo cómo había ido y vuelto de las tierras incógnitas, confirmado por él está» (46). Cristóbal Colón igualmente cuenta que en el año 1484 vio a un vecino de la isla de Madeira acudir ante el rey para pedirle una carabela con el fin de salir a descubrir cierta tierra, que juraba haber visto cada año, tanto él como otros vecinos de los Azores. Ésta es la razón de que en los mapas antiguos se incluyesen algunas islas que salpicaban aquellos mares, especialmente una que llamaban la Antilla, que situaban a poco más de doscientas leguas al Poniente de las islas Canarias y de los Azores. «Esta estimaban los portugueses, y hoy no dejan de tener opinión que sea la isla de las Siete Ciudades, cuya fama y apetito aún ha llegado hasta nos [...]» (Casas, lib. 1, cap. 13, p. 99).¹⁷

II

«Pois que maravilha é que passassem três mil anos sem que se houvessem estendido os homens por todas as partes do Mundo?».

FRUTUOSO, vol. 1, 129

Pedro Barrantes Maldonado en su obra *Ilustraciones de la Casa de Niebla* da noticia de todos los hechos protagonizados por los miembros de una de las casas más importantes de la aristocracia española, los Medina Sidonia, la misma que en su día será encargada por Felipe II para dirigir la Armada Invencible contra Inglaterra. Colón, habiendo pedido ayuda a uno de estos duques, quedará registrado en esta crónica. Las tres primeras páginas del capítulo tercero de la novena parte de la obra afirman que Cristóbal Colón ya había estado en América con anterioridad a la fecha oficial de 1492.¹⁸ Resulta cuando menos sospechosa la insistencia de Colón en su búsqueda de apoyo para conseguir «descubrir» aquellas tierras por él ya descubiertas. Sin embargo, el también historiador y bibliógrafo Pascual Gayangos, pese a respetar a Pedro Barrantes Maldonado como historiador, no acepta en ningún caso la afirmación del predescubrimiento de Colón que aparece

en el documento. Me inclino a pensar que Gayangos no dio crédito en ningún momento al testimonio de Barrantes sobre Colón y decidió pasarlo por alto. En una de las pocas notas aportadas en los volúmenes IX y X de la edición impresa de *Ilustraciones de Medina Sidonia* incluida en *Memorial Histórico Español: Colección de documentos opúsculos y antigüedades* que publicó la Academia de la Historia en 1857, Gayangos llega a preguntarse cómo un historiador tan escrupuloso y preciso como Barrantes pudo haber cometido tan craso «error» como el de afirmar que Cristóbal Colón ya había estado en el Nuevo Mundo antes de 1492:

Es cosa averiguada que Colón nació en Génova y no en Milán; por lo demás las noticias que nuestro autor da del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, están tan poco conformes con lo que de él sabemos que no deja de causar extrañeza que un escritor, generalmente exacto y concienzudo como a todas luces lo es Barrantes Maldonado, incurriese en un error tan palpable y manifiesto como el de suponer que antes de su venida a España había reconocido ya la costa de Santo Domingo, saliendo de Inglaterra, lo cual equivale a decir que había ya descubierto y hallado el Nuevo Mundo (Gayangos, 397).¹⁹

En lo referente a la mención de Colón, las únicas diferencias con los demás manuscritos de las *Ilustraciones* son las correcciones del documento original, esto es, del borrador. Sin embargo, estas correcciones serán de una importancia capital para la interpretación global del documento. En la presente cita, que corresponde a las primeras líneas del documento original (ms. 9/134), incluyo las correcciones entre corchetes y en letra cursiva. Dice así:

Capítulo Terçero. De como el rey e la Reyna enviaron a Xtóbal Colon a descubrir las Yndias del mar Oçeano

Estando el Rei e la Reyna en Santa Fe [en el çerco de Granada] en este año de MIII XCI7 [1492] suçedio que un Xpóbal Colon, extrangero de la nación de Mylán [Genova] hombre de alto yngenio syn saber muchas letras astuto en el arte de la cosmografía/ e del repartir del mundo aviendo dende ynglaterra salido en una nao [para venir a España] y corriéndole tormenta allego a la ysla que agora se llama de Santo Domingo/ (Manuscrito original de Pedro Barrantes Maldonado, conservado en la Academia de la Historia en Madrid (ms. 9/134, novena parte, cap. 3, fol. 410r.).

Algunos cronistas contemporáneos definen al mismo Colón como protagonista del dicho predescubrimiento. Comencemos,

por ejemplo, con el testimonio que ofrece el padre Las Casas en el capítulo XIV de su *Historia de las Indias*:

*Díjose que una carabela o navío que había salido de un puerto de España (no me acuerdo haber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino de Portugal se decía), y que iba cargada de mercancías para Flandes o Inglaterra, o para tractos que por aquellos tiempos se tenían, la cual, corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a estas islas y que aquesta fue la primera que las descubrió.*²⁰

La opinión de otro de los grandes cronistas, el Inca Garcilaso de la Vega, igualmente merece atención. En sus *Comentarios reales*, el autor nos dice que hacia el año 1484 un piloto natural de la provincia de Huelva, fronteriza con Portugal, llamado Alonso Sánchez de Huelva llevaba mercancías de España a Canarias y después a las islas de Madera (Madeira). De regreso a España, cargado de azúcar y conservas, mientras realizaba su habitual ruta triangular, le alcanzó una tormenta que le tuvo veintiocho o veintinueve días perdido sin poder orientarse por el sol o por el norte, sufriendo los del navío «grandísimo trabajo en la tormenta», porque ni les dejaba comer ni dormir, tras lo cual: «Al cabo de este largo tiempo se aplacó el viento y se hallaron cerca de una isla; no se sabe de cierto cuál fue, más de que se sospecha que fue la que ahora llaman Santo Domingo» (lib. 1, cap. 3, 12-13). El citado autor destaca que Alonso Sánchez, el piloto, tomó nota de todo lo que le había sucedido, se proveyó de agua y leña y se volvió a España sin saber con seguridad el camino que tenía que seguir:

*Y por la dilación del camino les faltó el agua y el bastimento, de cuya causa, y por el mucho trabajo que a ida e venida habían padecido, empezaron a enfermar y morir de tal manera que de diez y siete hombres que salieron de España no llegaron a la Tercera más de cinco, y entre ellos el piloto Alonso Sánchez de Huelva. Fueron a parar a casa del famoso Cristóbal Colón, genovés, porque supieron que era gran piloto y cosmógrafo y que hacía cartas de marear, el cual los recibió con mucho amor les hizo todo regalo por saber cosas acaecidas en tan extraño y largo naufragio como el que decían haber padecido. Y como llegaron tan descaecidos del trabajo pasado, por mucho que Cristóbal Colón les regaló no pudieron volver en sí y murieron todos en su casa, dejándole en herencia los trabajos que les causaron la muerte [...] (lib. 1, cap. 3, 12-13).*²¹

Juan de Castellanos (1522-1607), autor del poema más largo de la literatura española, *Elegía de Varones ilustres de Indias*, y cronista que asistió en persona a la conquista del Nuevo Reino de Granada, también recoge la misma información, esta vez en forma de verso.²² En el canto primero de su primera elegía habla del pre-descubrimiento por parte del mismo piloto desconocido mencionado anteriormente y de la posibilidad de que dicho protonauta fuese el mismo Cristóbal Colón:

*Aquella [Madeira] con sus tratos frecuentaba,
Allí lo más del tiempo residía,
Y dicen que do quiera que moraba
Su vida por buen modo componía:
A pobres peregrinos hospedaba
Dándoles de lo poco que tenía,
Y entre ellos hospedó con pía mano
Una vez un piloto castellano.
El cual era también gran navegante;
Pero (según entonces se decía)
Tempestuoso viento de levante
Lo hizo navegar do no quería,
Forzándolo pasar tan adelante,
Que de volver duda tenía,
Corriendo hasta ver tierras no vistas,
Ni puestas por algunos cronistas.
El cual hombre llegó destas regiones.
Con gran enfermedad debilitado,
Y ansí murió con los demás varones
Que de la mar habían escapado;
Pero dejó cumplidas relaciones
Del prólijo discurso navegado,
Las cuales como cosa de su ciencia,
Colón notó con suma diligencia.
Otros quieren decir que este camino,
Que del piloto dicho se recuenta
Al Cristóbal Colón le sobrevino,
Y él fue quien padeció la tal tormenta;
La cual no me parece desatino
Según por boca de él se representa
Hablando con los suyos cerca de desto,
Como más adelante veréis presto...
Para confirmación de lo contado,
Algunos dan razón algo fundada,*

*Y entre ellos el varón adelantado
 Don Gonzalo Jiméñez de Quesada;
 Pues no teniendo menos de letrado
 Que supremo valor en el espada,
 En sus obras comprueba por razones
 Ser estas las más ciertas opiniones.
 Hay gente que de valor también que quiere
 Decir que lo halló [la ruta de América] por escritura
 De tal antigüedad cual se requiere
 Para ser infalible conjetura;
 Mas, sea la tal cosa como fuere,
 Diligencia parió buena ventura,
 Pues prometió de darnos monarquía,
 Y fue la mayor que prometía (6).*

Lorenzo de Padilla, cronista de Felipe II, en el capítulo v de su *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso* hace mención del fortuito descubrimiento de América, gracias al apoyo de un cuñado de Colón.²³ Una vez más, la familia política del «descubridor» vuelve a cobrar un protagonismo preponderante. Los genoveses, que habían ocupado el puesto de almirante por varios siglos, se vieron a partir de la dinastía de Avis relegados a cargos inferiores al almirantazgo, para que éste fuese ocupado exclusivamente por portugueses. Dicha medida podría explicar la negativa del rey Juan a prestar oídos a Colón y dar el cargo a un genovés. No ocurre así con los reyes castellanos, que sí concederán al genovés muchos más privilegios de los que hubiera podido conseguir en la corte vecina:

Reinando estos Príncipes un ginovés llamado Colon, estando en las islas Azores que son de la corona de Portugal, navegando cerca dellas este y cierto cuñado suyo se perdieron en un navío navegando la vuelta de poniente muchos días, á donde descubrieron ciertas islas y no tomaron tierra en ellas; sucediéndoles buen tiempo volvió a la isla de los Azores uno destos, y fue el cuñado: díjolo al Colon y la derrota por do habían navegado; y como Colon era hombre agudo, vínose a Portugal y díjolo al Rey D. Joan, el cual no le dio oídos y lo tuvo por burla; Colon se paso a Castilla, y teniendo el Rey y la Reina su Real sobre Granada, habló con un frayre Francisco, confesor de la Reina, sobre este negocio (Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo 8, cap. 5, 15-16).²⁴

José de Acosta (1510-1577?), en su *Historia natural y moral de las Indias*, recoge, al igual que los dos historiadores anteriores, la misma sospecha acerca del predescubrimiento: «Porque así sucedió en el descubrimiento de nuestros tiempos cuando aquel marinero (cuyo nombre aún no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuye a otro autor sino a Dios) habiendo por un terrible e importuno temporal reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedaje a Cristóbal Colón la noticia de cosa tan grande» (Acosta, lib. 1, cap. 19, 108).²⁵ Acosta igualmente incluye a los cartagineses dentro de este negocio: «También cuentan que una nao de cartagineses del mar de Mauritania fue arrebatada de brisas hasta ponerse a vista del Nuevo Orbe» (Acosta, lib. 1, cap. 19, 109). El mismo padre Acosta, al narrar una victoria de los incas sobre los chancas, cita la presencia de hombres barbudos en el Perú mucho antes de la llegada de los españoles. El Inca Yupanqui declaró ante sus soldados que no habían sido ellos los que habían vencido, sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le había enviado y que nadie pudo verlos salvo él, «y pudo esta imaginación y ficción de aquel Inga tanto, que con ella alcanzó victorias muy notables» (libro 6, cap. 21, p. 422). En el capítulo 21 del libro 6 de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, volvemos a encontrar una conexión entre los barbudos prehispánicos y los españoles: «Y porque el Príncipe dijo que tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios que generalmente son lampiños, y que traía el vestido hasta los pies, diferente hábito del que los indios traen, que no les llega más de hasta la rodilla, de aquí nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú, porque les vieron barbas y todo el cuerpo vestido» (libro 6, cap. 21, 255). Siguiendo con la misma imagen, la estatua que manda levantar el príncipe Viracocha en honor del dios Viracocha, llama la atención, además de por su barba, por su indumentaria. Así podemos leer el capítulo 22 del libro 5, de los *Comentarios reales*:

La estatua semejaba a las imágenes de nuestros bienaventurados apóstoles, y más propiamente a la del señor San Bartolomé, porque le pintan con el demonio atado a sus pies, como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido. Los españoles, habiendo visto este templo y la estatua de la forma que se ha dicho, han querido decir que pudo ser que el apóstol San Bartolomé llegase hasta el Perú a predicar a aquellos gentiles, y que en memoria suya hubiesen hecho los indios la estatua y el templo (libro 5, cap. 22, 258).

Será a este Inca Viracocha a quien se atribuya la profecía de que habría de llegar «gente nunca jamás vista» a conquistarles su imperio. Algo equivalente al Quetzalcoatl de los mexicas. Escribe Garcilaso: «A este Inca Viracocha dan los suyos el origen del pronóstico que los Reyes del Perú tuvieron que después que hubiese reinado cierto número de ellos había de ir a aquella tierra gente nunca jamás vista y les había de quitar la idolatría y el Imperio» (libro 5, cap. 38, 270). Por esa razón dieron los incas el nombre de Viracocha a los españoles, por haberse cumplido la profecía de su líder.

La compilación más importante de la historia del México precolombino, la *Historia de la Cosas de la Nueva España*, se debe al franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590). En ella, anota y transcribe toda la información que le proveen todos los sabios locales y ayudantes sobre las historias de sus antepasados, que recopila y cataloga durante varias décadas, logrando, sin duda, el trabajo más serio realizado sobre el tema. En algunas de las historias descritas aparecen personajes que nos podrían hacer recordar, ya sea por la mención de barbas o por el color de la piel, a habitantes del continente europeo o de algunas zonas del Mediterráneo. La leyenda del «rey blanco», de «hombres barbudos» y «hombres a caballo» aparecerá intermitentemente en diferentes narraciones tanto indígenas como españolas (Luis Ramírez, Cabeza de Vaca, Sahagún, etcétera) y a lo largo de toda la geografía americana. Sahagún nos proporciona el ejemplo más conocido y profético de todos esos «hombres barbudos»: «Quetzalcóatl fue estimado y tenido por dios y lo adoraban de tiempo antiguo en Tulla, y tenía un cu muy alto con muchas gradas, y muy angostas que no cabía un pie; y estaba siempre echada su estatua y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea, la cabeza larga y barbudo» (Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, cap. 3, 195).

Algunos autores modernos han querido ver una relación entre la conquista de México y la figura de Quetzalcóatl. De acuerdo a esta teoría, han identificado al dios mexica con figuras como Santo Tomás o incluso con el propio Jesucristo.²⁶ Los mormones han hecho una interpretación equivalente. Estas conexiones no son nada nuevas, ya que desde el comienzo de la conquista y a lo largo de los siglos XVII y XVIII, laicos y misioneros de diferentes órdenes religiosas han trazado una conexión directa entre la predicación del Evangelio desde sus primeros tiempos y las Américas.²⁷ Sahagún no se limita a mencionar a hombres barbudos sino

que también hace referencias al color de su piel: «Todos los hombres y mujeres son blancos, de buenos rostros bien dispuestos, de buenas facciones: su lenguaje muy diferente de otros, aunque algunos de ellos hablaban el de los *otomíes*, y otros el de los *nahuas* o mexicanos; y otros hay que entienden la lengua *guasteca*. Y son curiosos y buenos oficiales de cantares; bailan con gracia y lindos meneos» (Sahagún, libro 10, cap. 39, párr. 7, frag. 81, 606-607). En la misma *Historia General de las cosas de la Nueva España* aparecen pasajes que pueden llevar a confusión, o que pueden interpretarse de diferentes maneras. En referencia a los primeros habitantes que poblaron México, los «panteca» o «panoteca», Sahagún cuenta que estos hombres llegaron con navíos que «pasaron aquella mar». La referencia puede ser ambigua, ya que la palabra «navío» puede sugerir diversas embarcaciones de diferentes dimensiones, lo mismo que «aquella mar» puede ser tanto la distancia que hay entre las islas del Caribe o el mismo océano Atlántico. Escribe Sahagún:

Quienes son los cuextecas, y toueyome y panteca o panoteca. A los mismos llamaban panteca o panoteca, que quiere decir hombres de lugar pasadero, los cuales fueron así llamados porque viven en la provincia de Pánuco, que propiamente se llama Pantlan o Panotlán, casi Panoayán es que dizque los primeros pobladores que vinieron a poblar a esta tierra de México, que se llama ahora India Occidental, llegaron a aquel puerto con navíos que pasaron aquella mar; y por llegar allí, y pasar de allí le pusieron nombre de Pantlán, y de antes le llamaban Panotlán, casi Panoayán, que quiere decir, como ya está dicho, lugar de donde pasan por el mar (Sahagún, libro 10, cap. 39, párr. 8, frag. 83, 607).

Bernal Díaz del Castillo narra igualmente, de forma muy sumaria, el diálogo que mantuvieron Moctezuma y Cortés, y cómo el primero ya sabía de la llegada de los españoles: «[Q]ue verdaderamente debe ser cierto que somos los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vendrían hombres de donde sale el sol a señorear estas tierras» (Díaz del Castillo, cap. 89, 163).

En la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís (1610-1686), el capítulo 11 del tratado tercero, nos narra de una forma más prolija el diálogo que mantiene Moctezuma con Cortés al ir a visitarle:

Quiero que sepáis antes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasión, para creer que el

príncipe grande a quien obedecéis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo de las siete naciones que dieron principio al imperio mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradición de los siglos que se conserva en nuestros anales, sabemos que salió de estas regiones a conquistar nuevas tierras hacia la parte del Oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrían sus descendientes a moderar nuestras leyes, o poner en razón nuestro gobierno (Solis 182-183).²⁸

El franciscano Juan de Torquemada (1562-1624), en su *Monarquía indiana*, se plantea asimismo muchas preguntas sobre dichos predescubrimientos en su capítulo «De la Población de Tullan, y su Señorío», sin llegar a descartar la presencia cartaginesa en algún período de la historia mexicana precolombina:

Mas esta nacion [la mexicana], no se sabe de donde aya podido venir, porque no ay mas noticia desta, que la que al principio diximos, que vinieron a aportar a la Provincia de Panuco. Quieren dezir, que fueron algunos Romanos, o Cartagineses, que con temporales siniestros pudieron venir a dar a alguna costa de las que caen debaxo de el Norte, y que como no tuvieron con que tornar a passar mar tan largo, se aventuraron a entrar la tierra adentro.²⁹

Está claro que el asunto de la procedencia de los primeros habitantes americanos fue un tema candente desde el principio de la presencia española en el «recién descubierto» continente. El mismo autor también menciona la costumbre de la circuncisión: «Y la circuncision, no se uso mas que en una Provincia de esta Nueva España; (como decimos en otra parte) y esto, no fue aprendido de los Judios, pues por lo dicho parece claro, no averlos visto; sino, que el Demonio, les enseñaria aquella Ceremonia, como sabia, averla avido, en el Pueblo de Dios, y averse dado tanto antes, á Abrahan, y á los de su Linage».³⁰

*

Las tormentas, tempestades y temporales fueron, sin duda, una de las razones principales del trasvase de culturas atlánticas de este a oeste y viceversa, algo que quedará registrado en la bibliografía desde los inicios del «descubrimiento oficial» de las Américas. Como hemos visto, en los siglos XVI y XVII la mayoría de

los historiadores españoles se posicionarán sobre ello. En el siglo XVIII, será el jesuita francés Joseph François Lafitau quien ofrezca un compendio de los trabajos realizados anteriormente por cronistas españoles, añadiendo su propia investigación y experiencia sobre el tema. En el siglo XIX, Marcos Jiménez de la Espada y, de manera tangencial, Alexander Von Humboldt presentarán nuevas perspectivas. En los siglos XX y XXI, la teoría de que Cristóbal Colón, sin quitar el mérito que esta figura merece, fuese el descubridor de tierras americanas empezará a «hacer aguas», convirtiéndose la teoría del predescubrimiento en algo más que una simple conjetura. Como escribía Cesáreo Fernández Duro, «La resolución con que una vez registrada la isla Española puso el Almirante la proa en el Norte y sin vacilar se vino por tan extraño modo trazando desde la primera vez derrota que, como él, trajeron, Pinzón, Antonio Torres, Pero Alonso Niño, Ojeda, sin ensayar nunca el camino trillado; la resolución que hoy mismo marcan los progresos de la náutica, tenía que obedecer á disciplina anticipada; al descubrimiento de ese Alonso Sánchez, á menos que se acepte la intuición sobrenatural ó el señalamiento de los rumbos en la carta de Colón por inspiración de la Providencia» (Fernández Duro, 51). Más que providencia e intuición natural, fueron muchos intentos fallidos y accidentes provocados por la meteorología los que hicieron que don Cristóbal Colón, con su tesón e inteligencia, lograse finalmente sacar partido de todas esas experiencias.

NOTAS

¹ Una de las más tempranas y escasas menciones de llegadas de indígenas americanos a tierras europeas en época precolombina.

² Véase también del mismo autor *Colón y su secreto, el predescubrimiento*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989. Aunque el tema del predescubrimiento de América haya sido tratado por la mayor parte de los cronistas de Indias de los siglos XVI y XVII, así como por autores modernos como Cesáreo Cernández Duro, Demetrio Ramos o Juan Manzano Manzano, entre otros, en este artículo he añadido información de archivo sobre naves llegadas a las islas del Caribe de forma fortuita ya en el siglo XVI.

³ Archivo General de Indias [a partir de ahora AGI], Real Cédula, Santo Domingo, 899, L.1, F.33. Valladolid: 10 de noviembre de 1556. Encontramos varios casos similares: «Que dicen los oficiales reales por carta que escriben que de dos años a esta parte han ido a esa

ciudad algunas carabelas y navios del rey de Portugal con gente portuguesa y que han llevado algunos vinos y otros mantenimientos en poca cantidad; de los cuales los mas de ellos han aportado a la isla de la Margarita y Burburnate [*sic*] y a la isla de San Juan de Puerto Rico y prueban que iban al Brasil y a Santo Tomé y otras partes y que con tormenta y caso fortuito [¿fortuito?] arriban a esos puertos» (AGI, Santo Domingo, 899, L.1, F.124V-127V, 19 de diciembre de 1558. Gaspar Frutuoso afirma en sus *Saudades da Terra*, que João Vaz Corte Real en 1474, aportou à ilha Terceira vindo da «Terra dos bacalhaos», Terra Nova. Frutuoso, libro 6, cap. 9, 36).

⁴ En la nota «204» del volumen 1 de *Saudades da Terra*, de Gaspar Frutuoso, se nos dice que este «Machim» era vizcaíno y no inglés como aparece en el texto: «A historia deste Machim, biscainho e não inglês, foi esclarecida recentemente por J. Alvarez Delgado no

Anuario de Estudios Canarios, vii, 1961» (Frutuoso, nota 204, p. 142).

- ⁵ El padre Las Casas repite una versión de esta historia: «Esta isla de las Siete Ciudades, dicen, según se suena, los portugueses [*sic*], que fue poblada dellos al tiempo que se perdió España reinando el rey D. Rodrigo; y dicen que por huir de aquella persecución se embarcaron siete Obispos y mucha gente, y con sus navíos fueron á aportar á la dicha isla, donde cada uno hizo su pueblo, y porque la gente no pensase tornar, pusieron fuego á los navíos, y dícese que en tiempo del Infante D. Enrique de Portugal, con tormenta, corrió un navío que había salido del puerto de Portugal y no paró hasta dar en ella, y saltando en tierra, los de la isla los llevaron á la iglesia por ver si eran cristianos y hacían las cerimonias [*sic*] romanas, y visto que lo eran, rogáronles que estuviesen allí hasta que viniese su señor que estaba de allí apartado; pero los marineros, temiendo no les quemasen el navío y los detuviesen allí, sospechando que no querían ser sabidos de nadie, volviéronse á Portugal muy alegres esperando recibir mercedes del Infante; á los cuales diz que maltrató y mandó que volviesen, pero el maestre y ellos no lo osaron hacer, por cuya causa del reino salidos, nunca más á él volvieron» (Casas, lib. 1, cap. 13, 100).
- ⁶ Lo mismo hace el padre Las Casas en su *Historia de las Indias*, lib. 1, cap. 13.
- ⁷ En el siglo XVIII contamos con el jesuita francés, Joseph François Lafitau, que ofrece un compendio de los trabajos realizados anteriormente por cronistas españoles, añadiendo su propia investigación y experiencia sobre el tema. En el siglo XIX, igualmente, contamos con Marcos Jiménez de la Espada y de manera tangencial, Alexander Von Humboldt que presentarán nuevas perspectivas. Véanse, Joseph François Lafitau, *Customs of the American Indians*. 2 vols. Transl. by Fenton and Moore (Toronto, The Champlain Society), 1974, Marcos Jiménez de la Espada, *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombiano*. (Bruselas, Imprenta de Ad. Mertens, 1887), y Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, trad. Luis Navarro y Calvo. vol. 2. (Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1914).
- ⁸ Véase, Juan Manzano Manzano, *Colón y su secreto* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1976), 440. Mártir de Anglería habla de indios con túnicas blancas, indios que los españoles confunden con frailes mercedarios (Pedro Mártir Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo* (Buenos Aires, Bajel, 1944), década 1, lib. 3, cap. 6, 38-39. Dicha información es similar a la que proporciona Hernando Colón: «Refirió el marinero que entre estos había visto uno con una ropa blanca que le llegaba a las rodillas, y dos que la llevaban hasta los pies; los tres eran blancos como nosotros, pero que no había llegado a conversar con ellos, porque, temiendo de tanta gente, comenzó a gritar llamando a sus compañeros; los indios huyeron y no volvieron más» (Hernando Colón, *Historia del almirante*, Madrid, Tomás Minuesa, 1892), cap. 56, 251. Estas descripciones también concuerdan, en cierta forma, con la que ofrece Colón en su primer viaje (Domingo 16 de diciembre): «Este rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algún empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España» (Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*. Edición Ignacio Anzoátegui, décima edición. Madrid, Espasa-Calpe, 1964), 91.
- ⁹ José María Blázquez, M.J. Alvar y C. González Wagner. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, (Madrid, Cátedra, 1999), 38.
- ¹⁰ Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, trad. Luis Navarro y Calvo. vol. 2. (Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1914), dedica un copioso apéndice donde incluye a autores clásicos como Plutarco, Estrabón, Herodoto, Sileno, Séneca, incluso Isidoro de Sevilla, entre otros, especulando sobre la posibilidad de que en ellos existan «indicios de América» (359). Pero probablemente sea la cita de la obra de Aristóteles (384 a. C.-322 a. C.) *Admirabiles Auscultationes* (capítulo 84, p. 836) donde dice que «en el mar que se extiende más allá de las Columnas de Hércules fue descubierta por los cartagineses una isla, hoy desierta, que tanto abunda en selvas, como en ríos aptos para la navegación, y está hermoseada con toda suerte de frutos, la cual dista del Continente una navegación de muchos días», la que más nos interesa (303). Por su parte, Diodoro atribuye el descubrimiento de la isla a los fenicios ([Apéndice II] 304).
- ¹¹ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (14, tomo 1, lib. 2, cap. 3). El portugués Frutuoso recoge la misma historia: «E no ano de trezentos e noventa e seis se puseram tréguas antre Cartago e Dionizio por trinta anos, não cessando os contratos e comércios antre Espanha e Cartago, cujos moradores, desejando descobrir novas terras no oceano do Ponente, navegaram tanto perto do ano de trezentos e noventa e dois, que acharam uma grande ilha que se suspeita ser a que agora se diz Espanhola, que por outro nome chamam de Santo Domingo, como adiante contarei» (120, vol. 1).
- ¹² Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (14, tomo 1, lib. 2, cap. 3).
- ¹³ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*. 5 vols. (Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1875, (lib. 1, cap. 15, 117). Es importante ver la doble actitud del padre Las Casas. Por un lado, defiende a todos los indígenas destacando sus cualidades humanas, cuasi infantiles añadiría yo, y por otro es un feroz y despiadado contrincante contra aquel que le lleve la contraria, sea el tema que sea.
- ¹⁴ *Ibid.*, lib. 1, cap. 15, 115. «Hespérides», tierra mítica de la que decía Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias* lo siguiente: «Plinio también en su lib. II cap. III, dice que el Océano cerca toda la tierra y que su

longitud de Oriente a Poniente se cuenta desde la India hasta Cádiz, y en lib. 6, cap 31, dice con Solino en su *Polistor*, cap. 68. Estacio Seboso afirma que de las islas Gorgonas, que algunos creen ser las de Cabo Verde, aunque yo dudo mucho dello, como abajo parecerá, hay navegación de cuarenta días por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, que Cristóbal Colón tuvo por cierto que fueron estas Indias», *Ibid.*, lib. 1, cap. 9. 81.

¹⁵ Sobre este tema, véase el artículo de Julio Izquierdo Labrado, «Análisis de diversas perspectivas sobre el descubrimiento de América», 42.

¹⁶ En el original figura como fol. 2r., pero también aparece una nota que dice que faltan páginas. El siguiente folio también está numerado con el número 2r., a partir de ahí la numeración es contigua. El códice se conserva en dicha academia con la signatura «9/5908(3)» y su transcripción con la signatura «9/5908(4)».

¹⁷ Otra de las versiones del protonauta es la que da el historiador portugués doctorado en la Universidad de Salamanca, Gaspar Frutuoso (1522-1591), en su obra *Saudades da Terra*. Como se observará cada versión de esta historia tiene sus diferencias y particularidades. «Um homem de nação italiano, genoês, chamado Cristóvam Colon, natural de Cugurco, ou Narvi, aldeia de Génoa, de poucas casas, avisado e prático na arte da navegação, vindo de sua terra à ilha da Madeira, se casou nela, vivendo ali de fazer cartas de marear. Aonde, antes do ano de mil e quatrocentos e oitenta e seis, veio aportar uma nau bscainha, ou (segundo outros) andalusa, ou portuguesa, havendo com tormentas e tempos contrários descoberto parte das terras que agora chamamos Índias Ocidentais ou Novo Mundo. O piloto, cujo nome se não sabe, nem de que nação era (somente têm alguns que era português e carpinteiro), e três ou quatro companheiros, que com ele vinham, sem ninguém saber até agora que viagem levavam, senão somente que andavam pelo mar oceano do ponente, tendo um tempo rijo e tormenta grande, a qual os levou perdidos pela profundidade e largura do espaçoso mar até os pôr fora de toda conversação e notícia que os experimentados marinheiros e sábios pilotos sabiam e alcançavam por ciência e longa experiência, onde viram pelos olhos terras nunca vistas nem ouvidas. Com a mesma tormenta que os levou a vê-las, ou com outra contrária, se tornaram para Espanha, tão perdidos e destroçados, que, de muitos marinheiros que deviam ser, somente escapou o piloto que digo, com três ou quatro companheiros, os quais, chegando à ilha da Madeira, onde Cristóvam Colon morava, acaso se agasalharam e pousaram em sua casa, onde foram bem hospedados; mas não aproveitou isso pera poderem cobrar forças e saúde, porque vinham tão perdidos e destroçados, tão pobres e famintos, tão fracos e enfermos, que não puderam escapar com a vida, não tardando em morrer. E, não tendo o piloto na morte outra cousa melhor que deixar a seu hóspede, em pago da boa obra (que, ainda que feita a pobre gente, não perde seu prêmio, antes, a quanto maior pobre se faz, alcança maior galardão) deu-lhe certos papéis e cartas de marear e relação mui particular do

que em aquele naufrágio tinha visto e entendido. Recebeu isto Cristóvam Colon de mui boa vontade, porque seu principal officio era tratar em cousas do mar e fazia muito a caso de sua arte o aviso deste piloto e de seus companheiros. Mortos eles, começou Cristóvam Colon a levantar os pensamentos e a imaginar que, se por ventura ele descobrisse aquelas novas terras, não era possível senão que nelas acharia grandes riquezas e que seria pera ele cousa de muita honra e proveitosa» (81, vol. 1).

¹⁸ Véase mi trabajo «El predescubrimiento de América en la historiografía española del siglo XVI: El borrador y las copias de Pedro Barrantes Maldonado» en *Gestación, perspectivas e historiografía sobre el descubrimiento de América*. David González Cruz (dir.). Madrid, Editorial Sílex, 2018, pp. 9-26.

¹⁹ Pascual de Gayangos, en el siglo pasado, ya tenía noticia de otra copia existente más cuidada, cuyo paradero no pudo encontrar pese a los esfuerzos realizados para localizarla. Me estoy refiriendo las posibles copias conservadas actualmente en la Biblioteca de Salamanca, en la Biblioteca Colombina o la del Archivo Ducal de Medina Sidonia (de esta última di noticia en su día en CLAHR). Véase, Pedro Barrantes Maldonado, *Ilustraciones de la Casa de Niebla. Memorial Histórico Español: Colección de documentos opúsculos y antigüedades*, tomo IX y X. Edición de Pascual Gayangos. Madrid, Real Academia de la Historia, 1857, p. 397, vol. 9, p. iii.

²⁰ Pedro Máir de Anglería también habla de hombres rubios en su *Décadas II*, 594-597. En la *Relación* de Alarcón (1540), se menciona a un indígena que, cuando es preguntado por los españoles si habían visto allí hombres como ellos, responde que sabía por los mayores que muy lejos de allí, en la Baja California, había hombres blancos y barbados como ellos. Unas líneas más adelante cuenta cómo uno de los líderes mayores, dirigiéndose a su gente, decía refiriéndose a Alarcón: «This is our lord. You know how long ago we heard our ancestors say there were bearded, white people in the world. [And you know that] we made fun of them about this. I and others who are old have never seen any other people like these [...]» (Flint 193).

²¹ El historiador Martín Fernández de Navarrete (1765-1844), dos siglos después, califica esta noticia de «fábula», diciendo que se la oyó contar el Inca Garcilaso a su padre que sirvió a los Reyes Católicos y a los contemporáneos de los primeros descubridores y conquistadores (t. 1: 50).

²² Entre otras muchas cosas, algunos de estos autores nos confirman que además del «ansia de oro» había otras razones que motivaron a estos hombres para cruzar océanos y selvas. Escribe Unamuno: «El ansia de enriquecerse sin trabajo, sin trabajo regular, constante, metódico, aunque haya para ello que pasar hartos trabajos; es el amor no sólo al lucro, sino a la aventura, a la emoción violenta, a las impresiones que el azar nos procura. ¿Quién puede negar que en el alma de aquellos conquistadores, así como en estos jugadores [de los casinos extremeños], no hay más que sed de oro,

que afán de lucro?» (Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, 367). El cruzar mares prohibidos tenía también sus consecuencias. Alonso de Palencia (1520) acusa a los portugueses de cortar pies y manos a los transgresores que cruzaban por rutas portuguesas antes de matarlos (*Crónica de Enrique IV*, década III, lib. 5, cap. 4). Se recordará que este castigo fue utilizado también por Julio César o por Hernando de Soto con los indios de la Florida.

²³ Jiménez de la Espada, en una nota de su libro *La Guerra del moro a finales del siglo xv*, dice lo siguiente sobre el cronista Lorenzo Padilla: «De este Lorenzo de Padilla sólo he podido averiguar que era jerezano, sexto hijo del veinticuatro García Dávila, el de la Jura; que asistió con otros hermanos suyos en la jornada de Azamor dirigida por el alcaide de Rota Juan Sánchez (V. nota 6); que casó con doña María de Vera, hija de Gonzalo Pérez de Gallegos, uno de los tres del desafío de Arzilla (V. nota 13), y de Beatriz de Vera, y que en ella hubo á Fernando de Padilla, distinguido capitán del Emperador D. Carlos» (Gutiérrez, *Hist. de Jerez*).

²⁴ Cuenta Damião de Gois en su *Chronica do Príncipe Dom Ioam* que cuando se descubrió la más occidental de las Azores, la isla del Cuervo, se encontró una estatua ecuestre que apuntaba con el brazo hacia el suroeste de América. Esta estatua tenía unas letras en su base que eran tan antiguas que no las pudieron descifrar (Goes, 28, cap. 9). Según Frutuoso, los creadores de dicha estatua, fenicios, cartagineses o piratas, la construyeron en su escala de vuelta de América: «Ao que eu acrescento que possível será aqueles cossairos, esgarrados com tormenta, irem ter às Antilhas, ou costa da terra firme occidental, que agora chamamos Índias de Castela, e, da tornada, virem ter à ilha ou ilhéu do Corvo, em que poriam aquela estátua apontando para o Ponente, onde a terra lá descoberta lhe ficava e demorava» (132, vol. 1).

²⁵ Esta historia también es recogida por Esteban de Garibay y Zamalloa (1533-1599) en su *Compendio Historial*: «Siendo Christoval Colon hombre avisado y pratico en el arte de la navegacion y viniendo de hacer cartas de navegar, casó en la Isla de Madera, adonde una nao Vizcayna, o segun otros Andaluza, o Portuguesa avia los años passados aportado, aviendo tormenta y tiempos contrarios descubierto parte de las tierras, que agora dezimos Indias Occidentales o Nuevo mundo» (Garibay, 650, tomo 2, lib. 28).

²⁶ Véase, Donald W. Hemingway and David W. Hemingway, *The Bearded White God of Ancient America: The Legend of Quetzalcoatl*, de los mismos autores, *Ancient America Rediscovered*. Igualmente, Graham, Hancoc, *Fingerprints of the Gods: The Evidence of Earth's Lost Civilization*. Bochica, en la cultura muisca del Altiplano Cundiboyacense, es también una figura religiosa barbada que vino del este según la cultura de los chibchas. Véase sobre este tema a Juan de Betanzos y Pedro Sarmiento de Gamboa.

²⁷ Véase, Fernandez de Echeverría y Veiytia, Mariano. *Historia Antigua de México*. México, 1820.

²⁸ No terminan aquí las coincidencias, ya que Bernal Díaz del Castillo nos cuenta cómo uno de los emisarios de Montezuma, al ver el casco que brillaba al sol de uno de los soldados de Cortés, pidió observarlo de cerca porque se parecía a otro de sus antepasados: «Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y aunque mohoso; y vio el Tendile, que era más entremetido [*sic*] indio que el otro, y dijo que le quería ver, que parecía a uno que ellos tenían que les habían dejado sus antepasados y linaje de donde venían, lo cual tenían puesto a sus dioses Huychilobos y que su señor Montezuma se holgaría de verlo» (cap. 38, 65). En el mismo capítulo se nos informa que Moctezuma mandó también a un cacique con regalos, pero que este cacique llamado Quintalbor fue realmente enviado para que Cortés viese que en su imperio también tenía a individuos parecidos a él: «[Y] venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro y facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés» (cap. 39, 66). Esta información nos viene dada por un cronista que suele ofrecer una información bastante fiable, lo cual invita a pensar dos cosas: que en el pasado llegaron hombres con cascos relucientes a esas latitudes y que algún rastro genético quedaba de dichas visitas en los habitantes del México de Moctezuma.

²⁹ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*. Edición de Miguel de León Portilla, (México, Universidad Autónoma de México –Instituto de Investigaciones Históricas–, 1975-83), primera parte, lib. 3, cap. 7, 278. Por su parte, el padre Gregorio García, traduciendo del latín y citando a Maríneo, nos habla de una moneda con la imagen de Julio César: «El tercer fundamento es lo que refiere Maríneo [Lucio Maríneo Sículo, *De rebus Hispaniae memorabilibus*, lib. 19, cap. 16 (compluti 1533, f. 106v)], que por ser de tanta fuerza para esta opinión quiero referirlo aquí traducido del latín que pone de este autor el padre maestro Malvenda [Tomás de Malvenda, *De anticristo*, lib. 3, cap. 16, p. 150, col. 2], que es lo siguiente: “No pasará en silencio en este lugar una cosa que es muy memorable y digna de que se sepa, mayormente por haber sido, según pienso, pasado por alto de otros que han escrito. En cierta parte, que se dice ser de la tierra firme de América, de do era obispo fray Juan Quevedo, de la Orden de San Francisco, hallaron unos hombres mineros, estando cavando y desmontando una mina de oro, una moneda con la imagen y nombre de César Augusto. La cual, habiendo venido a manos de don Juan Rufo, arzobispo consentino, fue enviada como cosa admirable al Sumo Pontífice. Cosa es esta que quitó la gloria y honra a los que navegan en nuestro tiempo, los cuales se gloriaran haber ido al Nuevo Mundo antes que otros, pues con el argumento de esta moneda parece claro que fueron a las Indias mucho tiempo ha los romanos”. Hasta aquí es de Maríneo, que bastaba por argumento para esta opinión» García, lib. 4, cap. 19, 283-284.

³⁰ Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. 1, cap. 9, 27.

BIBLIOGRAFÍA

MANUSCRITOS

- Antonio Aspa, Fray Antonio. «Apuntamiento sobre los principales sucesos de Indias hasta los tiempos de Cortés [Manuscrito]». Real Academia de la Historia, 9/5908 (3).
- Barrantes Maldonado, Pedro. *Ilustraciones de la Casa de Niebla*. Real Academia de la Historia, Ms. 9/134., novena parte, cap. 3, fol. 410r.
- Nao salida de Santo Tomé (Guinea) arrastrada hasta el Caribe. Archivo General de Indias [A partir de ahora AGI]. Real Cédula, Santo Domingo, 899, L.1. F. 33. Valladolid, 10 de noviembre de 1556.
- Navíos portugueses que saliendo de África a causa de temporales y tormentas terminan en Venezuela o Santo Domingo. AGI, Santo Domingo, 899, L.1, F.124V-127V, 19 de diciembre de 1558.

LIBROS Y ARTÍCULOS

- Acosta, José de. *Historia natural y moral de las Indias*. Ed. de Alcina Franch. Madrid: Historia 16, 1987.
- Barrantes Maldonado, Pedro. *Ilustraciones de la Casa de Niebla. Memorial Histórico Español: Colección de documentos opúsculos y antigüedades*, tomo ix y x. Edición de Pascual Gayangos. Madrid: Real Academia de la Historia, 1857.
- Betanzos, Juan de. *Suma y Narración de los Incas*. Vol. 5 de la Biblioteca Hispano Ultramarina. Ed. Marcos Jiménez de la Espada. Madrid: Imprenta de Manuel Hernández, 1880.
- Blázquez, José María, M.J. Alvar y C. González Wagner. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid: Cátedra, 1999.
- Casas, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. 5 vols. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1875.
- Castellanos, Juan. *Elegía de Varones ilustres de Indias*. Biblioteca de autores españoles, tomo 4. Madrid: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1847.
- Cervantes, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/portales/miguel_de_cervantes/682042_quijote_p2_c1/>. Visitada el 30 de octubre de 2018.
- Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú: el señorío de los Incas* (Ed. Franklin Pease). Biblioteca Ayacucho: Caracas, 2005.
- Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del almirante*. Edición de Ignacio Anzoategui. Madrid: Espasa-Calpe, 1964.
- Colón, Hernando. *Historia del almirante*. Madrid: Tomás Minuesa, 1892.
- Cortesão, Jaime. *Os descobrimentos pré-colombinos dos portugueses*. Lisboa: Portugalia Editora, 1966.
- Fernández Duro, Cesáreo. «La tradición de Alonso Sánchez de Huelva, descubridor de tierras incógnitas». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 21 (1892), pp. 33-53.
- Fernández de Navarrete, Martín. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españo-*

les desde fine del siglo xv. 5 tomos. Madrid: Imprenta Nacional, 1825.

- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 4 vols. Madrid: Real Academia de la Historia, 1851.
- Flint, Richard and Shiley Cushing Flint. *Documents of the Coronado Expedition, 1539-1542*. Dallas: Southern Methodist University, 2005.
- Frutuoso, Gaspar. *Saudades da Terra*. 6 vols. Introdução de João Bernardo de Oliveira Rodrigues, Ponta Delgada, Instituto Cultural de Ponta Delgada, 1998.
- Galvão, Antonio. *Tratado dos descobrimentos antigos, e modernos, feitos até a Era de 1550*. Lisboa Occidental: Oficina Ferreriana, 1731.
- García, Gregorio. *Origen de los Indios en el Nuevo Mundo e Indias occidentales*. Edición de C. Baciero, et al. Corpus Hispanorum de Pace, vol. 13. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005.
- Garibay, Esteban. *Compendio Historial de las Chronicas y Universal Historia de todos los Reinos de España donde se escriuen las vidas de los Reyes de castilla, y Leon*. 4 tomos. Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1628.
- Gois, Damiam. *Chronica do Príncipe Dom Ioam*, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1905.
- Hemingway, Donald W. and David W. Hemingway, *The Bearded White God of Ancient America: The Legend of Quetzalcoatl*. Estados Unidos: Cedar Fort, 2004.
- -. *Ancient America Rediscovered*. Estados Unidos: Cedar Fort, 2000.
- Herrera y Tordesillas, Antonio. *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar oceano*. Cuatro décadas. Madrid, Imprenta Real, 1601.
- Humboldt, Alejandro de. *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, trad. Luis Navarro y Calvo. vol. 2. Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1914.
- Izquierdo Labrado, Julio. «Análisis de diversas perspectivas sobre el descubrimiento de América», en *Gestación, perspectivas e historiografía del descubrimiento de América*. Dir. David González Cruz. Madrid: Editorial Sílex, 2018, 27-69.
- Jiménez de la Espada, Marcos. *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombiano*. Bruselas: Imprenta de Ad. Mertens, 1887.
- Lafitau, Joseph François. *Customs of the American Indians*. 2 vols. Transl. by Fenton and Moore. Toronto: The Champlain Society, 1974.
- Manzano Manzano, Juan. *Cristóbal Colón y el predescubrimiento de América*. Humanidades Digitales en el Instituto de Estudios Canarios. En línea: <<http://www.hdiecan.org/islandora/object/iecan%3A601>>. Visitada el 15 de enero 2018.
- -. *Colón y su secreto, el predescubrimiento*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, x.
- Mártir de Anglería. Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Bajel, 1944.
- Maura, Juan Francisco. «Cartagineses en América según los cronistas españoles de los siglos xvi y xvii». *Lemir (Revista de Literatura Medieval y del Renacimiento)* 21 (2017), pp. 359-388.

- «Ilustraciones de la Casa de Niebla: una nota histórica sobre el predescubrimiento de Cristóbal Colón». *Colonial Latin American Historical Review* 5 (1996), pp. 311-329.
- «El predescubrimiento de América en la historiografía española del siglo XVI: El borrador y las copias de Pedro Barrantes Maldonado», pp. 9-26. En *Gestación, perspectivas e historiografía sobre el descubrimiento de América*. David González Cruz (dir.). Madrid: Editorial Sílex, 2018.
- Padilla, Lorenzo de. *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso*. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, tomo 8, ed. de Miguel Salvá y Pedro Saínz de Baranda. Madrid: Imprenta de la viuda de Calero, 1846
- Palencia, Alonso de. *Crónica de Enrique IV*. Escrita en latín por Alonso de Palencia. Traducción castellana por D. A. Paz y Mélia. 4 tomos. Madrid: Tipografía de la «Revista de Archivos», 1908.
- Ramos, Demetrio. «Los contactos transatlánticos decisivos, como precedentes del viaje de Colón» *Anuario de Estudios Atlánticos* 17 (1971): 467-532.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro. *Viage al Estrecho de Magallanes*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1768.
- Torquemada, Juan de. *Monarquía Indiana*. Edición de Miguel de León Portilla. México: Universidad Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1975-1983.
- Unamuno, Miguel. *Por tierras de Portugal y España. Obras completas*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2004.
- Vega, Inca Garcilaso de la. *Comentarios reales*. Introducción José de la Riva-Agüero. Quinta Edición. México: Editorial Porrúa, 2006.

Por Paulo Alexandre Loução

TEXTOS CLÁSICOS sobre tierras a occidente

En la primera mitad del siglo xv, sucede en Portugal un fenómeno de gran envergadura en la historia de las ciencias o, si lo preferimos, en el origen de la ciencia moderna: el infante don Henrique le pide a sus navegantes que le traigan datos muy precisos de las nuevas tierras que vayan encontrando, es decir, se da inicio a una clara actitud de índole científica basada en la experiencia directa, positiva, para un posterior análisis por los letrados en tierra. Tras la conquista de Ceuta en 1415, se empieza a aplicar la ciencia experimental en el proceso del descubrimiento geográfico, antropológico y del arte de la navegación. Esto queda claro en la *Crónica de Guinea* redactada por el cronista Gomes Eanes de Zurara (1410-1474), cuando divulga los motivos por los cuales «incitaron al señor Infante a que buscara las tierras de Guinea»:

E porque o dito senhor [Infante D. Henrique] quis disto saber a verdade, parecendo-lhe que se ele ou algum outro senhor se não trabalhasse de o saber, nenhuns mareantes nem mercadores nunca disso intrometeriam, porque claro está que nunca nenhuns daquestes se trabalham de navegar senão para donde conhecida-mente esperam proveito; e vendo outrossim como nenhum outro príncipe se trabalhava disto, mandou ele contra aquelas partes seus navios, por haver de tudo manifesta certidão, movendo-se a isso por serviço de Deus e del-Rei D. Eduarte seu senhor e irmão, que áquele tempo reinava. E esta é que foi a primeira razão de seu movimento.¹

Esta actitud es claramente innovadora, rompe con la escolástica medieval, es decir que, en términos geográficos, la experiencia es más importante que las aseveraciones de los doctores de la Iglesia, como es el caso del mismísimo Agustín de Hipona. Más tarde, en 1506, en *Esmeraldo de Situ Orbis*, Duarte Pacheco Pereira asevera: «[...] a *experiência, que é a madre das cousas*, nos desengana e de toda a dúvida nos tira; [...]».²

De acuerdo con el espíritu del Renacimiento. Renacimiento del mundo clásico, de los saberes grecolatinos, de todo ese mundo que en gran medida había sido ocultado durante un milenio.

En esta visión innovadora de carácter científico se rechazan los temores y las fantasías medievales. Así, cuando en 1433, Gil Eanes es mandado para pasar más allá del cabo Bojador, «o qual seguindo a viagem de outros, tocado *daquele mesmo temor, não chegou mais do que ás ilhas de Canária*»,³ luego, el infante don Henrique, el año siguiente, insiste en la misión y afirma con mucha firmeza:

*Vós não podeis –disse o Infante– achar tamanho perigo que a esperança do galardão não seja muito maior. E em verdade eu me maravilho que imaginação foi aquesta que todos os filhares, de uma cousa de tão pequena certidão, que se ainda estas cousas que se dizem tivessem alguma autoridade, por pouca que fosse, não vos daria tamanha culpa. Mas quereis-me dizer que por opinião de quatro mareantes, os quaes, como são tirados da carreira da Flandres ou de alguns portos para que comummente navegam, não sabem mais ter agulha nem carta para marear. Porém vós ide todavia e não temaes sua opinião, fazendo vossa viagem, que, com a graça de Deus, não podereis dela trazer senão honra e proveito.*⁴

De este modo, en 1434, Gil Eanes lidera la expedición marítima que dobló el cabo Bojador, un hito en los descubrimientos europeos iniciados por los portugueses. En este contexto se comprende el carácter tajante de la reflexión de Joaquim de Carvalho:

Tal vez no logremos nunca desvelar el misterio que envuelve la génesis y los objetivos de los primeros viajes «enriqueños», pero es evidente que el infante no hubiera aparejado las carabelas ni encontrado capitanes ni tripulación, si el arrojo y la valentía no hubiesen sido iluminados por un rayo persuasivo de razón.

Caminar a ciegas y acertar, guiado apenas por el instinto vital, es una cualidad del animal y no de seres de quienes despuntó la razón, dicho con otras palabras, la duda acompañada por el deseo de alcanzar la certidumbre a través de la solidez de los fundamen-

tos y de la paz de la conciencia por medio del acierto premeditado de las acciones. Por ello, el infante don Henrique no tuvo que convencerse a sí mismo, ni convencer a capitanes y tripulaciones, de que no navegarían rumbo al suicidio, porque aquello que decían del ancho mar e de la finitud de la tierra quizás no fuese cierto y algunos motivos efectivamente existían para creer que la verdad se podría alcanzar sin el riesgo fatal que conllevaban las embarcaciones.

Cuando advertimos la preparación minuciosa de la expedición a Ceuta (1415), desde la recogida de información a la ponderación de los pros y de los contras en consejos de Estado, y consideramos el hecho de D. Henrique haber participado en esta y de haberse percatado de los preliminares, se hace inconcebible esta toma de iniciativa descubridora, sin poseer la orientación de algunos conocimientos [...].⁵

Ahora bien, si las fantasías medievales y las propias visiones del mundo de los doctores de la Iglesia son refutadas, el estudio de los clásicos con vista a los emprendimientos científicos del descubrimiento absorbe la figura del infante. Posiblemente aquí podríamos tener alguna respuesta en lo que concierne a la necesidad de «poseer algunos conocimientos» para poder dirigir. Ya que aquí también el despuntar del conocimiento y el estudio de los autores clásicos fueron vitales para la revolución histórica causada por el Renacimiento, en este caso la impresionante apertura geográfica y geopolítica, que cambió completamente la visión que la humanidad tenía de sí misma y del planeta. Al igual que decía Fernando Pessoa, «Y viose la tierra entera de pronto, / surgir, redonda, del azul profundo».⁶

Damião de Góis (1502-1574), gran humanista y amigo de Erasmus, espíritu probo de rigor renacentista, en su *Chronica do Príncipe D. Joam, rey que foy destes reynos, segundo do nome [...]*, en el capítulo VII, «De las cosas que empujaron al Infante D. Henrique a querer descubrir tierras y mares por la costa de África, hasta llegar a la India, y de su convencimiento para mandar hacerlo», publicada en 1567,⁷ afirma:

E porque além delle ser mui arriscado cavalleyro, era muy dado ao estudo das letras, principalmente da Astrologia, e Cosmografia, para melhor exercitar taõ virtuosas artes, depois que tornou do cerco de Seuta, escolheo sua morada, e residência en huma parte do Reyno do Algarve, no Cabo de S. Vicente, chamado pelos antigos históricos Sacrum Promotorium, que em nosso vulgar

portuguez quer dizer Cabo Sagrado, donde se derivou o corrupto nome de Sagres [...] e dalli determinou mandar navios ao longo da Costa de Africa com tenção de chegar ao fim dos seus pensamentos, que era descobrir destas partes Occidentaes a navegação para a India, a qual sabia por certo que fora já em outros tempos achada. E esta certeza que assim alcançou do trabalho de seu estudo, lhe fez acometer tamanho negocio, e não por inspiraçoens Divinas, como algumas pessoas dizem, e não sey com quanta razão o afirmaõ, porque se fora inspiração Divina, por ventura que sem tantos trabalhos como teve, em sua vida alcançara o Infante o que tanto dezejava, dos quaes trabalhos estas navegações nunca careceraõ, assim em vida do Infante, como depois, atè de todo serem descubertas, pelo que he mais de crer que a certeza deste negocio alcançou o Infante dos verdadeyros Authores, em que continuamente estudava, crendo o que escreviaõ, como cousas escritas por homens, e assim as cria, e duvidava como se deve fazer a todas as que dos homens, e de seus juízos procedem, nas quaes com a certeza està sempre junta a duvida. Cõ esta tal certeza, o Infante começou a mandar descobrir com nãos armadas à sua custa, porque sabia do que tinha lido, como depois do cerco de Troya, segundo o conta Aristonico, Menelao sahindo pela boa do Estreyto de Gibraltar, navegàra tanto pelo mar Oceano, atè chegar ao Mar Roxo, o qual, segundo alguns Cosmógrafos antigos dizem, contèm em si o mar Arabico, e Persico, com toda a costa que entre elles ambos há, e a que passa diante do Persico atè chegar à India, pelo qual mar Roxo fazendo Menelao seu caminho fora ter à India, e também sabia o Infante que Annone^s Capitaõ dos Carthaginezes navegàra tanto pela costa de Africa atè chegar quasi debayxo da linha Equino-cial, o qual do discurso que deyxou escrito de seu caminho, e sinais do que deu do que vira, se mostra claramente que passou além da Serra, a que agora chamaõ Leoa, e também tinha por certo o que Herodoto, gravíssimo Author, a que Cicero chama pay da Historia, escreveu da navegação que Neco rey do Egipto mandou fazer por certos Fenices, homens experimentados nas cousas do mar, os quaes partindo do mar Roxo, navegàraõ tanto até chegar ao mar Austral, e dahi viraõ ter até ao Estreyto de Gibraltar, donde tomàraõ seu caminho para o Egipto, ao qual chegàraõ já passados dous anos do tempo que havia que partiraõ do mar Roxo. Além deste grande testemunho tinha outro do mesmo Author, de como por mandato delRey Xerxes navegàra Sataspe do mar Mediterraneo, atè pelo Oceano chegar ao Promontorio, ou Cabo de Africa, e que anojado da prolixidade do caminho, e falta de mantimentos se

tornara para o Egypto; nem menos ficou ler ao Infante em Estrabo de como no mar da Arabia, estando ahi Cesar, filho de Augusto, se achàraõ pedaços de nãos Hespanholas, que alli com tormenta lançara o mar à costa, nem o que o mesmo Estrabo, Plinio, Cornelio Nepos, e Pomponio Mela escrevem de Eudoxo acerca destas navegaçoens. Com o Oraculo dos quaes testemunhos, e de otros mais que o Infante teria sabydos por muytas informaçoens, que cada dia tomava de Mouros Alarves, e Azenegues, práticos nas cousas de Africa, determinou mandar descobrir de novo estas navegaçoens, de que a memoria era já entre os homens perdida, das quaes no Capitulo seguinte tratarey cõ toda a brevidade possível.

Al ser tan importante el estudio de los clásicos para el infante don Henrique, así como para toda la ínclita generación surgida de la emergencia de la nueva dinastía portuguesa «de Avis» –naturalmente integrada en el fenómeno renacentista–, es lógico que fueran conocidas las referencias directas e indirectas de la existencia de un continente aún desconocido a occidente de las Azores.

En *Timeo* de Platón, esa referencia es clara. Sosteniendo la existencia de una tal isla atlante que se encontraba más allá de las columnas de Hércules y que había quedado sumergida debido a cataclismos naturales, habla de la existencia del continente que acabaría siendo conocido como americano:

Escucha entonces, Sócrates, un relato que si bien es muy extraño, es sin embargo enteramente verdadero, como el más sábio de los Siete, Solón, lo dijo alguna vez [...]. Los escritos dicen, en efecto, cuán grande fue el poderio al que la ciudad vuestra una vez puso fin, cuando avanzando con insolência a la vez contra toda Europa y Asia, se ponía en movimiento desde afuera del oceano Atlántico. Porque el oceano allí era entonces navegable; pues una isla se extendía frente ao estrecho que se llama, Pelares de Hércules, y la isla era más grande que Libia y Asia juntas; los viajeros de esse entonces tenían desde ella aceso hacia otras islas, y desde esas islas hacia todo esse continente opuesto que circunda a aquel verdadero mar.⁹

Timeo fue la obra más leída de Platón durante la Edad Media, incluso antes de las traducciones platónicas realizadas por Marsilio Ficino. Cabe preguntar cómo pudo Platón tener acceso a ese conocimiento. Según él mismo, habrían sido los egipcios quienes se lo revelaron a Solón, su ancestro. Preguntémonos entonces, ¿cómo podrían los egipcios saberlo?, ¿acaso hubo navegaciones

desconocidas practicadas, por ejemplo, por los fenicios? No lo sabemos. No olvidemos la tradición en la Antigüedad de guardar en secreto algunas áreas del conocimiento, siendo éste sólo transmitido por vía oral, por ejemplo, en los círculos de los llamados «misterios», como los de Eleusis o de Samotracia, sin olvidar los de la gran civilización egipcia. Quizás en este contexto podremos entender la *Carta VII* de Platón, donde el filósofo de la Academia hace referencia a no escribir nada sobre su verdadera doctrina.¹⁰

En el Renacimiento hispánico se hizo muy conocida la llamada «profecía de Séneca», versos 375-379 de *Medea*:

*Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.*¹¹

Que el mismo Cristóbal Colón tradujo e introdujo en su *Libro de las Profecías*: «Vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jasón que hubo nombre Typhis descubrirá nuevo mundo y entonces no será la isla Thule la postrera de las tierras».¹²

Y su hijo Hernando Colón reitera la «profecía» escribiendo en el margen de la página de un libro de las tragedias de Séneca: «Haec propheta expleta est per patrem meum Christoforum Colón almirantem 1492», es decir, «Esta profecía fue cumplida por mi padre, el almirante Cristóbal Colón en el año de 1492». Según Fernando Aínsa:¹³

[...] no solo el presentimiento literario de Séneca dio un fundamento poético al descubrimiento, sino que también apoyó científicamente los planteos de cosmógrafos y navegantes de la época. Estrabón y los sábios del siglo XV, entre los que figuraban el florentino Toscanelli y el alemán Behaim, afirmaron haber tenido en cuenta las palabras del Coro de Medea para elaborar sus proyectos geográficos de navegación en la dirección del sol poniente.

Un ejemplo más de como los clásicos inspiraron el proceso de búsqueda científica en el Renacimiento. Esta «última Thule» adquirió un simbolismo especial, el de lo desconocido, de algo olvidado, de los confines de la tierra. Virgilio la alude con ese halo en la primera Geórgica,¹⁴ que mil quinientos años más tar-

de Duarte Pacheco Pereira citaría en su Esmeraldo, al comparar al rey portugués don Manuel I con Octavio Augusto: «E, feitas estas cousas, com outras que Vossa Alteza manda cumprir, poderemos por vós dizer o que disse Vergílio por César Augusto: “Tu és governador do grande mar, e todos honram as tuas grandezas, e a ti guisa a última Tile”».¹⁵

Pero para Pytheas de Massalia (actual Marsella) Thule era un lugar geográfico bastante concreto. Este gran descubridor griego del siglo IV a. C. realizó un viaje impresionante por el Atlántico Norte llegando probablemente hasta Islandia, que bautizaría como Thule. De su obra *Descripción del océano* apenas llegaron hasta nosotros algunos fragmentos, lo suficiente para reconocer en él un espíritu científico muy avanzado. Aproximadamente mil setecientos años después fue recuperada por el personal al servicio del infante don Henrique y de don João II de Portugal, ambiente científico donde se formó Cristóbal Colón. Hizo una navegación astronómica, calculó con mucha precisión la latitud de Marsella,¹⁶ fue un verdadero precursor de las navegaciones renacentistas de los siglos XV y XVI. No restan dudas de que estuvo en el círculo polar ya que registró la existencia del sol de medianoche y de la larga noche polar. Basado en un reloj solar, pudo medir con gran precisión la distancia entre el extremo norte de Escocia y Marsella.

Plutarco de Queronea (46-120 d. C.) en su obra *Sobre la cara visible de la Luna*¹⁷ relata el célebre mito de Escila, en el cual, más allá de un contexto simbólico-mitológico, hace referencias geográficas concretas a unas islas del Atlántico Norte occidental y al gran continente a occidente.¹⁸ Es más, alude a la existencia de colonias griegas en aquella región. Con lo cual hay quien sostenga que llegaron a Terranova, por lo tanto, al continente americano.

[...] lejos, en el mar, existe cierta isla, Oigia,¹⁹ la cual se halla, desde Britania con rumbo al oeste, a una distancia de cinco jornadas de navegación. Más lejos aún se encuentran otras tres islas que se hallan equidistantes de ella y entre sí mismas, aproximadamente en dirección poniente. En una de estas islas, según cuentan los lugareños, se encuentra Crono recluido por Zeus y allí reside el antiguo Briareo como guardián de aquellas islas y del mar que denominan cronio. El gran continente que rodea al gran mar no se encuentra muy lejos de las otras islas y dista de Oigia unos cinco mil estadios,²⁰ en un desplazamiento que se efectúa me-

diante una lenta navegación a remo debido al abundante limo que las corrientes fluviales han sedimentado. Los ríos arrastran gran cantidad de tierra del continente y la depositan en aluviones que llenan de tierra el mar, el cual da la impresión de solidificarse. En la zona litoral del continente, hay colonias griegas, concretamente en las inmediaciones de un golfo, de extensión no menor que la Meótide, cuya bocana se halla aproximadamente en la misma latitud que la del mar Caspio. Estos pueblos se denominan y consideran a sí mismos continentales, mientras que llaman insulares a los habitantes de esta tierra porque se encuentra rodeada de mar por doquier. Pues bien, están persuadidos de que, en última instancia, se mezclaron con los pueblos de Crono los compañeros de Heracles quienes se quedaron allí y –por decirlo con un símil– animaron con fuerza renovada la llama helénica, que se hallaba apagada, vencida por la lengua, costumbres y modos de vida bárbaros. Por esa razón, Heracles recibe honores principales y Crono secundarios. Por cierto que cuando, cada treinta años, entra en el Toro el astro de Crono –al que, según me comunicó, nosotros llamamos Fenonte y ellos Nicturo–, ellos preparan un sacrificio y una expedición durante prolongado período, de modo que designan por sorteo un número suficiente de emisarios y los despachan con bastantes embarcaciones dotadas de provisiones y víveres que les permitan afrontar una larga travesía a remo y la supervivencia en tierra extranjera durante mucho tiempo. El caso es que, cuando los emisarios se hacen a la mar, arrostran respectivamente –cosa normal– suertes distintas. Pero quienes logran salvarse en las dificultades del mar llegan primeramente a las islas externas que se encuentran habitadas por griegos y, durante un intervalo de treinta días, verifican que el sol se oculta algo menos de una hora al día (y se echa una noche de leve oscuridad y un resplandor crepuscular de poniente). Su estancia allí es de noventa días en el curso de los cuales se les tiene y reputa como hombres píos, con honores y atenciones; acto seguido, los vientos los conducen a su punto de destino, que no se encuentra habitado sino por ellos y por quienes les precedieron en su misión. A quienes residen en ese lugar y sirven a la divinidad durante treinta años se les permite regresar a su patria; sin embargo, la mayoría de ellos opta por quedarse allí, unos debido a la fuerza de la costumbre y otros porque allí pueden obtener bienes en abundancia prácticamente sin penalidades, con una existencia que transcurre entre constantes fiestas y ritos sacrificiales o merced a interminables conversaciones y disquisiciones filosóficas [...].

[...] Y concluyó Sila: «He aquí cuanto oí en labios del extranjero merced a las revelaciones que –según propia confesión– obtuvo de los ayudantes y servidores de Crono. Dejo a vuestro criterio, Lamprias, el uso que hagáis del relato». ²¹

Esta obra de Plutarco fue leída y comentada por Kepler, Newton y también sabemos que ha inspirado los estudios en los Colegios de la Compañía de Jesús de Coímbra, a finales del siglo xv, incluso en el Aula de la Esfera (San Antón, Lisboa) a lo largo de las primeras décadas del siglo xvii. ²²

Existe, igualmente, una evidencia de la posibilidad de que los fenicios hayan llegado al Brasil en la Antigüedad. Se trata de una inscripción fenicia encontrada en Paraíba (João Pessoa), mientras tanto perdida, y que por presentar dos fallos ha sido considerada falsa. José Nunes Carreira efectuó una síntesis de todos los estudios anteriores y concluyó que probablemente sería verdadera, pues estimó que no era posible conseguir falsificar dicha escritura fenicia en el siglo xix.

En la inscripción fenicia encontrada en Paraíba (hoy João Pessoa), en el nordeste brasileño, en 1872, se expone lo siguiente:

(Línea 1) Somos naturales de Canaán, de Sidonia, ciudad del gran rey. El comercio nos trajo

(línea 2) hasta esta playa lejana, una tierra de montañas. Ofrecimos un joven a los grandes dioses.

(línea 3) y diosas en el año diecinueve de Hiram, nuestro rey poderoso.

(línea 4) Vinimos de EcionGeber, en el mar Rojo, e viajamos con diez naves.

(línea 5) Dos años estuvimos juntos en el mar, bordeando la tierra de Cam [África], mas nos separaron

(línea 6) de la mano de Baal [por una tempestad, acción divina] y no volvimos más con nuestros compañeros. Así llegamos hasta aquí, doce

(línea 7) hombres y tres mujeres a una... playa que yo, el almirante, controlo.

(línea 8) ¡Que los grandes dioses y diosas se presten a ampararnos!

La última frase invoca el amparo de los dioses, probablemente para que el regreso a su tierra transcurriera bien. Más tarde se constató que no se trataba de dos errores sino más bien de una característica del lenguaje fenicio en determinado momento.

José Nunes Carreira, profesor catedrático jubilado de la Facultad de Letras de Lisboa, especialista en Historia de las civilizaciones preclásicas y en lenguas semíticas, comenta: «Convencen los análisis filológicos (C. H. Gordon; L. Delekat). La plausibilidad histórica hace el resto. Hechos irrefutables son la circunnavegación de África hacia finales del siglo VII a. C. o a principios del siglo VI a. C. (Necó II reinó de 610 a. C. a 595 a. C.)». ²³

Cabe señalar que este viaje de circunnavegación de África por los fenicios en tiempos del faraón Necó ya había sido nombrado por Damião de Góis. No obstante, a excepción de esta inscripción, no poseemos hasta el momento ninguna referencia documental que compruebe la llegada de los fenicios al Brasil.

Ya en el siglo XI no hay duda sobre la existencia de una colonia vikinga en Norteamérica, hecho comprobado por la estación arqueológica de L'Anse aux Meadows, en Canadá, al norte de Terra Nova, actualmente patrimonio de la Unesco, y que se corresponde con lo que estaba narrado en los textos épicos vikingos, que demuestran el valor de las tradiciones orales, a menudo desdeñadas.

El recorrido de los vikingos parece haber sido el mismo que el de los griegos, y quizás el de los fenicios (Sila es cartaginés), aflorado en el texto de Plutarco.



Ubicación de L'Anse aux Meadows

Esta evidencia arqueológica de L'Anse aux Meadows tiene similitud con la descripción de las aventuras vikingas en dos de sus sagas. En la primera, *La saga de los groenlandeses*, Bjarni Herjólfsson fue el primer vikingo en divisar el territorio canadiense, hacia 985. En la segunda, *La saga de Erik el Rojo*, aparece el hijo de Erik, Leif Eriksson, el cual lideró una expedición de treinta y cinco hombres hacia el año 1000. Encontraron una región con viñedos salvajes, hecho que les llevaría a bautizarla como «Tierra de las Viñas», *Vinland*.

Se cree que el lugar de L'Anse aux Meadows podrá corresponder al de Straumfjord en esta saga. La noticia de esta «Tierra de las Viñas» llegó a Europa y, por ejemplo, fue mencionada en 1075 por Adán de Bremen en la *Historia de los arzobispos de Hamburgo-Bremen*.

Con lo cual, en la Alemania del siglo XI, ubicada en el centro de Europa, se tenía conocimiento concretamente de la existencia de estas tierras a occidente. Este conocimiento llegó, probablemente, a Portugal.

Recordemos a los caballeros dinamarqueses que colaboraron con el infante don Henrique. Zurara habla, en el capítulo xciv de *La crónica de Guinea*, de la ida de Vallarte, caballero del rey Christian I de Dinamarca, a las tierras de Guinea. Y llegó a Portugal a través de la unión que Portugal estableció con Dinamarca en el siglo XII, mediante los matrimonios de las princesas Berengaria (hija de don Sancho I) y de Leonor (hija de don Alfonso II) y de los reyes dinamarqueses, Valdemar II y III.

Existe una carta de Carsten Grip, fechada el 3 de marzo de 1551, dirigida al rey Cristiano III de Dinamarca, informándole que le enviaría una carta geográfica, donde menciona un viaje de la época del rey Cristiano I, el cual gobernó de 1449 a 1481, viaje dirigido por dinamarqueses pero a pedido del rey de Portugal a fin de encontrar tierras continentales en los mares del norte.²⁴

A continuación, en el siglo XVI ya se hace referencia a una colonia portuguesa en Canadá, como comenta Consuelo Varela: «[...] fueron los portugueses los únicos que dispusieron desde 1506 de una colonia fija en la Tierra Nova y en las espaldas de Canadá, compuesta por gente de Viana, de Aveiro y de la isla Tercera».²⁵

He aquí otra alusión muy interesante a la posibilidad de existencia del continente americano que remonta a finales del siglo XIII, de la mano de Ramón Llull: «La Tierra es esférica, y el

mar también es esférico. [...] Es necesaria una tierra opuesta a las playas inglesas: existe, pues, un continente que no conocemos».²⁶

Portugal había sido la gran potencia científica en términos geográficos en el siglo xv puesto que, en 1501, estando al corriente de los datos de los viajes de Cristóbal Colón, del viaje de Pedro Álvares Cabral y posiblemente de otros anteriores, como también de los datos de Terranova, los portugueses tenían la idea concebida de que América era un único continente.

Pietro Pascualigo escribió el 18 de octubre de 1501 al senado veneciano, narrando la llegada de una carabela de la expedición de Gaspar Corte Real:

Creen, los de la mencionada carabela, que la aludida tierra es firme y está unida a otra que el año pasado fue descubierta al oeste por otras carabelas de Su Alteza [el rey de Portugal] [...]. También creen que esté unida a las Antillas, que fueron descubiertas por España y con la Tierra de los Papagayos [Brasil].

Éste es un dato bastante interesante que enfoca lo que Joaquim de Carvalho, Damião de Góis y Pedro Nunes dijeron en el siglo xvi que los descubrimientos no se hicieron al azar sino que fueron hechos con mucha ciencia. Ciencia esa que Cristóbal Colón aprendió en Portugal. Y que también vino a reforzar la circunstancia de que Cristóbal Colón, tal como otros, ya hubiera ido a los mares del norte.

Y en esa gran aventura científica y marítima, los textos clásicos, incluso impregnados de una dimensión mítica, fueron un faro de inspiración para los portugueses y, después, también para los españoles del Renacimiento.

NOTAS

- ¹ Zurara, Gomes Eanes da, *Crónica de Guiné*, «Capítulo vii: No qual se mostram cinco razões por que o senhor Infante foi movido de mandar buscar as terras de Guiné», terminada en 1453, aún vivía el infante don Henrique. Livraria Civilização, Porto, 1973, p. 44. El subrayado es nuestro.
- ² I parte, capítulo ii. Edición de la Academia Portuguesa da História, Lisboa, 1988, p. 20. Este texto de la historia y ciencia de la navegación de los portugueses permaneció oculto durante décadas. En el 1573, el espía Giovanni Batista Gesio, al servicio del rey español Felipe II, integró esta obra en una parcela de libros portugueses que secretamente fue al Escorial.
- ³ *Crónica de Guiné*, cap. ix, ídem, p. 54. El subrayado es nuestro.
- ⁴ Ídem.
- ⁵ Joaquim de Carvalho, *Obras Completas*, vol. iv, F. C. Gulbenkian, Lisboa, 1983, p. 175. El subrayado es nuestro.
- ⁶ Pessoa, Fernando, *Mensagem*, «Infante», <<http://arquivopessoa.net/textos/2375>>.
- ⁷ Citamos de la edición de 1724, pp. 18-22: <<http://purl.pt/286>>. Mantenemos la ortografía, apenas actualizando la «f» por «s». El subrayado es nuestro.
- ⁸ Cf. la edición comentada de Victor Jabouille do *Périplo de Hanão* (Inquérito, Mem Martins, 1994), donde se muestra las similitudes entre el proyecto del infante don Henrique y la saga cartaginesa.
- ⁹ Platón, *Timeo*, 20e, e 24e-25^a. Citamos la traducción de Oscar Velasquez: Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2004, pp. 85 y 90. El subrayado es nuestro.
- ¹⁰ Cf. Reale Giovanni, *Platón: En Búsqueda de la Sabiduría Secreta*, Herder, Barcelona, 2001. Giovanni Reale ha sido catedrático de Historia de la Filosofía Antigua en la Universidad Católica de Milán. Es conocido por su propuesta de una nueva interpretación de Platón basada en las doctrinas no escritas.
- ¹¹ La traducción clásica de Miguel Unamuno: «Vendrá una edad allá en los tardíos años en que el Océano ha de aflojar los ataderos de las cosas todas, se abrirá la ingente tierra, la mar despertará nuevos orbes y no será ya el fin de las tierras Thule».
- ¹² Fol. 59 vuelto.
- ¹³ Fernando Aínsa, *Séneca y América, Análisis de un sentimiento literario*: <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc76600>>.
- ¹⁴ *Geórgicas*, libro i, 29-30.
- ¹⁵ *Op. cit.*, «Prólogo», parte i, p. 16.
- ¹⁶ Cf. Thibaud Guyon, Jeanine Rey e Philippe Brochard, *Pythéas l'explorateur: De Massalia au cercle polaire*, Paris: École des loisirs, 2001
- ¹⁷ Cf. Plutarco, *Obras morales e de costumes (Moralia)*, IX, Editorial Gredos, Madrid, 2002.
- ¹⁸ Kepler, por ejemplo, sostenía que era el continente americano. Cf. KEPLER, J., *Somnium, seu opus posthumum de astronomia lunari*, Frankfurt, 1634. Lo cual nos parece lógico.
- ¹⁹ *Ilíada*, canto viii, 6.
- ²⁰ Cerca de mil kilómetros.
- ²¹ 941, 942 y 945d. Subrayado nuestro.
- ²² Cf. Bernardo Mota, «Anexo 2: Presencia de Plutarco en textos de los siglos xvi y xvii», en Plutarco, *Obras morales: sobre a face visível no orbe da Lua*, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2010 pp. 108-120.
- ²³ José Nunes Carreira «Fenícios no Brasil? Circum-Navegação da África na Antiguidade», en *Actas dos 2.ºs Cursos Internacionais de Verão de Cascais (17 a 22 de Julho de 1995)*, C. M. de Cascais, Cascais, 1996, vol. i, pp. 67-80.
- ²⁴ Cf. Sofus Larsen, *The Discovery of North of America Twenty Years Before Columbus*, 1925.
- ²⁵ Varela, Consuelo, «O Controlo das Rotas do Bacalhau nos Séculos xv e xvii», *Oceanos*, 45, Lisboa, Comisión Nacional para las Comemoraciones de los Descubrimientos Portugueses, 2001, p. 28. Apud, d'Armada, Fina, «¿Los Portugueses llegaron a América antes que Colón? - El misterioso Fagundes y Terranova», en *Grandes Enigmas da História de Portugal*, vol. i, coordinación de Miguel Sanches de Baêna y Paulo Loução, Ésquilo, Lisboa, 2008, pp. 467-497.
- ²⁶ Ramon Llull, *Quaestiones per Artem demonstrativam seu inventivam solubiles*, Q154.

Por Rui Manuel Loureiro

BUSCAR EL LEVANTE por el poniente: Martin Behaim revisitado

Martin Behaim es una figura histórica actualmente conocida sobre todo como responsable de la concepción de un globo terrestre que se asocia a su nombre. A pesar de que hay testimonios de otros ejemplares más antiguos, el *globo de Behaim*, fechado en 1492 y conservado en el Germanisches Nationalmuseum, en la ciudad alemana de Núremberg, es el más antiguo que hoy se conoce. La vida y obra de Martin Behaim han sido tratadas de forma exhaustiva por la historiografía moderna, particularmente en su conexión con los grandes viajes ibéricos de exploración marítima de finales del siglo xv y principios de la centuria inmediata. Así, muchas de las leyendas asociadas al nombre de Behaim han sido debidamente criticadas. Pero la trayectoria biográfica de este alemán, que pasó una parte importante de su vida en Portugal, todavía suscita algunas perplejidades, por lo que sin duda merece una nueva evaluación.¹

Behaim nació en 1459 en Núremberg, entonces una de las más cosmopolitas ciudades alemanas, en el seno de una familia de ricos mercaderes originarios de Bohemia. Nada se sabe sobre sus años de formación, pero seguramente habría realizado los estudios humanísticos propios de los jóvenes de su tiempo y condición, que incluirían el aprendizaje de la escritura y la lectura, la gramática latina y la aritmética. Un cronista portugués del siglo xvi sugirió que el joven Martin habría estudiado con Johannes Müller, el famoso matemático de Königsberg. En efecto, João de Barros, en su *Ásia - Primeira Década*, impresa en Lisboa en 1552, escribe sobre «hũ Martim de Boémia [...] o qual se gloriáua ser discipulo de Joãne de Monte Regio afamádo astrónomo entre os

professóres desta sciência».² Regiomontanus, como también era conocido, vivió en Núremberg entre 1471 y 1475, donde mantuvo un observatorio astronómico y un taller polivalente, en el que se fabricaban instrumentos astronómicos y globos celestes, y donde existía también una tipografía.³ João de Barros era un cronista generalmente bien informado, que tuvo acceso a un conjunto muy diversificado de fuentes para preparar las varias partes de su monumental *Asia*, que trataba de los hechos de los portugueses en el mundo oriental,⁴ de forma que no es imposible que Martin Behaim, entre sus doce y quince años, en algún momento hubiera frecuentado como aprendiz el taller de Johannes Müller.

A partir de 1476, y durante ocho años, Martin Behaim vivió en las ciudades flamencas de Malinas y Amberes, trabajando con importantes mercaderes de tejidos. Se conservan diversas cartas suyas de este período, durante el cual se dedicó al aprendizaje de los secretos del comercio internacional de paños y de colorantes.⁵ El propio Behaim, además de colaborar con otros mercaderes flamencos y alemanes, se dedicó también a esta misma actividad empresarial. Su presencia en Flandes, en parte, explica el posterior curso de su vida. Por un lado, seguramente contactó con la factoría portuguesa de Brujas, que, como resultado de los viajes de descubrimiento portugueses en el Atlántico, se había convertido en un importante centro de intercambio de productos exóticos y de difusión de noticias sobre la geografía ultramarina.⁶ Quizás, de los intercambios con los mercaderes portugueses, que en esa época poseían una casa en la ciudad de Brujas, nació su curiosidad por Portugal y por las navegaciones portuguesas. Por otro lado, pocos años más tarde Behaim habría de mantener estrechas relaciones con la comunidad de flamencos residentes en Lisboa y en los archipiélagos atlánticos que entonces estaban siendo colonizados por la corona lusitana. Muy probablemente, durante su residencia en Flandes, el joven alemán estableció ligaciones que le permitirían más tarde asociarse a los flamencos afincados en Portugal.

No es imposible que Martin Behaim, durante este período de su vida, tomara conocimiento de la malograda expedición de Eustache Delafosse al golfo de Guinea.⁷ El mercader flamenco salió de Brujas a mediados de 1479 y viajó hasta Sevilla, donde se embarcó en una carabela con destino al litoral de África. Intentaba llegar a las regiones auríferas de la Mina, donde los portugueses, por esos años, desarrollaban un lucrativo comercio con los pueblos africanos, en régimen de total exclusividad, bajo la pro-

tección de sucesivas bulas papales.⁸ Pero en los primeros días de 1480, Delafosse y sus compañeros fueron aprisionados por cuatro embarcaciones portuguesas que navegaban en aquellos mares. Uno de los capitanes lusitanos, curiosamente, era «ung nommé Diago Can»,⁹ es decir, Diogo Cão, un navegante portugués que en los años siguientes habría de explorar una larga porción del litoral occidental africano, y al cual Martin Behaim hará referencias en alguno de sus escritos (como ya veremos). Eustache Delafosse, después de un complicado recorrido, volvió a Brujas a principios de 1481, y seguramente la fama de sus aventuras ultramarinas llegó a Amberes, donde por entonces Behaim residía.

A finales de 1484 o principios del año siguiente, Martin Behaim ya se encontraba en tierras lusitanas, pues un documento posterior, escrito alrededor de 1500 por un su familiar, refiere que en febrero de 1485 el mercader alemán «fue nombrado caballero [...] por la mano del muy poderoso rey don João II de Portugal», en el pueblo de Alcáçovas, en Alentejo.¹⁰ Esta nominación no es confirmada por documentación portuguesa. Pero en ese mes de 1485 el monarca lusitano se encontraba en Alentejo, y firmó diversos documentos en otras poblaciones vecinas, como Montemor-o-Velho o Viana do Alentejo.¹¹ Evidentemente se especula por qué motivo Behaim, nada más llegado a Portugal, de inmediato fue nombrado caballero por don João II. ¿Se trataría de recompensa por servicios prestados al rey en una época anterior, en viajes de exploración marítima, por ejemplo? Es poco probable, ya que no existen indicios sobre la presencia de Behaim en tierras lusitanas en período anterior a 1484. No era raro que el monarca portugués atribuyera el título de caballero a extranjeros recién llegados a Portugal, sobre todo cuando representaban importantes intereses comerciales europeos. Ese mismo era el caso del joven Martin, que podía comprobar ligaciones a importantes familias mercantiles de Núremberg, como los Hirschvogel. Don João II, en esa época, buscaba atraer inversores extranjeros para sus proyectos de comercio ultramarino,¹² y la recepción amistosa de Martin Behaim podría encuadrarse en esta estrategia.

Muy probablemente, Behaim era portador desde Amberes de cartas introductorias para la comunidad flamenca de Lisboa. Así, en poco tiempo lo encontramos en excelentes relaciones con Josse van Hurtere (o Jos de Utra, como es llamado en alguna documentación portuguesa). El flamenco vivía desde mediados de la década de 1460 en Portugal, donde llegara por recomendación de doña Isabel de Portugal, mujer de Felipe el Bueno, duque de

Borgoña. En 1468 el infante don Fernando, sobrino de la duquesa de Borgoña, entregó la capitanía de la isla de Faial, en el archipiélago de las Azores, a Josse van Hurtere, que se encargó del respectivo poblamiento, reclutando emigrantes flamencos. Años más tarde, en 1482, el donatario de Faial recibió también la capitanía de la vecina isla azoriana de Pico.¹³ Martin Behaim, al parecer, se integró rápidamente en esta comunidad flamenca, pues entre su llegada a Portugal y 1488 se casó con Joana de Macedo, hija de Josse van Hurtere. Evidentemente, su vida se organizó en los tratos comerciales entre Lisboa y las islas atlánticas, no sólo las Azores, sino también Madera, donde su suegro tenía intereses en el comercio azucarero. En estos circuitos marítimos hizo Behaim su aprendizaje de la navegación en el Atlántico. Recordando que el nuremburgués se había iniciado en Flandes en el negocio de tejidos, es posible que se hubiera interesado por los colorantes producidos en Madera y en las Azores, como el pastel y la sangre de drago.¹⁴

Curiosamente, en este período lusitano de su vida, encontramos indicios de la participación de Martin Behaim en por lo menos tres proyectos de exploración geográfica coordinados por don João II, pero en todos ellos sin confirmación documental irrefutable. La corona lusitana, por esos años, invertía sus principales recursos en la exploración de un camino marítimo hacia la India.¹⁵ Al menos desde 1475 que los cosmógrafos portugueses indicaban como alternativa más viable la ruta africana, es decir, navegar hacia el sur hasta encontrar un pasaje marítimo para los mares orientales. La ruta occidental quedaba abierta a la iniciativa privada, siempre con permiso del monarca portugués, evidentemente, pero sin cualquier subvención financiera de la corona. Por eso mismo, el proyecto indiano de Cristóbal Colón era rechazado por don João II hacia 1485.¹⁶ Los viajes de exploración del litoral occidental africano se repetían, y en la década de 1480 el navegador portugués Diogo Cão comandó tres sucesivas expediciones, la última de las cuales llegó hasta la sierra Parda (en la costa de la actual Namibia) en 1486.¹⁷ Dos años más tarde un otro navegante lusitano, Bartolomeu Dias, ultrapasaba el cabo de Buena Esperanza y confirmaba la posibilidad de navegar directamente de Lisboa hasta la India.¹⁸

El primer proyecto en que participa Behaim es mencionado años más tarde por João de Barros. En su ya mencionada *Primeira Década*, el cronista portugués revela que el rey don João II, en fecha no establecida –pero probablemente alrededor de 1485–,

había encargado un grupo de técnicos para solucionar el problema de determinar de forma más rigurosa las distancias recorridas por los navíos en alta mar. En las regiones ecuatoriales no era posible utilizar como referencia la Estrella Polar, y por eso habría que encontrar alternativas. Este grupo incluía a «mestre Rodrigo e a méstre Josepe judeu ambos seus medicos, e a hu Martim de Boémia natural daquellas pártes».¹⁹ Martin Behaim, así, es asociado al mestre Rodrigo de Lucena y al mestre José Vizinho, dos importantes físicos y astrólogos de la corte de don João II. Ambos habían participado poco antes en la comisión de expertos reunida para analizar la propuesta presentada al monarca lusitano por Cristóbal Colón, para «descobrir a jlha de Cypãgo per este már occidental».²⁰ Los tres técnicos, de acuerdo con João de Barros, establecieron un método de «nauegar per altura do sól», es decir, un método de determinación de las latitudes por el sol, utilizando el astrolabio y también «tauoádas pera declinaçam» o tablas de declinación.²¹

Estas complejas mediciones implicaban un viaje a las regiones ecuatoriales, pero su fecha exacta no resulta clara en las fuentes de la época. Una apostilla consignada en uno de los libros más tarde adquiridos por Cristóbal Colón –la *Historia rerum ubique gestarum*, de Eneas Silvio Piccolomini, en la edición de Venecia de 1477– refiere que «el rey de Portugal envió a Guinea en el año del Señor de 1485 al maestro José, su físico y astrólogo, para reconocer la altura del sol en toda Guinea».²² Así, muy probablemente, Martin Behaim habría viajado en 1485-1486, con los dos físicos, en un navío comandado por João Afonso de Aveiro, que fue el primer navegante lusitano que contactó con el reino de Benín, en el golfo de Guinea.²³ En su *Vida e feitos d'el-Rey Dom João Segundo*, obra publicada años más tarde, en Évora en 1545, el cronista portugués Garcia de Resende, que en la época de este viaje vivía en la corte de don João II, refiere que João Afonso se murió en Benín, pero que entonces «veo a Portugal a primeira pimenta que se vio de Guinea».²⁴ Se trataba de un tipo de pimienta distinta de la malagueta, la cual los portugueses conocían desde hace años, y a la que luego llamaran *pimenta-de-rabo*, que rápidamente se transformó en uno de los principales artículos del comercio portugués en estas partes de África. Pocos años más tarde, en las leyendas del *globo de Behaim* (del cual ya se hablará) se refiere que el propio Martin Behaim participó en el viaje de dos carabelas portuguesas al golfo de Guinea, «donde crece la pimienta descubierta por el rey de Portugal, 1485».²⁵

El segundo proyecto al cual el nombre de Behaim surge asociado es el viaje de descubrimiento de la isla de las *Siete Ciudades*.²⁶ En el año de 1486, el rey don João II concedió autorización a Fernão Dulmo y a João Afonso do Estreito para hacer un viaje de descubrimiento de islas o tierras desconocidas en el Atlántico, en las regiones inexploradas a occidente del archipiélago de las Azores. Fernão Dulmo (o Ferdinand van Olmen) era un flamenco que detenía una capitanía en la isla Tercera, en las Azores, y João Afonso era uno de los capitanes de la isla de Madera, y ambos harían el viaje a su propia costa, sin ningún financiamiento real. El documento habla de «huïta gramde ylha ou ylhas ou terra firme per costa, que se presume seer a ylha das Sete Çidades», la cual es concedida a los potenciales descubridores. Pero, curiosamente, don João II hace referencia a un cierto «cavalleiro allemam, que em companhia d elles ha de ir, que elle alemam escolha d ir em qualquer carabella que quiser».²⁷ Es decir, hay un caballero alemán –que sólo puede ser Martin Behaim– que partirá con Fernão Dulmo y João Afonso, escogiendo libremente el navío que quiera. Tanto como nuestras fuentes testifican, el viaje de Dulmo, Afonso y Behaim nunca se realizó, por razones desconocidas. Pero es significativo que este caballero alemán sea asociado a un tal viaje de descubrimiento de tierras occidentales. Una vez más, las leyendas del «globo de Behaim» (del cual ya se hablará) refieren la «isla de Antilia, llamada Siete Ciudades».²⁸

Finalmente, el tercer proyecto en que podría haber participado Behaim se relaciona con el viaje de Pêro da Covilhã. El rey don João II, en 1487, al mismo tiempo que preparaba la armada de Bartolomeu Dias que en el año siguiente habría de ultrapasar el cabo de Buena Esperanza, envió por la vía del Mediterráneo dos hombres, Pêro da Covilhã y Afonso de Paiva, con el objetivo que reconocieran las regiones orientales que los portugueses intentaban contactar por un camino marítimo directo.²⁹ Muchos años más tarde, en 1520, después de que los portugueses se establecieran en la India, el padre Francisco Álvares viajó a Etiopía en una embajada portuguesa, y se encontró con Pêro da Covilhã, que hacía más de treinta años vivía en aquel reino africano. El viajero portugués, antes de salir de Portugal, recibirá de don João II una «carta de marcar [*sic*] tirada de Mapamundo», para su orientación, como escribe Álvares en su *Verdadera informaçam das terras do Preste Ioam*, obra publicada en Lisboa en 1540.³⁰

Este mapa, de acuerdo con la versión relatada por Pêro da Covilhã, había sido preparado por «ho licçiado Calçadilha que

he bispo de Viseu, e ho doutor mestre Rodrigo [...] e ho doutor mestre Moyses a este tẽpo iudeu». ³¹ Es decir, encontramos los mismos expertos, el maestre Rodrigo y el maestre José Vizinho, y también un tercero, don Diego Ortiz de Villegas, un castellano que durante muchos años sirvió la corona lusitana. ³² Ahora bien, años más tarde, Francisco López de Gómara se referirá a este episodio en su *Historia General de las Indias*, originalmente impresa en Zaragoza en 1552. El cronista español menciona asimismo la «tabla por donde se rigiesen» Pêro da Covilhã y su compañero, «que sacaron el licenciado Calzadilla, obispo de Viseo, el doctor Rodrigo, el maestre Moisés». Pero añade un detalle más: los tres expertos que trabajaban para don João II la habían sacado «de un mapa que debia ser de Martín de Bohemia». ³³

Las tres participaciones de Behaim en actividades de exploración geográfica desarrolladas por los portugueses son hipotéticas, y evidentemente necesitan de confirmación documental, que no ha sido posible hasta el día de hoy obtener. Pero es significativo que su nombre aparezca mencionado en estos contextos. Hay todavía, en este mismo período, otra conexión del nuremburgués a las empresas lusitanas de descubrimientos marítimos. Antes de 1490, Behaim conoció a Diogo Gomes, un hombre que por esos años era almojarife de Sintra, en los alrededores de Lisboa, y que en su tiempo efectuara diversos viajes de exploración y comercio en el litoral occidental de África y en los archipiélagos atlánticos. ³⁴ Hacia 1488, el viejo navegante portugués, aparentemente a petición de Martin Behaim, escribió en latín un detallado relato de sus viajes de descubrimiento, con el título *De prima inuentione Guinee* (es decir, *El primer descubrimiento de Guinea*). ³⁵ La única copia de este relato se conserva en un largo manuscrito conocido como *Códice Valentim Fernandes*, hoy depositado en una biblioteca de Alemania. ³⁶

Valentim Fernandes fue un impresor originario de Moravia, que a finales del siglo xv se estableció en Portugal, donde desarrolló importantes actividades tipográficas, trabajando en estrecha colaboración con la casa real lusitana. Paralelamente a sus funciones de impresor, Fernandes se interesó por el movimiento de exploración geográfica protagonizado por los navegantes portugueses. ³⁷ En Portugal, el moravo coleccionó un conjunto de relatos de viaje y descripciones geográficas de diversos autores, que reunió en un códice escrito de su propia mano, y que en dado momento envió a Conrad Peutinger, un humanista de Augsburgo. ³⁸ El texto de Diogo Gomes, relatando sus viajes a la costa de

Guinea y a las islas de Cabo Verde en las décadas de 1440 a 1460, empieza por una referencia a Martin Behaim: «Descubrimiento que Diogo Gomes, almojarife del palacio real de Sintra, referió a Martín de Bohemia, ínclito caballero alemán».³⁹ Durante años se especuló que Behaim podría ser el autor de este relato, pero está hoy establecido que Diogo Gomes escribió el texto en latín, que probablemente hacia 1488 cedió a Martin Behaim, el cual, a su vez, lo comunicó más tarde a Valentim Fernandes.⁴⁰

En los primeros meses de 1490 Martin Behaim viajó de Portugal hacia Núremberg, por motivos relacionados con el patrimonio familiar, y durante tres años permaneció en la ciudad alemana. Aparentemente, llegaba de Portugal con reputación de hombre viajado, de navegante experimentado y de cosmógrafo eminente: había establecido su residencia en la longinqua isla de Faial, en el medio del Atlántico; viajará repetidamente en navíos portugueses, rumbo a las islas atlánticas y hasta la costa de Guinea; y participará en proyectos de naturaleza científica, por directa invitación de don João II, que lo había distinguido con el título de caballero. En la ciudad alemana, en este período, encontramos indicios de su participación en diversos proyectos de naturaleza geográfica y cartográfica.

Behaim fue el intermediario en la adquisición por la municipalidad de Núremberg de un mapa del mundo. Un documento de 1494 refiere el pago a «her Merten Beham» (es decir, el señor Martin Behaim) de una suma considerable por «un mapamundi impreso, representando el mundo entero, [...] que será colgado en la cancelería».⁴¹ Se desconoce de qué tipo de mapa se trataba –aun más siendo «impreso»–, pero parece evidente que Martin Behaim no fue el cartógrafo responsable por la producción de este enigmático planisferio. Antes de 1490 no existen indicios de que el alemán pudiera haber obtenido las aptitudes técnicas necesarias para dibujar un mapamundi –si exceptuamos la referencia al mapa de Pêro da Covilhã–. Es más probable que hubiera adquirido el planisferio, posiblemente en Portugal, en los círculos náuticos y geográficos de Lisboa. Mientras tanto, el mismo documento refiere que este planisferio fue utilizado como modelo en la construcción de un globo terráqueo que aun hoy se conserva en Núremberg, y que es justamente conocido como «globo de Behaim».⁴² Lo que quiere decir que el mapamundi de Núremberg podría ser de un tipo semejante a los planisferios que por esos años dibujaba en Florencia el también nuremburgués Henricus Martellus.⁴³ ¿Podría existir alguna conexión personal

entre Behaim y Martellus, contemporáneos, originarios de la misma ciudad alemana, y ambos interesados en temas cartográficos? Es una posibilidad que explicaría el origen del mapamundi adquirido para la municipalidad de Núremberg por intermedio de Behaim.

Por contraste, es seguro que Martin Behaim trabajó en el equipo que entre 1490 y 1492 construyó el famoso globo de Núremberg.⁴⁴ El proyecto del globo fue de iniciativa municipal, bajo la coordinación de Georg Holzschuher, uno de los consejeros de la ciudad, y tuvo la colaboración de varios técnicos y artistas. El globo tiene un diámetro de cincuenta centímetros, está montado en un pedestal y está dibujado en una larga variedad de colores. Desde el punto de vista cartográfico, presenta un compromiso entre la representación ptolemaica del mundo y los nuevos descubrimientos portugueses en el litoral de África. Más de mil topónimos figuran en el globo, complementados por cuarenta y ocho banderas, quince escudos de armas y cuarenta y ocho miniaturas de reyes y gobernantes. Martin Behaim, además de obtener el mapamundi utilizado como modelo, habrá sido el principal responsable por la información consignada en las prolijas leyendas del globo, manuscritas en alemán, en las cuales incluyó referencias autobiográficas.

Es posible que uno de los objetivos de la construcción del globo fuera demostrar visualmente la posibilidad de un viaje marítimo directo entre la costa occidental de la península ibérica y las Indias Orientales, es decir, de la viabilidad de una navegación al levante por la vía del poniente. Frente al desarrollo de los viajes portugueses de descubrimiento de la costa occidental de África, que funcionaban en régimen de exclusividad, este proyecto circulaba en los círculos marítimos ibéricos. Cristóbal Colón lo había defendido, y estaba entonces preparando en España su expedición a las islas más orientales de Asia por una ruta occidental. El globo surgiría así como un producto de las especulaciones cosmográficas de los humanistas alemanes, mezcladas con la experiencia ibérica de Martin Behaim y con los intereses de los mercaderes nuremburgueses de intervenir en el comercio ultramarino de forma más activa.⁴⁵

Una de las leyendas del globo refiere algunas de las fuentes de información utilizadas por Behaim y por sus colaboradores: la antigua obra cosmográfica de Ptolomeo, redescubierta por los humanistas europeos en el siglo xv, y repetidamente publicada en Alemania; los libros de viajes medievales de Marco Polo, que

tuvo una primera edición en latín precisamente en Núremberg en 1477, y de Juan de Mandeville, cuya primera edición ilustrada fue publicada en Augsburgo en 1481; y las exploraciones ordenadas por «don Johann von Portugal», es decir, testimonios textuales o cartográficos de los viajes portugueses de exploración de la costa africana.⁴⁶ Pero es posible identificar en los textos del globo otras fuentes literarias antiguas y medievales, y notablemente leyendas inspiradas en las obras de Heródoto, Estrabón, Plinio, Pomponio Mela, Isidoro de Sevilla y otros, y también intuir la utilización de fuentes cartográficas, como los mapas ya mencionados de Henricus Martellus.⁴⁷

Dos leyendas del globo de Behaim son particularmente interesantes desde un punto de vista autobiográfico. En la primera, el nuremburgués refiere que en 1484 participó en un viaje ordenado por don João II a la costa de Guinea, y más concretamente al *konik furfursland* (es decir, al país del rey Furfur), donde crece la *portogals pfeffer* (es decir, la pimienta de Portugal).⁴⁸ Se trataría aquí del ya referido viaje de João Afonso de Aveiro al reino de Benín, en el cual no es imposible que Behaim haya participado. En la segunda, Martin Behaim relata la historia de la colonización de las Azores y menciona «hern Jobsst vō Hürtter» (es decir, el señor Josse van Hurtere),⁴⁹ destacando que el capitán de las islas de Faial y Pico era su suegro. Convendrá notar aquí que las informaciones textuales y cartográficas transmitidas por el globo sobre las regiones que estaban siendo exploradas por la corona lusitana –la costa de África y el océano Atlántico– no son absolutamente rigurosas, denotando que Martin Behaim no estaría en posesión de las más actualizadas noticias disponibles en Portugal. Curiosamente, en el mismo año en el que el equipo de Behaim concluía la construcción del globo de Núremberg, Cristóbal Colón iniciaba a partir de Palos de la Frontera su viaje de descubrimiento de una ruta occidental hacia las Indias, que estaba a punto de revolucionar la concepción europea del mundo, y también su representación cartográfica. La imagen del mundo transmitida por el «globo de Behaim», un año después de su conclusión, se volvía definitivamente anacrónica.⁵⁰

Durante el período de residencia de Martin Behaim en Núremberg, y quizás con ligaciones a la construcción del globo, otro proyecto de ámbito geográfico globalizante estaba en marcha. Hartmann Schedel, uno de los más eminentes humanistas de la ciudad alemana, coordinaba la edición del *Liber Chronicarum cum figuris e imaginibus ab initio mundi*, una monumental

crónica del mundo, ampliamente ilustrada, que fue impresa en Núremberg en 1493, primero en versión latina y luego después en versión alemana.⁵¹ Uno de los más activos colaboradores del proyecto, que preparó diversos textos para la crónica, fue Hieronymus Münzer, otro humanista alemán que entonces vivía en la ciudad. Martin Behaim, que podría haber conocido a ambos anteriormente, fue reclutado para el proyecto, y proporcionó información para la sección sobre Portugal, la cual no es exactamente igual en las dos ediciones, latina y alemana. Detalle interesante, los dos humanistas, Schedel y Münzer, poseían importantes bibliotecas, las cuales podrían haber sido utilizadas por Behaim en la preparación de los textos para el globo de Núremberg.⁵²

La sección sobre Portugal del *Liber Chronicarum*⁵³ incluye noticias sobre un alegado viaje de Behaim a la costa más meridional de África. De acuerdo con esta crónica, el rey lusitano don João II, en 1483, habría ordenado la preparación de dos navíos para un viaje más allá de los Pilares de Hércules, hacia las regiones de Etiopía (es decir, África). Los capitanes de estas dos embarcaciones eran «Jacobum canum einen Portugalier und Martin Beheim einen teutschen von Nurmberg», es decir, el portugués Diogo Cão y el nuremburgués Martin Behaim.⁵⁴ Evidentemente, fue el propio Behaim la fuente de esta información, que no es confirmada por la documentación portuguesa de esa época. El *Liber Chronicarum* añadía además que Behaim era un hombre muy conocedor de la geografía del mundo (quizás una alusión indirecta al globo de Núremberg) y muy sufrido en la navegación marítima. Podemos así constatar que todo lo que concierne a la experiencia marítima y a los conocimientos geográficos de Martin Behaim sigue siendo de problemática demostración.

En 1493 el nuremburgués volvió a Portugal, y posiblemente fue el portador de una carta del doctor Hieronymus Münzer para el rey don João II, fechada en Núremberg en julio de ese mismo año. Se conserva una traducción portuguesa de la misiva, hecha por el dominico Álvaro da Torre, predicador del monarca lusitano, y que curiosamente fue publicada en Lisboa, en una guía náutica intitulada *Regimento do estrolabio e do quadrante*. Esta obra no tiene fecha de publicación, pero se cree que fue impresa alrededor de 1515.⁵⁵ La carta de Münzer, aparentemente, había sido escrita a pedido del emperador Maximiliano, e intentaba incentivar al rey portugués «a buscar a terra oriental de Catay muy rica», es decir, a organizar una expedición marítima que intentase alcanzar Asia por una derrota occidental, a partir de las islas

de las Azores. Diversos argumentos eruditos eran utilizados para comprobar la viabilidad del proyecto; como escribía Münzer, muchos autores declaraban «ho principio do Oriente habitauel ser achegado asaz ao fim do Occidête abitauel». ⁵⁶

Evidentemente, este designio era semejante al que Cristóbal Colón había intentado realizar en su primer viaje atlántico. Lo que implica una cuestión inmediata: en Núremberg eran seguramente conocidas las noticias de la llegada del navegante genovés a Lisboa y luego después a Sevilla, en marzo de 1493. La carta de Colón sobre su descubrimiento había sido publicada en Barcelona en mayo del mismo año. ⁵⁷ ¿Cómo explicar, entonces, la propuesta del emperador Maximiliano a don João II, de repetir el mismo proyecto que Colón aparentemente había realizado con suceso? Probablemente, como ya ha sido sugerido, Martin Behaim, el instigador del proyecto, «pensara que las islas a las que había llegado el almirante del mar Océano no perteneciesen en realidad a la India», que así continuaba «todavía por descubrir». ⁵⁸

O entonces, otra alternativa posible, Behaim tendría conocimiento de las discusiones que luego después del pasaje de Cristóbal Colón por Lisboa ocurrieron en la corte de don João II, sobre la oportunidad de enviar una expedición hacia el occidente, precisamente a partir de Madera o de las Azores. Se hablaba igualmente de don Francisco de Almeida, un importante noble portugués, para comandar este viaje exploratorio, que pretendía determinar con rigor la naturaleza de las tierras alegadamente descubiertas por Colón. ⁵⁹ En esta coyuntura, la carta de Münzer parece extremadamente oportuna, y además recomendaba al monarca lusitano «ho senhor Martinho Boemio singularmente pera esto acabar», es decir, Martin Behaim era propuesto por el emperador Maximiliano como el hombre cierto para buscar el levante por la ruta de poniente. ⁶⁰

Nada se sabe en concreto sobre el desarrollo de este proyecto portugués de exploración atlántica. Pero informaciones consignadas en dos cartas de los Reyes Católicos de mayo y junio de 1493 mencionan ciertos navíos enviados por el rey de Portugal desde la isla de Madeira, «a descubrir islas ó tierra á otras partes que non han ido los portugueses fasta aquí». ⁶¹ Además, muchos años más tarde, a finales del siglo XVI, el doctor Gaspar Frutuoso, autor de una prolija crónica de los archipiélagos atlánticos que en la época quedó manuscrita, refiere un viaje de exploración marítima hacia occidente que habría sido inspirado por Martin Behaim. En el libro sexto de las *Saudades da Terra*, en un pasaje que se

apoyaba en informaciones orales recogidas en las Azores, el cronista portugués escribía que «com informações e instrução que el-rei dele tinha, mandou certos homens (segundo dizem) descobrir as Antilhas, dando regimento por onde ele os encaminhava». Es decir, Behaim había transmitido instrucciones concretas a don João II para la organización de una expedición de exploración en el Atlántico, en demanda de las islas recientemente descubiertas por Cristóbal Colón. Gaspar Frutuoso concluía escribiendo que los navegantes portugueses, «enfadando-se da viagem, fizeram volta caminho do reino», sin encontrar la tierra que buscaban.⁶²

Martin Behaim, después de volver de Núremberg a Portugal, viajó de inmediato a finales de 1493 hacia Flandes e Inglaterra, por razones algo enigmáticas, pero probablemente relacionadas con los negocios azucareros de su suegro.⁶³ En abril del año siguiente estaba de nuevo en Portugal, y a partir de entonces se pierde su rastro hasta 1507, cuando se muere en Lisboa. Es decir, durante más de una década nada se sabe sobre el emprendedor Behaim, que desaparece completamente de las fuentes que conocemos. Una posibilidad es que por sus aparentemente estrechas ligaciones con don João II se haya transformado en persona *non grata* en la corte del nuevo rey, don Manuel I, que subió al trono en 1495. Una vez más, no hay indicios documentales para comprobar tal hipótesis. Es probable que Behaim se fijara a partir de mediados de 1494 en la isla de Faial, en las Azores, manteniendo un perfil discreto, pero no es completamente seguro.⁶⁴

Mientras tanto, a finales de 1494 el propio Hieronymus Münzer visitó Portugal. El humanista alemán escribió un circunstanciado relato de su viaje, que se conserva en una copia manuscrita por Hartmann Schedel.⁶⁵ Münzer, que efectuaba un largo periplo europeo, se encontró con el rey don João II en Évora, pero nada transpira en su *Itinerarium siue peregrinatio* sobre el proyecto de exploración atlántica. Pocos meses antes, en junio de 1494, se había celebrado en Tordesillas un tratado que delimitaba las áreas de influencia respectivas de Portugal y España en el Atlántico.⁶⁶ Para la corona portuguesa, el proyecto de navegar hacia Oriente por una ruta occidental había ya perdido toda la importancia. Y Münzer, que visitó Sevilla algunos días antes, había recogido inéditas informaciones sobre el descubrimiento de Colón, escribiendo, además, un *Tratado sobre el descubrimiento de las Indias*, que todavía no ha sido localizado.⁶⁷

Curiosamente, el monarca lusitano, en Évora, armó caballero a «don Antonio Herwart, de Augsburgo», uno de los com-

pañeros de viaje de Münzer, miembro de una importante familia mercantil.⁶⁸ Lo mismo había hecho don João II años antes con Martin Behaim, en la prosecución de idéntica estrategia de seducción de grupos mercantiles germánicos. Prosiguiendo el viaje, Münzer visitó Lisboa, donde se alojó «en la habitación del suegro de don Martín Bohemio, llamado don Jodoco de Hurder».⁶⁹ Detalle interesante, Valentim Fernandes fue en Lisboa el «lingoa» o intérprete del humanista alemán.⁷⁰ En el castillo de São Jorge, Münzer pudo observar «un mapa del mundo muy bien pintado, en una tabla muy grande y dorada», como escribe en su relato de viaje.⁷¹ ¿Habría aquí alguna relación con el mapamundi que Martin Behaim utilizó para la construcción de su globo? Es imposible decirlo, porque Münzer no hace más alusiones en su itinerario de viaje al nuremburgués, que en ese momento seguramente se encontraba en Portugal, quizás en las Azores.

¿Podrá existir aquí una relación con el mapa de Behaim de que hablará un poco más tarde Antonio Pigafetta, el cronista del primer viaje de circunnavegación? A finales de 1520, cuando la expedición de Fernão de Magalhães (o Magallanes) buscaba en el sur del Nuevo Mundo un estrecho para navegar hacia occidente, en demanda de las *islas de las especias*, Pigafetta hace una referencia enigmática en su relato, que fue publicado por primera vez en París hacia 1535. El italiano escribe que el capitán portugués habría visto una representación del tan procurado estrecho «sur une carte marine du roi de Portugal, laquelle carte un grand pilote et marinier nommé Martin de Bohême avait faite».⁷² Pigafetta viajaba en el navío de Magallanes, y ciertamente reproducía con corrección las palabras de su capitán. Lo que significa que probablemente el navegante portugués creía haber consultado un mapamundi atribuido a Martin Behaim, que existiría en algún edificio de Lisboa, quizás en el castillo de São Jorge. Evidentemente, este ejemplar cartográfico podría ser un desarrollo posterior del planisferio que en 1492 había sido utilizado para la producción del globo de Núremberg, y del mapamundi que Hieronymus Münzer pudo ver durante su visita a Lisboa, sucesivamente actualizado en la secuencia de los grandes viajes marítimos ibéricos.⁷³

*

Martin Behaim, como pudimos constatar, sigue siendo una figura enigmática, difícil de encuadrar documentalmente, pero siempre

en los bastidores de eventos de primer plano. Es indudable que se relacionó íntimamente con los círculos marítimos portugueses que dinamizaban a finales del siglo xv la busca de una ruta marítima hacia las Indias. Navegó repetidamente en navíos portugueses a través del Atlántico, en emprendimientos mercantiles y de exploración geográfica. Adquirió sin duda capacidades como cartógrafo, que aplicó en la producción de globos y mapamundis. Y en determinado momento de su carrera defendió la posibilidad de navegar hacia el oriente por una ruta occidental. Curiosamente, después de su desaparición, se desarrolló en los círculos intelectuales ibéricos una verdadera «leyenda Behaim», como vimos por los ejemplos citados de Antonio Pigafetta, Francisco López de Gómara y João de Barros. Martin Behaim ganó reputación como matemático, cosmógrafo, cartógrafo, y sobre todo se habló repetidamente de su mapamundi, del cual surgen diversos avatares en la crónica del siglo xvi, particularmente en el contexto del descubrimiento del estrecho de Magallanes. Es el caso de Bartolomé de Las Casas⁷⁴ y de Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo.⁷⁵ A finales del siglo xvi, el cronista portugués Gaspar Frutuoso, en sus *Saudades da Terra*, resumía en breves palabras esta imagen sorprendentemente positiva del nuremburgués, escribiendo a propósito de la isla de Faial, en las Azores, sobre «um estrangeiro, alemão, que diziam ser grande fidalgo, astrólogo e matemático, e dizem alguns que era nigromântico, chamado Martin de Boémia».⁷⁶

INSTITUTO SUPERIOR MANUEL TEIXEIRA GOMES,
PORTIMÃO & CENTRO DE HUMANIDADES,
UNIVERSIDADE NOVA DE LISBOA

NOTAS

- ¹ Sobre Behaim, véase la obra clásica de Ravenstein, *Martin Behaim*, que todavía sigue mereciendo una lectura atenta; y más recientemente Crone, *Martin Behaim, navigator and cosmographer*; y sobre todo Pohle, *Martin Behaim*, que sistematiza los hechos y las controversias relativas al nuremburgués.
- ² Barros, *Primeira Década*, lib. 4, cap. 2 (p.127): «Un cierto Martin de Bohemia [...] el cual se vanagloriaba de ser discípulo de Johann de Monte Regio afamado astrónomo entre los profesores de esta ciencia».

- ³ Sobre Regiomontanus, véase Zinner, *Regiomontanus: His Life and Work*.
- ⁴ Con respecto a Barros, véase Loureiro, «Revisitando as *Décadas da Ásia*».
- ⁵ Cf. Ravenstein, *Martin Behaim*, pp. 107-111.
- ⁶ Sobre la factoría portuguesa de Flandes, ver Marques, *Ensaio de História Medieval*, pp. 217-267.
- ⁷ Sobre esta expedición, véase Escudier (ed.), *Voyage d'Eustache Delafosse*.
- ⁸ Véase Witte, *Les bulles pontificales et l'expansion portugaise*.

- ⁹ Escudier (ed.), *Voyage d'Eustache Delafosse*, p. 30.
- ¹⁰ Pohle, *Martin Behaim*, p. 29: «In der Stadt albassomas [...] wartt ritter geschlagen M. B. von nurnberg van der hant des grosmechtigen konig hern Johanse des andern von Portugal».
- ¹¹ Véase Serrão, *Itinerários de el-Rei D. João II*, pp. 176-178.
- ¹² Véase Pohle, *Os mercadores-banqueiros alemães*.
- ¹³ Sobre los flamencos en las Azores, véase Leite, «Os Flamengos na Colonização dos Açores».
- ¹⁴ Con respecto a los colorantes, véase Faria, «As plantas tintureiras».
- ¹⁵ Véase sobre este tema, Loureiro, *Em demanda do Oriente*.
- ¹⁶ Sobre el proyecto de Colón en Portugal, véase Randles, «The Evaluation of Columbus' 'India' Project».
- ¹⁷ La cronología de los viajes de Diogo Cão ha sido revisada en Radulet, «As viagens de descobrimento de Diogo Cão».
- ¹⁸ Relativamente a Bartolomé Díaz, un personaje enigmático, véase Randles, «Bartolomeu Dias and the discovery of the south-east passage».
- ¹⁹ Barros, *Primeira Década*, lib. 4, cap. 2 (p. 127): «Maestre Rodrigo y maestre Josep, judío, ambos sus médicos, y aun Martin de Bohemia, natural de aquellas partes».
- ²⁰ Barros, *Primeira Década*, lib. 3, cap. 11 (p. 113): «Descubrir la isla de Cipango por este mar occidental». Relativamente a Rodrigo de Lucena, ay una posible conexión con Flandes, pues su hermano Afonso de Lucena era físico de Isabel de Portugal, la duquesa de Borgoña; ambos eran hermanos de Vasco Fernandes de Luceña, un importante personaje en la corte de don João II. Véase Ferreira, *The Crown, the Court and the Casa da Índia*, pp.26-27. Sobre maestre José, véase Canas, «Vizinho, José». Con respecto al proyecto de Colón, véase Randles, «The Evaluation of Columbus' 'India' Project».
- ²¹ Barros, *Primeira Década*, lib. 4, cap. 2, p. 127.
- ²² Colón, *Textos y documentos completos*, p. 91: «(Rex) Portugalie misit in Guinea anno Domini 1485 magister Ihoeseuij, fixicus eius et astrologus, (ad comperien) dum altitudinem solis in totta Guinea».
- ²³ Para una biografía crítica de este navegador, véase Christo, *Alguns problemas sobre João Afonso de Aveiro*.
- ²⁴ Resende, *Livro das Obras*, p. 252: «Veio a Portugal la primera pimienta que se encontró en Guinea».
- ²⁵ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 100: «Do der pfeffer wechst den der konik in Portugal gefunden hat año 1485».
- ²⁶ Sobre esta mítica isla, véase Buker, «The Search for the Seven Cities».
- ²⁷ Ramos-Coelho (ed.), *Alguns documentos do Arquivo Nacional*, p. 58: «Una grande isla o islas o tierra firme por costa, que se presume ser la isla de las Siete Ciudades»; «caballero alemán que en su compañía habrá de ir, que él alemán escoja de ir en cualquier carabela que desear».
- ²⁸ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 77: «Jnsula antilia genat Septe ritade [sic]». Sobre este hipotético viaje, véase Verlinden, «La signification de l'année 1487», y también García, *D. João II vs. Colombo*.
- ²⁹ Vale la pena consultar la obra clásica del Conde de Ficalho, *Viagens de Pêro da Covilhã*.
- ³⁰ Álvares, *Verdadeira Informação das Terras do Preste João*, cap. 104, p. 279: «Carta de marear tirada del mapamundi».
- ³¹ Álvares, *Verdadeira Informação das Terras do Preste João*, cap. 104, p. 279: «El licenciado Calzadilla que es obispo de Viseu, y el doctor maestre Rodrigo [...] e el doctor maestre Moisés en este tiempo judío».
- ³² Sobre este hombre, véase Cristóvão, «O Cathecismo Pequeno de D. Diogo Ortiz Vilhegas».
- ³³ López de Gómara, *Historia general de las Indias*, vol. I, p. 188.
- ³⁴ Véase la biografía de Gomes en Oliveira, «Diogo Gomes, trato e diplomacia ao serviço da expansão».
- ³⁵ Utilizo la edición de Daniel López-Cañete Quiles: Sintra, *El descubrimiento de Guinea y de las Islas Occidentales*.
- ³⁶ Véase Costa (ed.), *Códice Valentim Fernandes*, pp. 277-309.
- ³⁷ Sobre sus actividades de impresor, véase Anselmo, *Oriens da imprensa em Portugal*, pp. 146-198; sobre sus actividades de compilador, véase Helga Jüsten, *Valentim Fernandes*.
- ³⁸ A propósito de Peutinger, véase Pohle, *Os mercadores-banqueiros alemães*.
- ³⁹ Sintra, *El Descubrimiento de Guinea*, p. 3: «Quam inuentionem retulit Dioguo Gomez, almoixeriff palatti Sinterii, Martino de Bohemia, incliti militi Alemano».
- ⁴⁰ Además de la edición de Daniel López-Cañete, véase Sintra, *Descobrimiento Primeiro da Guiné*, donde Aires A. Nascimento confirma que se trata de un texto latino escrito por un portugués.
- ⁴¹ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 112: «Her Marten Beham umb ein gedruckte mapa mundy, da die gantse welt ina wegriffen Ist [...] in die kantzley gehenkt wirtt».
- ⁴² Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 112.
- ⁴³ Véase Winter, «New Light on the Behaim Problem», y Davies, «Behaim, Martellus and Columbus». Sobre Martellus, véase Van Duzer, *Henricus Martellus's World Map at Yale*, pp. 2-42.
- ⁴⁴ Con respecto al globo, véase Ravenstein, *Martin Behaim*, pp. 57-105; y también López-Cañete Quiles, «El globo de Martin Behaim y las memorias de Diogo Gomes».
- ⁴⁵ Véase Pohle, *Os mercadores-banqueiros alemães*.
- ⁴⁶ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 62.
- ⁴⁷ Sobre las fuentes del globo, véase Ravenstein, *Martin Behaim*, pp. 62-71.
- ⁴⁸ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 72.
- ⁴⁹ Ravenstein, *Martin Behaim*, p. 76.
- ⁵⁰ Véase Brotton, *Trading Territories*, pp. 46-86.
- ⁵¹ Véase Schedel, *Chronicle of the World*. (con facsímil de la versión alemana). Sobre la cronica, véase Wilson & Wilson, *The Making of the Nuremberg Chronicle*.
- ⁵² Véase Goldschmidt, «Hieronymus Muenzer and other fifteenth century bibliophiles».
- ⁵³ Cf. Schedel, *Chronicle of the World*, fls. cclxxxv-cclxxxv'.
- ⁵⁴ Schedel, *Chronicle of the World*, fl. cclxxxv'.

- ⁵⁵ Véase Albuquerque (ed.), *Guia Náutico de Munique*, pp. 185-187, que incluye un facsímil de la rarísima edición lisboeta.
- ⁵⁶ Albuquerque (ed.), *Guia Náutico de Munique*, s. n. p.: «el principio del Oriente habitable ser muy próximo del fin del Occidente habitable».
- ⁵⁷ Colón, *La Carta de Colón*.
- ⁵⁸ Gil, *Columbiana*, p. 81.
- ⁵⁹ Véase a propósito de esta expedición Cortesão, *O Mistério de Vasco da Gama*.
- ⁶⁰ Albuquerque (ed.), *Guia Náutico de Munique*, s. n. p.
- ⁶¹ Fernández de Navarrete (ed.), *Colección de los viajes y descubrimientos*, p. 109.
- ⁶² Frutuoso, *Livro Sexto*, cap. 38, p. 274: «con informaciones e instrucciones que el rey tenía de él, envió ciertos hombres (segundo dicen) a descubrir las Antillas, les dando un regimiento con el camino por él indicado»; «se enfadando del viaje, hicieron vuelta a camino del reino».
- ⁶³ Véase Ravenstein, *Martin Behaim*, pp. 43-46.
- ⁶⁴ Véase Pohle, *Martin Behaim*, pp. 33-40.
- ⁶⁵ Para una traducción reciente e integral, véase Münzer, *Itinerary and the Discovery of Guinea*.
- ⁶⁶ Véase Coben, «The events that led to the Treaty of Tordesillas».
- ⁶⁷ Münzer, *Itinerary and the Discovery of Guinea*, p. 163. Véase Calero, «Jerónimo Münzer y el descubrimiento de América».
- ⁶⁸ Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 167. Sobre los Herwart, véase Pohle, *Os mercadores-banqueiros alemães*.
- ⁶⁹ Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 181.
- ⁷⁰ Cf. Costa (ed.), *Códice Valentim Fernandes*, p. 174.
- ⁷¹ Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 177.
- ⁷² Utilizo la versión francesa, aquí traducida, Castro, Hamon & Thomaz, *Le voyage de Magellan*, p. 106: «en una carta marina del rey de Portugal, la cual carta había hecho un grande piloto y marinero llamado Martin de Bohemia».
- ⁷³ Véase Hennig, «The Representation on Maps of the Magalhães Straits».
- ⁷⁴ Las Casas, *Historia de Indias*, lib. 3, cap. 101 (vol. iv, p. 377).
- ⁷⁵ Fernández de Oviedo habla con escepticismo de Behaim: «no hay memoria entre bohemios ni entre cristianos, que en Bohemia haya nascido cosmógrafo de tanto crédito» (*Historia General*, lib. 20, cap. 2 [vol. II, p. 229]).
- ⁷⁶ Frutuoso, *Livro Sexto*, cap. 38, p. 273: «un extranjero, alemán, que decían ser grande hidalgo, astrólogo y matemático, y dicen algunos que era nigromántico, llamado Martin de Bohemia».
- Álvares, Francisco – *Verdadeira informação das terras do Preste João*. Ed. Augusto Reis Machado. Lisboa, Agência Geral do Ultramar, 1974.
- Anselmo, Artur – *Origens da Imprensa em Portugal*. Lisboa, Imprensa Nacional – Casa da Moeda, 1981.
- Barros, João de – *Ásia: Primeira Década*, ed. António Baião. Coimbra, Imprensa da Universidade, 1932.
- Brotton, Jerry – *Trading Territories: Mapping in the early modern world*. Londres, Reaktion Books, 1997.
- Buker, George E. – «The Search for the Seven Cities and Early American Exploration». *The Florida Historical Quarterly*, vol. 71, n. 2, 1992, pp. 155-168.
- Calero, Francisco – «Jerónimo Münzer y el descubrimiento de América». *Revista de Indias*, vol. 61, n. 207, 1996, pp. 279-296.
- Canas, António Costa – «Vizinho, José». In Francisco Contento Domingues (dir.), *Dicionário da Expansão Portuguesa*, 2 vols. Lisboa, Círculo de Leitores, 2016, pp. 1050-1052.
- Castro, Xavier, Hamon, Jocelyne & Thomaz, Luís Filipe (eds.) – *Le voyage de Magellan (1519-1522): La relation d'Antonio Pigafetta et autres témoignages*, 2 vols. París, Chandeigne, 2007.
- Christo, António – *Alguns problemas sobre João Afonso de Aveiro*. Braga, s. n., 1960.
- Coben, Lawrence A. – «The events that led to the Treaty of Tordesillas». *Terrae Incognitae*, vol. 47, n. 2, 2015, pp. 142-162.
- Colón, Cristóbal – *La Carta de Colón anunciando el descubrimiento del Nuevo Mundo*, ed. Carlos Sanz. Madrid, s. n., 1956.
- Colón, Cristóbal – *Textos y documentos completos. Nuevas cartas*. Ed. Consuelo Varela & Juan Gil. Madrid, Alianza, 1992.
- Cortesão, Armando – *O Mistério de Vasco da Gama*. Coimbra, Junta de Investigações do Ultramar, 1973.
- Costa, José Pereira (ed.) – *Códice Valentim Fernandes*. Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1997.
- Cristóvão, Fernando da Silva – «O Cathecismo Pequeno de D. Diogo Ortiz Vilhegas». *Humanitas*, vol. 50, 1998, pp. 687-700.
- Crone, G. R. – *Martin Behaim, navigator and cosmographer; figment of imagination or historical personage?* Lisboa, s.n. 1961 [separata das *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimientos*, vol. II].
- Davies, Arthur – «Behaim, Martellus and Columbus». *The Geographical Journal*, vol. 143, n. 3, 1977, pp. 451-459.
- Escudier, Denis (ed.) – *Voyage d'Eustache Delafosse sur la côte de Guinée, au Portugal et en Espagne (1479-1481)*. París, Éditions Chandeigne, 1992.
- Faria, Miguel – «As plantas tintureiras». *Oceanos*, n. 6, 1991, pp. 66-78.
- Fernández de Navarrete, Martín (ed.) – *Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo xv* – Tomo II. Madrid, Imprenta Real, 1825.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo – *Historia general y natural de Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 vols. Madrid, Atlas, 1992.

BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, Luís de (ed.) – *Guia Náutico de Munique e Guia Náutico de Évora*. Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 1991.

- Ferreira, Susannah Humble – *The Crown, the Court and the Casa da Índia: Political Centralization in Portugal, 1479-1521*. Leiden / Boston, Brill, 2015.
- Ficalho, Conde de – *Viagens de Pêro da Covilhã*. Lisboa, Imprensa nacional – Casa da Moeda, 1988.
- Frutuoso, Gaspar – *Livro Sexto das Saudades da Terra*, ed. João Bernardo de Oliveira Rodrigues. Ponta Delgada, Instituto Cultural de Ponta Delgada, 1976.
- Garcia, José Manuel – *D. João II vs. Colombo*. Vila do Conde, Quidnovi, 2012.
- Gil, Juan – *Columbiana: Estudios sobre Cristóbal Colón, 1984-2006*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2007.
- Goldschmidt, E. P. – «Hieronymus Muenzer and other fifteenth century bibliophiles». *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, vol. 14, n. 8, 1938, pp. 491-508.
- Hennig, Richard – «The Representation on Maps of the Magalhães Straits before Their Discovery». *Imago Mundi*, vol. 5, 1948, pp. 32-37.
- Jüsten, Helga – *Valentim Fernandes e a Literatura de Viagens*. Lagos, Câmara Municipal de Lagos, 2007.
- Las Casas, Bartolomé de – *Historia de las Indias*, ed. Marqués de la Fuensanta del Valle & José Sancho Rayon, 5 vols. Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1875-1876.
- Leite, José Guilherme Reis – «Os Flamengos na Colonização dos Açores». *Boletim do Instituto Histórico da Ilha Terceira*, vols. 69-70, 2012, pp. 57-74.
- López de Gómara, Francisco – *Historia general de las Indias*. Ed. Pilar Guibelalde & Emiliano M. Aguilera, 2 vols. Barcelona, Editorial Iberia, 1965-1966.
- López-Cañete Quiles, Daniel – «El globo de Martin Behaim y las memorias de Diogo Gomes». *Mare Liberum*, n. 10, 1995, pp. 553-564.
- Loureiro, Rui Manuel – *Em demanda do Oriente: Viagens e navegações quatrocentistas*. Lisboa, Grupo de Trabalho do Ministério da Educação para as Comemorações dos Descobrimientos Portugueses, 1998.
- Loureiro, Rui Manuel – «Revisitando as *Décadas da Ásia*: Algumas observações sobre o projecto historiográfico de João de Barros», *e-Spania*, n. 30, 2018, <<http://journals.openedition.org/e-spania/27836>>
- Marques, A. H. Oliveira – *Ensaio de História Medieval*. Lisboa, Portugalia Editora, 1965
- Münzer, Jerónimo – *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, ed. Ramón Alba. Madrid, Ediciones Polifemo, 1991.
- Münzer, Jerónimo [Hieronymus] – *Itinerary and the Discovery of Guinea*, trad. & ed. James Firth. Londres, s. n., 2014.
- Oliveira, Aurélio de – «Diogo Gomes, trato e diplomacia ao serviço da expansão». *Revista da Faculdade de Letras - Historia*, vol. 3, n. 1, 2002, pp. 163-184.
- Pohle, Jürgen – *Martin Behaim (Martininho da Boémia): Factos, Lendas e Controvérsias*. Coimbra, Centro Interuniversitário de Estudos Germanísticos, 2007.
- Pohle, Jürgen – *Os mercadores-banqueiros alemães e a Expansão Portuguesa no reinado de D. Manuel I*. Lisboa, CHAM Ebooks, 2017.
- Radulet, Carmen – «As viagens de descobrimento de Diogo Cão: Nova proposta de interpretação». *Mare Liberum*, n. 1, 1990, pp. 175-204.
- Ramos-Coelho, José (ed.) – *Alguns documentos do Arquivo Nacional da Torre do Tombo acerca das navegações e conquistas portuguesas*. Lisboa, Imprensa Nacional, 1892.
- Randles, W. G. L. – «Bartolomeu Dias and the discovery of the south-east passage linking the Atlantic to the Indian Ocean (1488)». *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. 34, 1988, pp.19-28.
- Randles, W. G. L. – «The Evaluation of Columbus' 'India' Project by Portuguese and Spanish Cosmographers in the Light of the Geographical Science of the Period». *Imago Mundi*, vol. 42, 1990, pp. 50-64.
- Ravenstein, E. G. – *Martin Behaim: His Life and His Globe*. Londres, George Philip & Son, Ltd., 1908.
- Resende, Garcia de – *Livro das obras de Garcia de Resende*. Ed. Evelina Verdelho. Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1994.
- Schedel, Hartmann – *Chronicle of the World: The complete and annotated Nuremberg Chronicle of 1493*, ed. Stefan Füssel. Colónia, Taschen, 2001.
- Serrão, Joaquim Veríssimo – *Itinerários de El-Rei D. João II (1481-1495)*. Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1993.
- Sintra, Diogo Gomes de – *El Descubrimiento de Guinea y de las Islas Occidentales*, ed. Daniel López-Cañete Quiles. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991.
- Sintra, Diogo Gomes de – *Descobrimiento Primeiro da Guiné*, ed. Aires A. Nascimento & Henrique Pinto Rema. Lisboa, Edições Colibri, 2002.
- Van Duzer, Chet – *Henricus Martellus's World Map at Yale (c. 1491): Multispectral Imaging, Sources, and Influence*. Cham, Suiza, Springer, 2019 [sic].
- Verlinden, Charles – «La signification de l'année 1487 dans l'histoire de la découverte et de l'expansion portugaise». *Revue d'histoire économique et sociale*, vol. 42, n. 4, 1964, pp. 485-498.
- Wilson, Adrian & Wilson, Joyce Lancaster – *The Making of the Nuremberg Chronicle*. Amsterdam, Nico Israel, 1976.
- Winter, Heinrich – *New light on the Behaim problem*. Lisboa, s. n. 1961 [separata das *Actas do Congresso Internacional de História dos Descobrimientos*, vol. II].
- Witte, Charles Martial de – *Les bulles pontificales et l'expansion portugaise au x^e siècle*. Lovaina, s. n., 1958 [separata de la *Revue d'histoire ecclésiastique*].
- Zinner, E. – *Regiomontanus: His Life and Work*, trad. E. Brown. Amsterdam, Elsevier Science Publishers, 1990.

Por José Manuel Malhão Pereira

ALGUNAS CONSIDERACIONES de orden crítico al libro *1421. The Year China Discovered the World*, de Gavin Menzies

INTRODUCCIÓN

El libro que vamos a comentar hoy, escrito por Gavin Menzies con el título *1421, The Year China Discovered the World*, fue publicado en 2002 en Londres, Nueva York, Toronto, Sydney y Auckland,¹ algunas de las capitales del mundo anglosajón, teniendo de inmediato un éxito resonante y vendiendo miles de ejemplares.

El objetivo de dicha publicación es el de probar que, entre marzo de 1421 y octubre de 1423, la armada bajo el mando de Cheng Ho, al servicio del emperador de China en ese momento, viajó por todo el mundo, habiendo determinado con rigor no sólo la latitud sino también la longitud de muchos lugares de la tierra.

Según el autor, esto le fue revelado fundamentalmente por el análisis de una carta de 1424 de Zuarte Pizzigano, donde se señalaban claramente dos islas, que el mismo identificaba como Cuba y Guadalupe.

Después de este descubrimiento y de algunas investigaciones y contactos que estableció en Portugal y que le ayudaron mucho, Gavin Menzies pasó años viajando por el mundo siguiendo la estela de los exploradores chinos, investigando en archivos, museos y bibliotecas, monumentos, castillos, palacios, puertos marítimos, promontorios rocosos, arrecifes de coral, playas desiertas e islas remotas.

El señor Menzies es oficial de la armada británica, donde prestó servicio desde 1953 hasta por lo menos 1970, habiendo comandado un submarino durante dos años.

A pesar de ser un historiador aficionado, una de las razones del éxito de su libro es la gran credibilidad que alcanzaron sus tesis, debido a que, en principio, es poseedor de una elevada experiencia náutica debida a su profesión.

En la página 83 de su libro, el autor afirma que para reconstruir los viajes de Cheng Ho, fue muy útil un viaje que hizo a bordo del *HMS Newfoundland* en 1959, desde Singapur a Inglaterra, pasando por el estrecho de Malaca, haciendo escala en las Seychelles, Mombasa, Zanzíbar, Lourenço Marques, East London, Cabo, Sierra Leona y Cabo Verde.

Dicho viaje le otorgó, traduzco: «Una valiosa comprensión del carácter de los vientos, corrientes y dificultades de la navegación que los almirantes chinos encontraron». Y más adelante afirma: «Sin esta experiencia yo nunca habría seguido el rastro de evidencia que encontré alrededor del globo, que me fue revelado por los increíbles viajes hechos por las Flotas del Tesoro chinas».²

Concluye el autor de la siguiente manera: «Sólo conseguí conjeturar con confianza la derrota seguida por la flota china, porque los mapas antiguos y mi conocimiento de los vientos, corrientes y las condiciones con las que se enfrentaron me permitieron reconstituir esas rutas como si tuviera a mi disposición un registro escrito de las mismas».³

En estas condiciones, lo que a continuación propongo es precisamente un análisis crítico a esta monumental obra, en sus aspectos náuticos, área para la cual no carezco de aptitudes al compartir la misma profesión del autor.

No voy a hacer ningún comentario, por ejemplo, del ADN de los habitantes de las Azores, del cacarear de las gallinas sudamericanas, o de la actividad sexual de los miles de tripulantes de la gran armada, asuntos que, entre otros, merecerían sin duda los comentarios de expertos en el área. Sin embargo, considero que una evaluación de una parte importante de esta obra, que es la dedicada al ámbito de la náutica, servirá como muestra para evaluar la credibilidad general de la misma. También quisiera subrayar que tengo el máximo respeto por la cultura china y por la innegable contribución de la misma en el progreso de la humanidad.

He de añadir que, además, en el área que me interesa, que es la historia de la náutica, he intentado llevar a cabo el mismo estudio de manera comparativa, analizando las contribuciones de todos los pueblos del mundo y no sólo del portugués o del resto de países europeos.⁴

Los comentarios que voy a hacer son, pues, una pequeña parte de lo mucho que se puede decir sobre este área específica de la obra en cuestión.

RESUMEN DE LOS VIAJES

Al final del texto (véase imagen 1), podemos observar una representación esquemática de los viajes que, según el autor, llevaron a cabo los almirantes de Cheng Ho entre 1421 y 1423.

Menzies considera que de los siete viajes de Cheng Ho que se conocen y para los que existe documentación, faltan tres años –que coinciden con los arriba mencionados–. En estas condiciones, el autor va a reconstruir, a través de las dudas que la carta de Pizzigano le provocó y de su experiencia náutica, el sexto viaje, que es el que originaría el descubrimiento del mundo, más tarde aprovechado por el infante don Henrique para sus exploraciones.⁵

No voy a dar muchos detalles sobre la constitución de la flota, adelantando apenas que estaba formada, según Menzies, por cerca de noventa buques, divididos en tres flotas de treinta navíos cada una. Los buques considerados y designados como *buques del tesoro*, tenían más de ciento cincuenta metros de eslora (longitud) y cincuenta metros de manga (anchura).⁶ El número de personas a bordo sería del orden de las veintisiete mil.

En primer lugar conviene señalar algunos supuestos admitidos por Menzies desde el inicio de su trabajo:

1. Los pilotos chinos de la época sólo tenían la posibilidad de determinar la latitud en el hemisferio norte, dado que sólo utilizaban la Estrella Polar para ello. Era por lo tanto necesario encontrar en el hemisferio sur otra estrella que les permitiera determinar la latitud.⁷

2. Ninguna de las flotas, con excepción de la de Yang Quing (una cuarta flota que sólo navegó en el Índico), sabía calcular la longitud.⁸

3. Los juncos, que constituían toda la armada de Cheng Ho, navegaban sólo con viento en popa de través, es decir, no podían «bolinar».⁹

Analicemos pues brevemente las derrotas de los almirantes chinos, según Menzies:¹⁰

1. Gheng Ho salió de China el 3 de marzo de 1421,¹¹ en dirección hacia Calcuta, haciendo escala en Malaca el 12 de mayo y llegando a Calcuta en junio.

2. En Calcuta, Gheng Ho dejó a tres de sus almirantes al mando de las tres flotas ya mencionadas y regresó a China con un pequeño número de barcos, donde llegó en noviembre del mismo año.

3. Los tres almirantes –Zhou When, Zhou Man y Hong Bao– salieron de Calcuta en junio y se dirigieron a la costa de África, donde devolvieron a sus respectivas procedencias a los embajadores de entidades políticas africanas que previamente habían visitado al emperador chino. Después de un *rendez-vous* en Sofala, siguieron hacia el sur, doblando el cabo de Buena Esperanza y haciendo finalmente escala en la isla de San Antonio (Santo Antão) en Cabo Verde.

4. En Cabo Verde la flota se dividió, siguiendo Zhou When para el Caribe, donde perdió en noviembre nueve buques durante un ciclón. Continuó navegando hacia el noroeste hasta América donde depositó a los supervivientes del naufragio en Cuba y Rhode Island, siguiendo hacia Groenlandia y más tarde hacia el Polo Norte, regresando a China por el Ártico. Menzies comenta, y yo transcribo las palabras del autor extraídas del sitio web donde el viaje se describe en animación: «No se sabe bien si alcanzaron este objetivo, o sea el Polo, pero seguro que llegaron cerca».¹²

5. Mientras tanto, la otra flota se separó de la de Zhou When y regresó a China por las Azores, cabo de la Buena Esperanza e Índico.

6. Zhou Man y Hong Bao se dirigieron hacia el sudeste, hacia Venezuela a la boca del Orinoco, siguiendo a lo largo de la costa este de América del Sur hasta el área del estrecho de Magallanes.

7. Hong Bao atravesó el estrecho de Magallanes y siguió después hacia el Polo Sur, admitiendo el autor que esta afirmación podría ser muy controvertida dadas las dificultades de navegación en el área.

8. Visitaron las Malvinas (Falkland) y siguieron hacia el este, pasando por las Kerguelen, costa oeste de Australia, regresando a China, perdiendo hasta seis navíos.

9. Entretanto Zhou Man siguió a lo largo de la costa oeste de América del Sur, atravesando el Pacífico, tocó en Australia, visitó islas al sur de Nueva Zelanda, pasó por Nueva Zelanda y por la gran barrera australiana, visitó el oeste de Australia, se dirigió al nordeste, atravesó el Pacífico, tocó la costa oeste de los actuales Estados Unidos, se dirigió hacia el sur atravesando Ecuador, atravesó el Pacífico hacia el oeste y regresó a China. Véase que este viaje se corresponde «grosso modo» con una navegación de cerca de setenta y tres mil millas en novecientos cuarenta días, lo que equivale a una velocidad media de 3.2 nudos. Sabiendo que la flota estuvo ocupada en obras de minería en Australia y en muchas otras actividades en tierra, que obligaron a escalas de

varios meses, ¿cómo es posible admitir que se pueda hacer una media que corresponde prácticamente a estar permanentemente navegando?

10. Mientras tanto, una flota comandada por otro almirante, de nombre Yang Quing, que había salido de Pekín en febrero de 1421, navegó por el océano Índico (con una derrota esquematizada en la imagen 2, al final del texto), habiendo regresado a China en septiembre de 1422. Su objetivo principal fue la determinación de la longitud, recurriendo a los eclipses lunares.¹³

Analicemos ahora, siempre con el objetivo de evaluar la credibilidad del autor en cuanto a aspectos náuticos, ya que éste es su principal activo, algunos de estos aspectos.

VIENTOS Y CORRIENTES

Comencemos entonces por los vientos y corrientes.

El regreso de Cheng Ho a Pekín en noviembre es imposible, ya que navegó con el viento en contra por todo el sudeste asiático y el mar de China, al encontrarse ya en pleno periodo del monzón del nordeste. Los retornos de las flotas de Cheng Ho correspondientes a los documentos existentes apuntan siempre a julio o agosto, dado que en ese período el monzón de sudoeste permite el viaje. En el extracto de la *Pilot Chart* para el Pacífico Noroeste respectivo a noviembre se muestra claramente que tenía el viento predominante en contra (figura 1).



Figura 1. Vientos en el Pacífico noroeste en noviembre, de acuerdo al Pilot Chart

Los enormes navíos, según Menzies –algunos con más de ciento cincuenta metros de eslora y cincuenta metros de manga, y con calados superiores a seis metros–, no podrían estar anclados frente a Calcuta en junio, dado que estaban ya en pleno monzón de sudoeste.

Una de las alternativas para el fondeadero de los barcos sería Pandarane, al norte de Calcuta, pero el espacio existente en el área no permitía que esta gran armada pudiera anclar allí, además de que la batimétrica de los cinco metros se encuentra prácticamente en el límite de la zona de calma en el lado del mar.¹⁴ Se puede ver en las fotografías tomadas hace pocos años del fondeadero de Pandarane y de la costa adyacente a Calcuta a finales de mayo (véase imagen 3). Con un mes más, las condiciones empeoran bastante. Aquí fue donde anclaría Vasco da Gama, aunque sólo con tres navíos. La travesía del Índico norte en junio es imposible, a no ser para los buques de motor, ya que el monzón del sudoeste ya está bien establecido (véase la figura 2). Ningún piloto árabe, persa, chino, indio o portugués intentaría o aconsejaría tal hazaña. Los navíos del Índico hacían el viaje al oeste de diciembre a marzo.

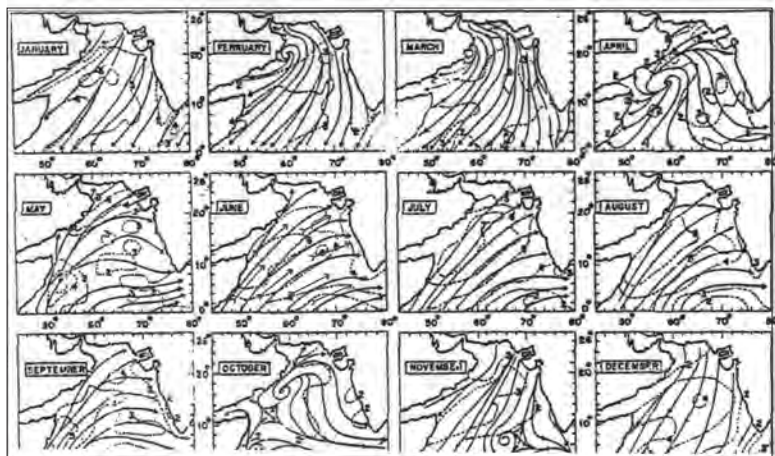


Figura 2. Vientos en el norte del océano Índico. Obsérvese que la dirección predominante en junio es de suroeste

Por la misma razón, el viaje hacia Melinde, Zanzíbar, etcétera, tampoco sería factible, ya que incluso al sur de Ecuador y junto a la costa de África el viento es del sudeste, sur y sudoeste en aquella época del año.¹⁵ La ronda del cabo de Buena Esperanza por decenas de enormes barcos, en agosto, en el invierno austral,

aparece narrada por el autor de la siguiente manera: «Es completamente admisible que las flotas del tesoro alcanzaron el Cabo de la Buena Esperanza donde fueron arrastradas por la corriente rodeando el Cabo, siguiendo a lo largo de la costa oeste de África [...]».

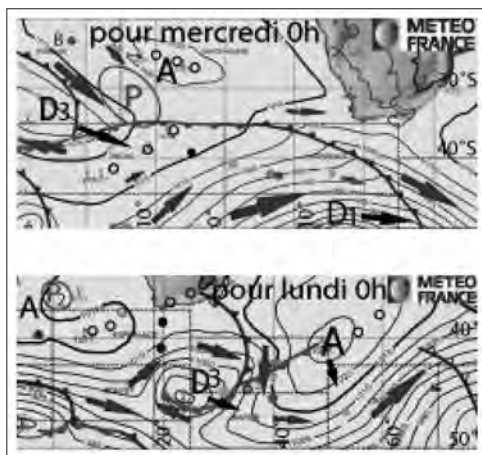


Figura 3. Sistemas de presión típicos en la zona del Cabo. Diciembre de 2004

El autor, en su conjetura (ya que todo esto son conjeturas), no otorga ninguna dificultad a esta acción, dado el hecho de que el viento es siempre favorable en toda el área y que esos grandes buques recorrieron incólumes las seiscientas millas más difíciles de recorrer para cualquier velero, sólo comparable con el cabo de Hornos.

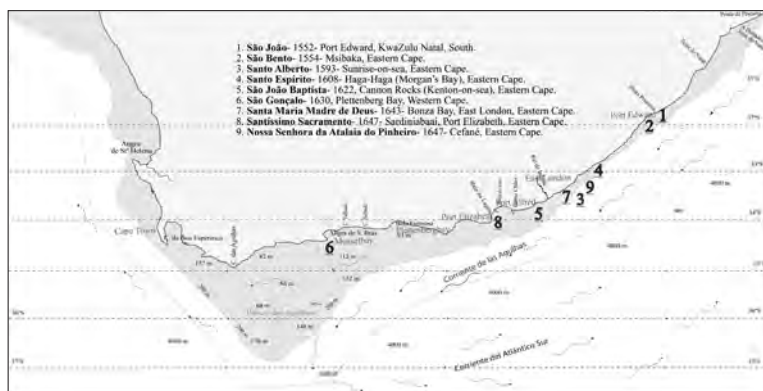


Figura 4. Mapa que muestra los naufragios identificados en la costa de Sudáfrica, incluido en la conferencia sobre arqueología náutica, organizada por el Centro de Estudios Náuticos Portugueses en agosto de 2004, en Port Edwards

Sólo a modo de ejemplo, se muestra la derrota aproximada de un navío portugués de la carrera de la India, de los muchos que pasaron por allí y que tuvieron la suerte de no hundirse (figura 4). Véanse también dos situaciones meteorológicas extraídas de internet y correspondientes a la meteorología de la zona del cabo de Buena Esperanza en el mes de diciembre del presente año, que en dicha zona se corresponde con el verano. Son evidentes las bajas presiones que continuamente se forman en el lugar y que originan vientos fuertes del oeste, contrarios por lo tanto al avance de los barcos hacia el oeste (figura 3).¹⁶

Cabe señalar que el autor no admite ninguna pérdida en los cerca de noventa buques de la flota, mientras que se sabe que más de dos mil setecientos buques se han hundido en la zona desde el siglo xv hasta el presente.

La figura 4 muestra los nueve naufragios portugueses identificados en la zona de la costa del Cabo, que actualmente aguardan un estudio adecuado. Hay que destacar que estos representan una ínfima parte del número de buques que se han perdido.

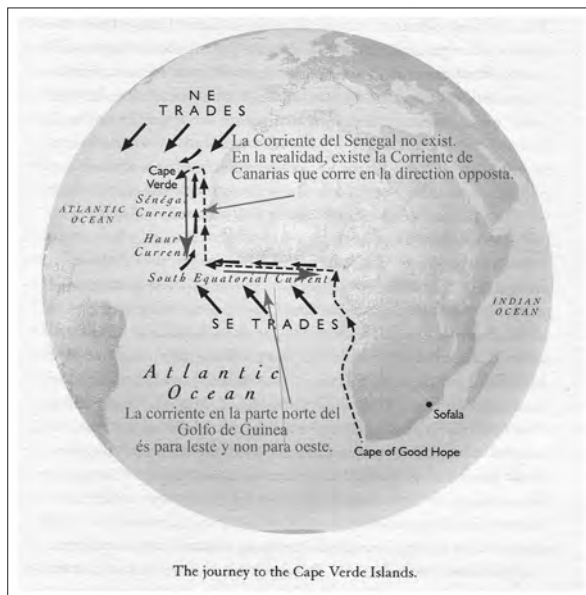


Figura 5. Del Cabo a Cabo Verde, según Menzies

Continuemos con el viaje a lo largo de la costa de África, hasta Cabo Verde, que aparece esquematizado por Menzies en el siguiente grabado (figura 5, extraída del libro, en la página 101).

En el grabado puede verse que los barcos van costeando por el golfo de Guinea y continúan navegando hacia el oeste sin perder vista la costa, como por otra parte el texto de la obra sugiere.

La razón por la cual los buques siguen junto a la costa es porque, según el autor, la corriente junto a la misma es hacia el oeste y bastante intensa, por lo que los barcos se vieron arrastrados con bastante velocidad en ese sentido.

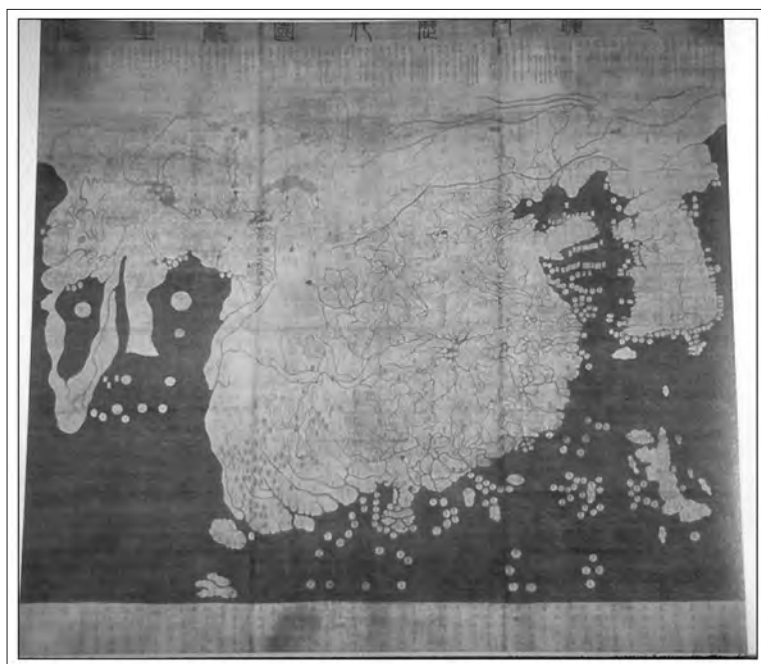


Figura 6. El mapa Kangnido

La justificación principal para que los buques hayan doblado el Cabo, la encontró Menzies en una carta coreana de 1403, designada como mapa de Kangnido, cuyo original se perdió y que después de 1420 fue modificado. Esta modificación, o mejor dicho, esta nueva edición, fue según el autor construida sobre la base de la información recogida por los pilotos chinos en el viaje de 1421. En esa carta, la costa africana aparece relativamente bien delineada, aunque la zona junto al golfo de Guinea está extrañamente comprimida en el sentido este-oeste, como puede verse en el grabado (figura 6).¹⁷

En estas condiciones, Menzies admitió que este error no era aceptable, ya que los chinos sabían de la costa en cuestión, por lo que dio la siguiente justificación al error:

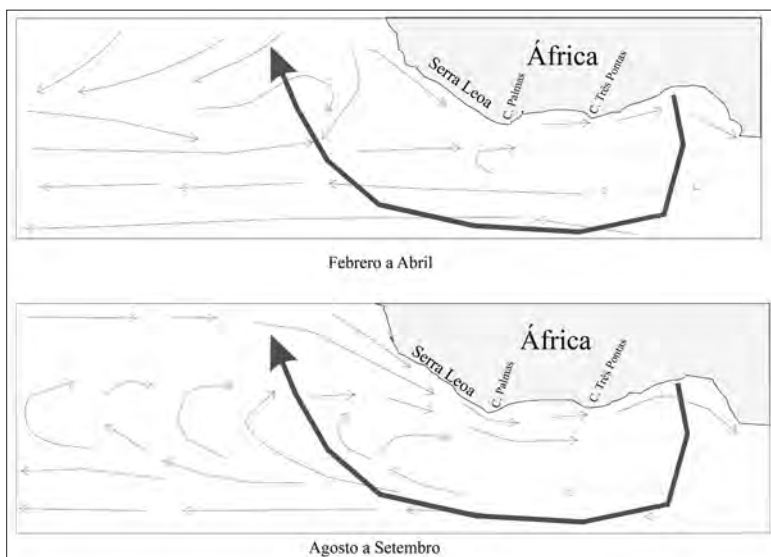


Figura 7. Corrientes en el golfo de Guinea. Se muestran las rutas de retorno, desde Mina, de los navíos portugueses desde finales del siglo xv en adelante

1. Dado que en esta época los pilotos no sabían determinar la longitud, al navegar a lo largo de la costa, estimaron, a la vista de la misma, la distancia recorrida, que les pareció muy corta debido a que fueron arrastrados por la fuerte corriente que existía en el área.

2. Así pues, como el mapa mostraba la protuberancia oeste africana poco acentuada debido a esta apreciación falsa de la distancia recorrida, Menzies decide «estirar» la carta en aquella zona para compensar el error.

Cuál no sería su asombro al obtener una forma muy aproximada con la realidad de la costa de África en aquella zona, operación que él mismo ofrece en el grabado extraído de la página 98 del libro (véase imagen 5).

Sin embargo, la realidad es otra: en esa zona la corriente costera se mueve precisamente al revés, como se puede ver en el grabado siguiente, extraído del *África Pilot* (figura 7).¹⁸ De hecho, los navíos portugueses que volvían de Mina tenían que seguir ruta hacia el sur, sudoeste y oeste con el fin de superar esta dificultad, que no sólo se debía a la fuerza de la corriente sino también al viento, que soplaba en contra.

Las *Sailing Ship Routes* inglesas son también muy claras en la derrota aconsejada para los veleros en la zona (figura 8).

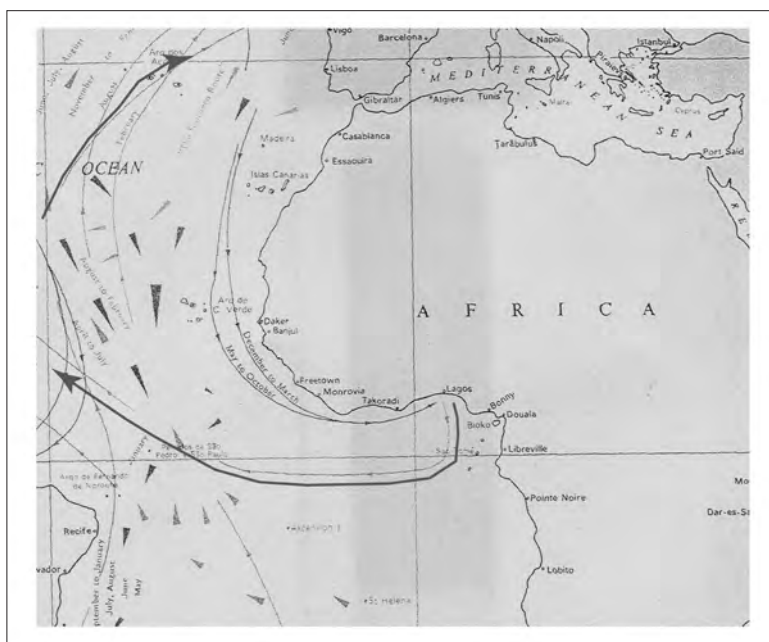


Figura 8. La «volta da Mina» en las Sailing Ship Routes

El autor se verá por lo tanto obligado a revisar su corrección, teniendo en estas condiciones que comprimir aún más el oeste africano, lo que tal vez probaría que la flota china no estuvo en aquella zona.

Analicemos ahora el viaje a Venezuela, rodeando la costa brasileña y continuando hacia el cabo de Hornos efectuado por Hong Bao y Zhou Man. Como es sabido, la corriente ecuatorial en el Atlántico se bifurca en las proximidades del cabo de San Agustín, yendo su rama norte hacia el noroeste y su rama sur al sudoeste. Para realizar el viaje por la costa del actual Brasil, al sur del cabo de San Agustín, es necesario proceder como indica el grabado (figura 9). Es la ruta de la carrera de la India, seguida por todos los veleros incluso hasta en la época actual. Podemos fijarnos, por ejemplo, en la derrota de los veleros de la Vendée Globe Challenge que, como «bolinan» bien, no necesitaron aproximarse tanto a la costa de África para ganar más barlovento al alisio del sureste (figura 10).

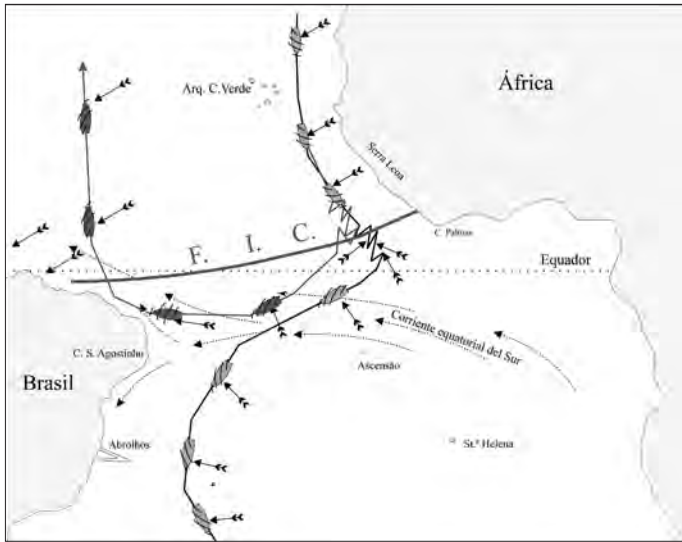


Figura 9. La «volta do mar» de los navíos de vela que van a la India, en el Atlántico sur, la única forma de cerrar la costa brasileña

En estas condiciones, un velero en Venezuela no tiene ninguna posibilidad de dirigirse hacia el este y sureste, para remontar el cabo de San Agustín, no sólo por tener la corriente en contra sino también el viento.

Sobre los vientos y corrientes habría mucho más que analizar como, por ejemplo, la aparente facilidad con que el autor muestra a los navíos visitando el Polo Norte, el Polo Sur, el cabo de Hornos, el estrecho de Magallanes, etcétera.

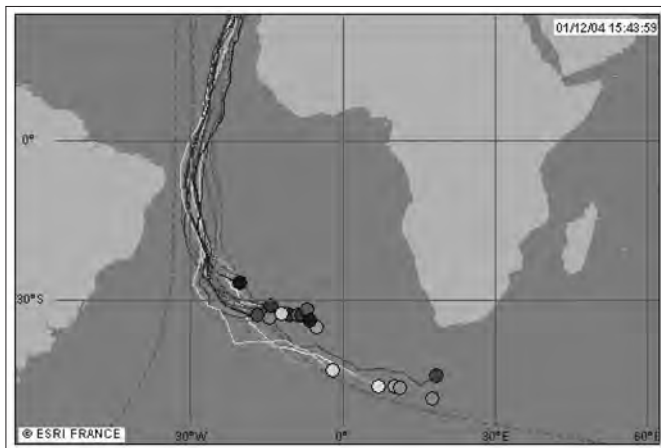


Figura 10. La derrota de los veleros de la *Vendée Globe*, de 2004, en el Atlántico sur

LA ASTRONOMÍA

El autor afirma a menudo que la Estrella Polar está en el Polo Norte, cuando en realidad en 1421 estaba a $3^{\circ} 49'$ del Polo.¹⁹ Así, por ejemplo, en la página 61 afirma que la Estrella Polar «cuando se observa desde el Polo Norte, se encuentra directamente sobre la cabeza del observador a 90° de altura [...]».²⁰

También se dice que los chinos usaban sextantes, o al menos *sextants* en inglés, que podría tener otro significado, que sin embargo desconozco.²¹

En la página 89 se comenta que los chinos no tenían en el hemisferio sur una estrella para orientarse. Esto lleva a Menzies a afirmar que «para localizar una [to locate one], tienen que navegar hasta las aguas heladas del sur profundo». Y más adelante: «este fue uno de los principales objetivos de la expedición».²²

Con ello, el autor está justificando el viaje que Hong Bao hizo al Polo Sur y las Malvinas, ya que para localizar a Canopus (era ésta la estrella ansiosamente buscada) se hacía necesario situarse debajo de ella, o sea en una latitud igual a su declinación, que en la altura era de $52^{\circ} 18'$.

Sin embargo, Menzies nunca se refiere a esta coordenada y dice siempre que los buques deberían alcanzar los $52^{\circ} 40'$, que es prácticamente la declinación de Canopus en el momento actual y no la de esa época. Parece que el fenómeno de la precisión de los equinoccios no le es muy familiar.

Suponemos que el autor quiere decir que Canopus podría ser un excelente medio de determinar la latitud si se observa en su paso meridiano, ya que es una estrella muy brillante en el cielo austral. Para ello su declinación tendrá que ser conocida. Pero que sea necesario quedarse debajo de una estrella para conocer su declinación es algo que yo desconocía completamente, al menos hasta ahora, después de leer con mucho gusto esta fascinante obra.²³

Llama la atención que la misma acción fuera necesaria, según el autor, para localizar el Cruzeiro do Sul, ¡navegando hasta quedarse debajo de las estrellas, que son cuatro!

También emplearon el mismo método para determinar la posición del Polo Sur, como Menzies afirma en la página 140 que transcribo con gran placer y éxtasis intelectual: «Los chinos ya determinaron la posición de Canopus en el cielo, [...] pero para encontrar su posición respecto al Polo Sur, tendrían que determinar con rigor la posición del propio Polo».²⁴ Esta fue la razón que llevó a Hong Bao a dirigir la proa de sus naves al Polo Sur.

Para finalizar los comentarios a esta operación de localización de estrellas, transcribo de la página 145 lo siguiente: «La determinación de las posiciones en el cielo de Canopus y del Cruzeiro do Sul, por parte de los astrónomos chinos, constituyó un momento decisivo y relevante en la historia del conocimiento humano del mundo».²⁵

Otro importante hecho a tener en cuenta fue la determinación de la longitud rigurosa, a través de la observación de eclipses lunares. Esta operación sólo fue llevada a cabo por Yang Quing en el Índico, como se dijo anteriormente, y durante el período de febrero de 1421 a septiembre de 1422.

La observación de un eclipse de luna permite de hecho obtener la hora de un meridiano de referencia, ya que el fenómeno es simultáneo en todos los lugares de la tierra en que el fenómeno resulta visible. Si en el lugar de la observación se obtiene con rigor la hora local y si se sabe previamente la hora del fenómeno en el meridiano de referencia, será posible obtener la longitud.²⁶

El autor refiere que para determinar las longitudes en el Índico fueron construidas innumerables torres de observación donde los astrónomos de Yang Quing se instalaron a la espera del eclipse.

Sin profundizar en el método propuesto por Menzies, que francamente no convence a nadie, sólo quisiera acentuar que el autor se refiere siempre a la observación de un eclipse total de luna,²⁷ que según él se repite semestralmente.

Pero en realidad, en el período considerado sólo hubo un único eclipse total de luna, como se puede ver por el extracto presentado de un catálogo de eclipses lunares (véase imagen 6),²⁸ y que también se puede reproducir a través del programa Starry Night del ordenador.

Todo esto con el agravante de que, para realizar dicha operación, tendrá que ser de noche en el lugar de la observación, lo que de hecho no sucede, como fácilmente se puede demostrar a través del programa Starry Night o de cualquier otro buen programa de ordenador, al igual que consultando la tabla, en la que sólo aparece indicado un eclipse de luna el 13 de agosto de 1422 a las 0618 UT. Y resulta que, como para los observadores al este de Greenwich es más tarde, en el Índico, donde el infatigable Yang Quing determinaba longitudes, ¡era de día!

Por lo tanto, todos esos astrónomos esparcidos por las torres del Índico debieron haberse sentido bastante defraudados al no haber tenido la oportunidad de observar su tan deseado eclipse.

CARTOGRAFÍA

Veamos, para finalizar, algunas consideraciones relacionadas con la cartografía, visto que esta materia es muy del agrado del autor de esta interesante obra.

Menzies basa toda su investigación admitiendo que a partir de 1423, año de la llegada del último de los barcos que descubrieron el mundo a Pekín, la cartografía europea asimiló los conocimientos adquiridos y reflejó tal hecho en la cartografía. El mapa de Kangnido, con África tan bien delineada (probamos hace poco que al final no estaba tan bien delineada), sería una de las consecuencias de esa acción.

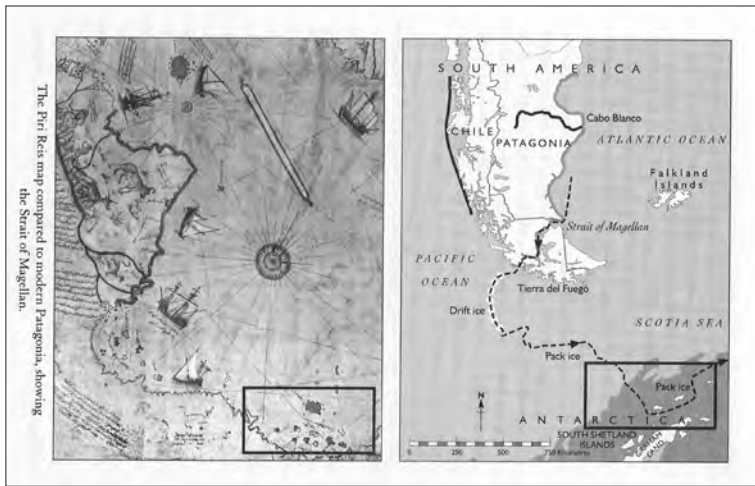


Figura 11. Imagen del libro donde se intenta comparar la Patagonia con su representación en el mapa de Piri Reis

La carta que se presenta al final del texto (véase imagen 7), y que es europea y de 1351, anterior por lo tanto a 1421, ya presenta la forma de África con mucha aproximación.²⁹ ¿Quién daría esa información al italiano autor de la carta? Destaquemos que aparentemente quien dio la información no contó con la corriente del golfo de Guinea, por lo que también la distorsionó bastante en su parte oeste, ¡aunque ahora en sentido contrario!



Figura 12. El mapa de las Malvinas en Piri Reis, según Menzies

Veamos ahora cómo Menzies pretende demostrar que la carta de Piri Reis, de 1513, es muy rigurosa en su representación de América del Sur gracias a las explotaciones de Hong Bao que, como se debe recordar, navegó por la zona de la Patagonia, cabo de Hornos, Polo Sur, etcétera.

Para ello el autor presenta la figura siguiente (figura 11) que merece una particular atención. Se nota que se pretende ofrecer la idea de que las costas situadas al este de la punta sur del continente son increíblemente semejantes entre sí (Piri Reis y carta actual), sobre todo porque el autor las colocó a la misma altura y empleando dimensiones muy parecidas.

Pero un análisis más cuidadoso del grabado y de la observación de la carta en su totalidad, que se presenta al final del texto (véase imagen 8), muestra la cruda realidad.

De hecho, el cabo Blanco de Piri Reis sólo puede ser el actual cabo de San Agustín, dada su distancia del Ecuador, que he trazado sacando una línea horizontal desde Santo Tomé y Príncipe, que está en el Ecuador.³⁰

Fijémonos también en otra interesante observación de Menzies con respecto a la carta de Piri Reis, deteniéndonos para ello en el grabado de la página 122 (figura 12). En este caso, el autor pretende demostrar que las Malvinas están bajo el centro de la rosa de los vientos que tienen, según él mismo, y transcribo «[...] unas malagetas (*spokes* se refiere a las líneas de rumbo), que los navegantes llaman líneas de portulano, usadas para la navegación denominada de portulano, también conocida como triangulación».

Voy a intentar ofrecer una traducción del inglés, porque esta cita lo merece: «Estas líneas de rumbo son lo que los navegantes llaman las líneas de tráfico, utilizadas en portulanos de navegación, también conocidas como triangulación».³¹

Hay otro curioso concepto expuesto por el autor. Se trata de admitir que los rumbos dibujados en la carta de Piri Reis corresponden a direcciones concretas de diversos puntos en tierra que convergen en las islas Malvinas.³² Como se sabe, las líneas de rumbo dibujadas en las cartas de la época eran auxiliares geométricos para trazar rumbos en la misma, con el auxilio de dos compases o más tarde con reglas de paralelos u otro dispositivo adecuado. Pero el autor, para justificar las exploraciones hidrográficas en el área,³³ da otra utilidad a las líneas de rumbo, modificando todo el sentido de su uso o construcción.

Observemos también que el autor insiste en comparar el sur de la Patagonia con toda la América del Sur. Admitiendo que las latitudes en la carta estén bien calculadas en ambos hemisferios, el centro de la rosa se encontraría a unos 16°, o sea un poco más al sur que Cabo Verde, que se encuentra al norte, a 15°. Como las Malvinas están a unos 52°S, la diferencia obtenida es de hecho bastante grande.

Se incluye además una grosera distorsión de un texto de António Galvão que expondremos, para finalizar esta larga exposición. Se trata de una copia de la página 320 del libro (véase imagen 9), donde Menzies tiene como objetivo demostrar que las instrucciones dadas por el rey Juan II a Covilhã corroboran su creencia de que los portugueses tenían una carta en la que ya aparecía el cabo de Buena Esperanza.

La transcripción que hace es, según el texto de la nota 2, referente a Castanheda, sin llegar a identificar la obra ni indicar el número de página. Admitamos que se trata, por supuesto, de la *Historia del descubrimiento y la conquista de la India por los portugueses*, que en su página 8 contiene el texto que se muestra debajo del primero.³⁴ Como este texto es bastante diferente del transcrito, busqué rápidamente el texto de Juan de Barros³⁵ y el de António Galvão³⁶ referentes al asunto.

Como se puede observar mediante la comparación de los tres textos posibles, el de Castanheda será el más cercano a las indicaciones de Menzies. Gracias a ello podemos verificar que el rey don Juan II dio a Alfonso de Paiva y Pêro da Covilhã una carta de marear, sacada de un mapa mundi, para que en ella pusieran la tierra del preste Juan y el camino por donde pasaran. Es decir,

la carta serviría para registrar información y no para dar información. Sin embargo, Menzies pretende darle el sentido opuesto, intentando demostrar que la carta serviría para indicarles el camino.

Esto es sólo una muy pequeña parte de lo que podría ser comentado sobre el libro de Gavin Menzies.

Casi todas estas indicaciones le fueron planteadas al señor Menzies hace pocas semanas en el Instituto do Oriente, que tan solo contestó a la cuestión sobre los monzones que, según afirmó, es algo muy discutible. Me parece que quien conoce el océano Índico o el Oriente considera que ésta es de las materias que no se discuten.

A pesar de todo, dijo que en la próxima edición iba a revisar muchas cosas, incluyendo la cuestión de la longitud.

Del análisis anterior del libro, en sus aspectos náuticos, se pueden extraer las siguientes conclusiones:

a. El autor, al no tener en cuenta el factor monzón en el Índico, falseó desde el principio todos los datos del problema.

b. El autor consideró normal el paso por el cabo de Buena Esperanza sin ninguna dificultad, a pesar de que dicho paso se llevó a cabo en el invierno austral.

c. El señor Menzies admite como posible un recorrido por el río Orinoco, en la Venezuela actual, hacia la costa del actual Brasil, para navegar hacia el sur, cuando es sabido que esto es inviable debido a las condiciones meteorológicas e hidrográficas del área.

d. El autor admite que para obtener la latitud en el hemisferio sur es necesario localizar una estrella colocándose debajo de ella, cuando lo que se pretende es obtener la declinación de la estrella para calcular la latitud. Esta declinación se puede calcular en el hemisferio norte, en lugares donde la estrella sea visible, lo que para el caso de Canopus cualquier puerto del sur de China serviría.

e. El autor adapta las cartas de la época a sus conveniencias, intentando intencionalmente engañar al lector.

f. El autor describe viajes imaginarios, de duración inadecuada para el camino recorrido.

g. El autor admite que el rigor de la carta de Piri Reis se debe a las observaciones chinas; cuando la costa este de América del Sur fue recorrida, aún no se sabía determinar la latitud, ya que no se había «localizado» a Canopus. Además, fue la armada de Hong Bao la que ubicó a Canopus, por lo que la armada de Zhou Man



Imagen 2



Calcutte



Pandarane

Imagen 3. El mar en Calcuta y Pandarané. Mayo, 1999

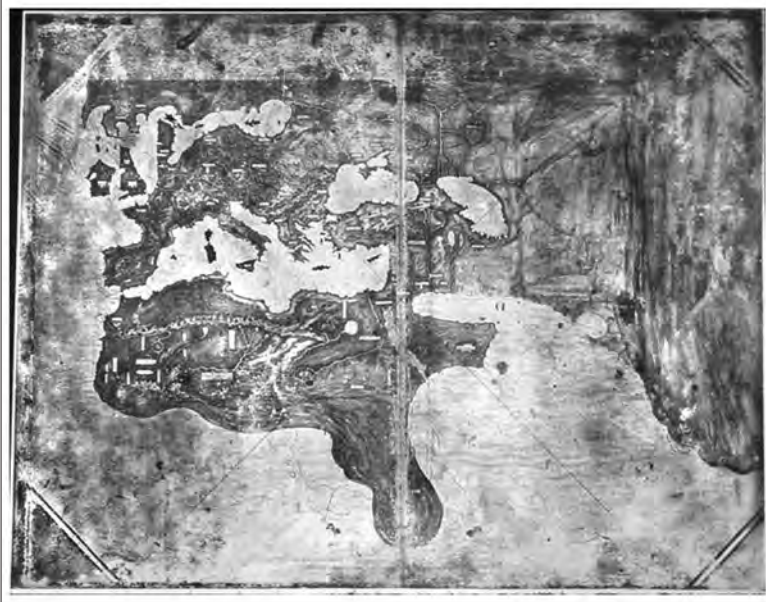


Imagen 7. Portulano Laurenziano Gaudiano



Imagen 8. Fragmento del mapa de Piri Reis

en profundidad por J. J. L. Duyvendack («The true dates of the Chinese Maritime expeditions in the early fifteenth century», in *T'oung Pao*, vol. xxxiv (1938), pp. 341-412). JVG Mills, en la introducción al trabajo de Ma Huan, *Ying-Yai Sheng-Lan, The Global Survey of the Ocean Shores* [1433] (Cambridge, University Press, 1970), se basa en el trabajo de Duyvendack al resumir los siete viajes. Para cada viaje el Emperador promulgaba una orden escrita para que se diera inicio a la preparación de la expedición. Esta orden, similar a las órdenes de operaciones modernas, precedía en muchos meses a la fecha de la salida. Según los resúmenes de los viajes hechos por Mills, las salidas fueron invariablemente en enero o en el mes siguiente, lo que era imprescindible para el éxito de la misma, ya que este período correspondía al inicio del monzón del nordeste. Sin embargo, Menzies, basándose en el decreto u orden del emperador para el sexto viaje con fecha del 3 de marzo (cf., *The Overall Survey of the Ocean Shores*, página 14), ¡la adopta inmediatamente como fecha de la salida!

¹² Cf. <<http://www.1421.tv/pages/content/index.asp?PageID=7>> (maps).

¹³ Me basé también en el sitio web mencionado anteriormente.

¹⁴ Uno de los problemas con los que se enfrentaban los historiadores de la náutica, era el hecho de que Vasco da Gama permaneciese anclado con sus navíos en las proximidades de Calcuta, de fines de mayo a mediados de septiembre durante el período del monzón del sudoeste. Se verificó, a través de un estudio en la zona, que esto sí era posible en Pandarane, un pequeño fondeadero a unas quince millas al norte de Calcuta, que estaba protegido por un banco de lodo. Cf. José Manuel García, coord., Gomes Pedrosa, José Manuel Malhão Pereira, *A Viagem de Vasco da Gama à Índia, 1497, 1499*, Lisboa, Academia de Marinha, 1999. Ver ainda, José Manuel Malhão Pereira, *Vasco da Gama na Costa Indiana*, Lisboa, Academia de Marinha, 1999.

¹⁵ Cf. *op. cit.*, p. 96. El texto es: «It is entirely feasible that the treasure fleets did reach the cape of Good Hope where they have been swept [el subrayado es mío] by the wind and current around the Cape and up the west coast of Africa [...]».

¹⁶ Las cartas fueron extraídas del sitio web de la *Vendée Globe*, regata alrededor del mundo sin escala y sin asistencia, en la que participan veleros modernos de unos 18 metros de eslora. Cf. <<http://www.vendeeglobe.org/>>.

¹⁷ La carta que se presenta en este grabado es la carta original, de la cual Menzies extrajo parte, como se ve por el grabado del libro, presentada en la fig. 5.

¹⁸ Cf. *Africa Pilot*, vol. 1, London, Hydrographic Department, Admiralty, 1953, p. 44. Cabe señalar también que la corriente de Senegal, en sentido norte, indicada en el grabado que extraje del libro (fig. 5 de este trabajo), no existe según el *Africa Pilot* y todos los derroteros del área. Una vez más, el autor adapta la situación a sus conveniencias.

¹⁹ De hecho, ésta era la distancia polar de la Polar en 1421.

²⁰ El texto original es el siguiente: «When viewed from the North Pole it is directly above the observer at 90° altitude or 90° latitude; at the equator it sits on the horizon at 0° altitude or 0° latitude». Cf. *op. cit.*, p. 61.

²¹ «Early on the first morning of the voyage, 5 March 1421, the helmsmen kept the Pole Star, Polaris, dead astern, while the navigators measured the star's altitude with their sextants» (*Op. cit.*, p. 59).

²² De hecho, el autor dice en la página anterior: «Until they found another guiding star in the southern hemisphere to fulfill the same purpose as Polaris in the north, they were sailing into the unknown». Y más adelante, afirma que era necesario buscar una solución que pasaría por localizar una estrella. Según esto, «To locate one, they would have to sail far into the icy waters of the deep south. This was to be one of the most important aims of the expedition». Cf. *op. cit.*, pp. 88 y 89.

²³ La determinación de la declinación de cualquier astro era una operación conocida por siglos, bastando determinar la altura sobre el horizonte durante su paso meridiano en un lugar de latitud conocida. Como Canopus se puede observar desde el sur de China, tal operación no necesitaba siquiera que se navegara hacia el hemisferio sur. Véanse, por ejemplo, y de acuerdo con Fontoura da Costa y otros, las operaciones llevadas a cabo en Cochin, cerca de 1507, por Juan de Lisboa y Pero Anes, para determinar los elementos necesarios para la utilización de la Cruz del Sur como un medio para la latitud por estrellas en el hemisferio sur una vez que la Polar dejaba de ser visible. Les bastó hacer observaciones en Cochim, a 10° norte, sin necesidad de quedarse debajo de sus estrellas, para lo que tendrían que realizar un largo viaje por los mares helados del sur profundo. Cf. A. Fontoura da Costa, *Marinharia dos Descobrimientos*, Lisboa, Edições Culturais da Marinha, 1983, pp. 118-143.

²⁴ El texto, en su totalidad, es el siguiente: «The Chinese had already established the position of Canopus in the sky, the nearest and brightest equivalent in the southern hemisphere to Polaris in the northern, but to fix its position relative to the South Pole they had to establish the precise position of the pole itself. Only then they be able to navigate and chart lands as accurately as they did in the northern hemisphere».

²⁵ «I could only shake my head in wonder at the skill and sophistication of these Chinese mariners of so many centuries ago. The Chinese astronomers' determination of the position of Canopus and the Southern Cross in the sky was a pivotal moment in the history of man's knowledge of the globe». Cf. *op. cit.*, p. 145.

²⁶ Véase por ejemplo el trabajo del autor, *Experiências com Instrumentos e Métodos Antigos de Navegação* (Lisboa, Academia de Marinha, 2000), donde estos principios están claramente expresados.

²⁷ La lectura de la parte final de la página 327, y el inicio de la página 328, no deja margen de duda. El autor admite que se observaron uno o más eclipses totales de Luna.

- ²⁸ La representación gráfica del eclipse a través de *Starry Night*, programa de computadora muy riguroso y fiable, da el mismo resultado. Al consultar la situación correspondiente a agosto de 1421 a las 0618 UT, se verifica que para la zona del Índico es de día, no siendo el eclipse visible, como se sabe.
- ²⁹ Esta carta fue incluida por el Vizconde de Santarém en su monumental colección, publicada en la segunda mitad del siglo XIX y reeditada en facsímil en 1988 por el puerto de Lisboa. También Raymond Beazley la presentó en 1931 en su *Prince Henry The Navigator*, edición de 1931, (P. Putman's Sons, Londres, Nueva York, 1931), p. 120. Son interesantes los comentarios de Beazley a la originalidad de la carta ya los contornos de África, tan aproximados a la realidad. Cf. *op. cit.*, p. 120.
- ³⁰ De hecho, comparando las latitudes al norte y al sur del ecuador, que tendrían que estar en la misma escala, la punta de tierra al este en la carta de Piri Reis estará a 8° sur, que es la latitud del Cabo de San Agustín.
- ³¹ Cf. *op. cit.*, p. 127.
- ³² De hecho, justificando las líneas de rumbo al oeste de la rosa que se dirigen hacia el continente a partir de las Malvinas (según Menzies), nuestro navegante dice: «The cartographers must have been aboard seven ships that set sail from Puntas Guzmán and Mercedes on the northern coast, Cabos Buen Tempo and Espíritu Santo in the south». Cf. *op. cit.*, pp. 127, 128.
- ³³ El autor afirma: «It must have taken thousands of man-hours for the skilled surveyors and navigators to chart such large area of land and ocean, stretching thousands of miles from Antarctica in the south to the Peruvian Andes in the north». Cf. *op. cit.*, p. 123.
- ³⁴ Fernão Lopes de Castanheda, *História do Descobrimento e Conquista da Índia Pelos Portugueses*, Porto, Lello e Irmão, 1979, p. 8.
- ³⁵ Cf. *op. cit.*, p. 127.
- ³⁶ António Galvão, *Tratado dos Descobrimentos*, 4.ª ed., Porto, Livraria Civilização, 1987, p. 82.
- ³⁷ Parte de esta información fue presentada en una conferencia en la Academia de Marina de Lisboa, el 7 de diciembre de 2004.



Manuel Vilas:
«Para mí escribir es averiguar
la trama de la vida»

Por Carmen de Eusebio



Manuel Vilas (Barbastro, 1962) es licenciado en Filología Hispánica y ejerció más de veinte años como profesor de secundaria. Es colaborador habitual en diversos suplementos literarios (*La Vanguardia*, *El País*, *ABC*). Es poeta y narrador. Entre sus libros de poesía destacan *El cielo* (2000), *Resurrección* (XV Premio Jaime Gil de Biedma, 2005), *Calor* (VI Premio Fray Luis de León, 2008), *Gran Vilas* (XXXIII Premio Ciudad de Melilla, 2012) y *El hundimiento* (XVII Premio Internacional de Poesía Generación del 27, 2015). En 2016 se publicó su *Poesía completa, 1980-2015*.

Como narrador, es autor de las novelas *España* (2008; Punto de Lectura, 2012), *Aire Nuestro* (Alfaguara, Premio Cálamo, 2009), *Los inmortales* (Alfaguara, 2012) y *El luminoso regalo* (Alfaguara, 2013). También ha escrito libros de relatos como *Zeta* (2014) y *Setecientos millones de rinocerontes* (Alfaguara, 2015). En 2016 se editó la crónica *Lou Reed era español*, y en 2017 un libro autobiográfico de viajes, *América* (Círculo de Tiza). *Ordesa* es su última novela publicada (Alfaguara, 2018).

***Ordesa* es un libro de memorias y en él la ficción, más allá del cambio de nombres de los personajes, es inexistente. Para escribirlo elige el formato o género de novela ¿Por qué esta elección?**

Porque el impulso era narrar. Mi pasión es contar la vida. El tipo de escritor que yo soy no se pone a meditar el formato en que va a escribir un libro. Lo que hago es ponerme a escribir, y para mí escribir es representar la vida, verla en sus procesos dramáticos, pasionales. Averiguar la trama de la vida, eso es lo que quise hacer. Claro que no hay grandes tramas en las vidas que yo he visto. Se funda una familia, te dedicas a trabajar y un buen día todo desaparece. Y aun así todo está lleno de hermosura. En realidad, no eliges nada. Vas tanteando en la oscuridad. No estoy de acuerdo con la afirmación de que la ficción es inexistente. Hay ficción en *Ordesa*, pero lo que más hay es amor. Puede que el amor también sea una ficción. Una verdad subjetiva, eso puede

ser el libro. Mi manera de recordar el pasado es pura subjetividad. El libro se ha movido, pensé que había escrito una cosa, y luego resultó ser otra. *Ordesa* se mueve en mi cabeza.

¿Qué hechos o circunstancias le llevaron a tomar la decisión de escribir un libro de memorias?

La muerte de mi madre. La belleza de la vida. Un divorcio. La soledad. La locura. La luz. El olvido. El alcohol. Dejar el alcohol. Tener que limpiar una cocina y no saber hacerlo. Las conversaciones con el boxeador Perico Fernández en garitos de Zaragoza a las tantas de la madrugada. El fantasma de mi padre, que venía por las noches. El amor al pasado, y el enigma del pasado. Saber que ahora no soy quien fui y que ya nunca más lo seré. El pasado es un ente radiactivo. Es energía desconocida. La energía más enigmática no está en el Universo, está en el pasado de los hombres y de las mujeres.

Existe mucha literatura universal donde las relaciones de padres e hijos son el tema central. En España menos, hasta ahora, y, de hecho, su libro se inserta dentro de un renovado interés por la confesión relacionada con la infancia y primera juventud. ¿Su libro se apoya en ella o usted siempre ha pensado narrativamente en sus años iniciales?

No tengo ni idea. No sé muy bien qué demonios pasa en mi cabeza. Nunca lo he sabido, tal vez por eso escribo. Me pareció que mi padre y mi madre eran como ángeles, y me puse a escribir. Luego, conforme iba escribiendo, me di cuenta de que era verdad: eran ángeles. Comencé a escribir *Ordessa* unos cuantos días después de la muerte de mi madre. Mi madre murió en mayo de 2014. Me divorcié en las mismas fechas en que mi madre murió. Me visitaron en aquellos meses un montón de sentimientos que no sabía que existían, tenían un aire espectral. A pesar de ver espectros por todas partes, había belleza en los adioses que estaba presenciando: el adiós a mi madre, el adiós a mi matrimonio, y el adiós a mí mismo. Lo malo fue que desde la primavera de 2013 hasta junio de 2014 el alcohol pasó a gobernar mi vida.

¿Pensó en publicarlo desde el principio o fue una consecuencia?

Sí, siempre pensé en publicarlo. Escribir es un trabajo. Yo no escribo para un cajón. No se me ocurre escribir para esconder lo escrito. Eso sí, sabía que era un libro especial, pero era literatura. Y la literatura nace para que la lea la gente. Y mi tiempo de escritor es un tiempo laboral. Siempre reivindicó el lado laboral de la literatura. Porque para que un libro

esté bien escrito y bien hecho, el escritor necesita invertir cientos de horas. El amateurismo en literatura no me convence mucho. Es muy romántico, pero no es real. La literatura son palabras puestas en un papel. Alguien las tiene que poner. Y ponerlas es trabajo duro, muy duro, muy agotador. Es como hacer una casa con todo: albañilería, fontanería, electricidad, diseño, etcétera. A mí escribir me produce agotamiento psíquico. Me deja exhausto.

NO SÉ MUY BIEN QUÉ DEMONIOS PASA EN MI CABEZA. NUNCA LO HE SABIDO, TAL VEZ POR ESO ESCRIBO

¿El lector fue inexistente hasta que pensó en publicarlo o ya pensó en él mientras lo escribía?

Creo que no pienso demasiado en el lector cuando escribo. Realmente no sé muy bien en quién pienso cuando escribo. Tal vez sólo piense en la vida. Pero llevo muchos años escribiendo, y de alguna manera soy consciente en todo momento de que el destino final de mi trabajo es el lector. Cada vez que corregía el libro, me angustiaba y me ponía de los nervios. Le dejé leer una primera versión a la escritora Ana Merino y ella me ayudó a pulir el libro. Ana se entregó a la corrección del libro. Su generosidad fue infinita. El final de *Ordessa* fue una sugerencia suya, y un acierto enorme. Que te ayuden con un libro es un trabajo que entraña pensar cada palabra, con un boli rojo en mano, sopesar cada frase, cada momento narrativo de la historia. Que te ayuden con un

libro significa que se metan dentro de ti y te regalen muchas horas. Ana lo hizo. Carolina Reoyo, mi editora de Alfaguara, me ayudó a pulir muchas cosas y fue otra lectora minuciosa, entusiasta y atenta. Carolina mejoró el estilo, ya lo creo. Las observaciones de Carolina y su comprensión del manuscrito y de mi mundo literario fueron muy importantes para mí.

No soy escritora, pero pensar en escribir un libro de memorias me produce vértigo. ¿Ha tenido la tentación de abandonarlo mientras lo escribía?

En algún momento, sí. Pero yo no veo *Ordessa* como un libro de memorias. Me costó mucho trabajo corregir el libro. Eso fue muy duro. Hubo varias versiones. Ni sé la cantidad de veces que imprimí el manuscrito. Ni sé la cantidad de versiones que hubo. De eso, imagino, se pueden sacar muchas conclusiones. Tal vez la fundamental es que cuando vi que el libro iba a ser publicado me di cuenta de que tenía que quitar episodios de mi vida, o de la vida del narrador. El trabajo de corrección cada vez me agota más y sin embargo conforme envejezco me doy cuenta de que un escritor es alguien que sabe corregir por la tarde lo que ha escrito por la mañana.

La reconstrucción, a través del recuerdo, de la vida de sus padres es un homenaje e intuimos cierta sublimación que desencadena en la melancolía que produce la pérdida de las cosas. Al mismo tiempo, el sentimiento de culpa sobrevuela todo el relato y nos dice como los españoles lo tenemos interiorizado. ¿Qué significa la culpa en su libro?

Es curioso porque la culpa no existe en la naturaleza. La culpa es una construcción cultural de los seres humanos. El narrador se siente culpable. Algo habrá hecho. Él lo cuenta todo y vamos viendo su culpabilidad. La culpa a veces es el único comprobante que nos queda de que alguna vez estuvimos vivos. Si eres culpable, al menos eso significa que te acuerdas de la vida. El narrador de *Ordessa* es un personaje muy complejo. Creo que se ha hablado poco de ese narrador, porque se ha puesto el foco en la historia familiar que se cuenta. El narrador transforma a su padre y a su madre en pura belleza. El narrador está muy enamorado de sus padres. ¿Por qué? No lo sé. Ve en ellos la esencia sagrada de la vida. La vida contada en visiones celestiales, en la construcción de un paraíso, eso también ocurre en *Ordessa*.

Toda esta reconstrucción le conduce a enfrentarse consigo mismo y narra su propio derrumbamiento: su separación matrimonial, la relación con sus hijos, con el alcohol y los barbitúricos. En ese estado de abatimiento y tristeza ¿qué imagen extrae de la vida de sus padres que le lleva a tomar otra actitud frente a la vida?

Lo del alcohol fue importante en mi vida. *Ordessa* está escrita sin el alcohol. Por nada del mundo volvería a beber. Pero he bebido mucho en esta vida, al final fue un infierno. No me importa decirlo, porque fue así. Cuando tú te sientas a comer en un restaurante con un escritor, y llega la hora de escoger el vino y te dice que va a beber agua, es que ese escritor ya se lo bebió todo. Es un ex como una casa. El alcohol está muy relacionado con la

literatura porque ambos tienen el mismo objetivo: una exaltación de la vida.

Dejé de beber el 9 de junio de 2014. Desde entonces no he probado ni una gota de alcohol. Iban cayendo las botellas, ya lo creo. El escritor Fernando Marías me ayudó con su consejo a salir del alcohol. Y pudo más mi vida. Hay gente buena en el mundo, descubrir eso te da unas enormes ganas de vivir. Todo cuanto me pasaba engrosaba las páginas de *Ordesa*. Quería un libro sobre la verdad, un libro que dijera la verdad. Comencé una nueva relación sentimental que me llevó a viajar a Estados Unidos. Dejé mi trabajo y dejé la ciudad en la que había vivido tanto tiempo. Si hubiera seguido en ese trabajo, me hubiera muerto y no hubiera escrito ni una línea. Ojalá en España la gente se animara a decir lo que le ha pasado en la vida; creo que eso nos sentaría muy bien a todos. Cuando dejé de beber, los fantasmas de mi padre y de mi madre vinieron a verme. Y se quedaron conmigo. *Ordesa* es un libro de muertos. Y también tiene su lado esotérico. Mi madre era muy mágica, creía en la magia y era supersticiosa. Pero era muy bonito todo aquello. Mi madre, menuda madre me tocó.

El libro es valiente, sincero y leal, y quizá por eso destaca que haya optado por renombrar a los personajes con los nombres de los grandes autores de la música clásica. Con ello, sin duda, los enaltece. ¿Por qué toma este recurso hacia mitad del libro? ¿Qué hubiese sucedido de seguir con sus identidades?

No podía usar los nombres reales porque eso me daba pánico. Y se me ocurrió

la idea de bautizar a los personajes con los nombres de los ilustres de la música. Me pareció que había hermosura en eso. No sé cómo demonios se me ocurrió. No me acuerdo. A veces pienso que alguien me dictó la novela. Una fuerza de la naturaleza me la dictó. No me recuerdo escribiendo el libro. Sólo me recuerdo corrigiéndolo. No recuerdo cómo me vino la idea de llamar Wagner a mi madre y Bach a mi padre. Imagino que hay que estar bastante loco para hacer cosas así. Desde Cervantes, la novela es cosa de locos. Hablando de Cervantes, fue él quien inventó la subjetividad como trama narrativa, algo fundamental en *Ordesa*.

CUANDO DEJÉ DE BEBER,
LOS FANTASMAS DE MI PADRE
Y DE MI MADRE VINIERON
A VERME. Y SE QUEDARON
CONMIGO

Siempre hay un escenario donde se desarrollan las historias y en este caso es la España de sus padres y la suya. En algún momento usted dice que no perdona lo que España les hizo a sus padres, ni lo que le está haciendo a usted. ¿Qué significado tiene para usted la memoria histórica y para qué cree que tendría que servir?

La lacra más grande es la pobreza. Era una lacra histórica. Yo siempre me he sentido pobre. A mi padre a partir de 1975 le fue muy mal en su trabajo. Pero nunca perdió la elegancia. Me solidaricé con mi padre. La gente suele tener dinero. Heredan casas, fincas, bienes, yo no heredé nada. Ellos vivieron siempre de

alquiler. No había nada. Absolutamente nada. Y me pareció enigmático. Cuando desmontamos la casa de mi madre no había nada de valor. Tal vez la lavadora. Era maravilloso. Me quedé mirando la lavadora. Encima era una lavadora de marca blanca y estaba vieja. Pobre lavadora, pero la toqué, porque mi madre la había tocado muchas veces, y pensé en eso, pensé que estaba tocando algo que mi madre había tocado. Me dije «esta fue la lavadora de tu madre, podrías haberle comprado una mejor». Pero no le compré nunca una buena lavadora. Yo tampoco me he comprado nunca una buena lavadora. Cuando tuve que comprarme una, hice lo mismo que mi madre: me compré la más barata que había. Aunque acabe teniendo mucho dinero en esta vida, nunca me compraré una lavadora mejor que la que tuvo mi madre. Es una forma de luto. Y de culpa. Pero España fue un país terrible. Ojalá estemos avanzando. Sigue existiendo el odio y la envidia como formas naturales de entender la vida. Seguimos viendo el éxito ajeno como una agresión personal. Yo eso lo he visto con el éxito de *Ordessa*. Mi padre y mi madre cargaron con una España, yo con otra. Imagino que la mía es mejor. Al menos la mía es Europa, claro.

Como lectora y compartiendo generación, he sentido que era mi vida, la vida de mi familia la que se estaba retratando. Muchas personas, pienso, se verán reflejadas en su lectura. Algunas imágenes se presentaban en blanco y negro, y me llevó a una escena muy dramática de la película *Fresas salvajes*, donde el protagonista rememora

su pasado y se da cuenta de las oportunidades perdidas de mostrar afecto y amor. ¿Existe ese momento donde el miedo al futuro nos paraliza y nos hace valorar lo perdido, replanteándonos las relaciones?

Mi madre me echaba maldiciones del tipo «como tú me tratas, te tratarán tus hijos mañana». Con variantes: «Ya verás como tus hijos vendrán a verte tan poco como tú vienes a verme a mí». «Los llamarás y no te cogerán el teléfono, como tú me haces a mí». Todo se cumplió. Cuando yo esté muerto, mis hijos querrán saber de mí y tendrán que imaginarme. Les he dejado buenas pistas. Eso fue lo que pasó, lo que pasará. Lo que seguirá pasando en las familias.

SIGUE EXISTIENDO EL ODIO Y LA ENVIDIA COMO FORMAS NATURALES DE ENTENDER LA VIDA. SEGUIMOS VIENDO EL ÉXITO AJENO COMO UNA AGRESIÓN PERSONAL

En el núcleo familiar es donde aprendemos los valores éticos y morales, y donde nos sentimos seguros. *Ordessa* nos transmite que éste es un libro escrito desde la plena seguridad de haber sido querido por sus padres. ¿Piensa que el amor filial es el amor más verdadero del cual nunca se debería dudar?

Tenía en la cabeza representar el amor incondicional, pensé que ese amor es la mayor proeza de los seres humanos. Dar tu vida por un hijo sin la más mínima duda. Estaba obsesionado con la duda.

Con una duda de una milésima de segundo, desaparece ese amor. Y sin ese amor, la vida es poca cosa. Todo padre o toda madre desea inconscientemente probar ese amor. Porque saben que pasarán la prueba. Eso es hermoso. Todo ser humano guarda secretos familiares en su corazón. Esos secretos acaban convertidos en fuerza existencial, eso lo traté en mi novela. Tu relación con tus padres es existencia, es gravedad.

En otra pregunta anterior hablábamos de la literatura escrita sobre las relaciones entre padres e hijos. En los últimos años se ha publicado en España bastante literatura acerca de este tema. ¿A qué cree que obedece? ¿Es una generación en deuda con su pasado?

En muchos casos es la perplejidad que nace a la hora de constatar el origen de clase media de los escritores españoles actuales. Ha habido y hay una necesidad de clase social. Los hijos de la clase media-baja española de los años sesenta del siglo xx se han hecho escritores en el siglo xxi. Eso había que decirlo. Mi padre dejó de estudiar a los doce años, y yo fui a la universidad. Yo sé que mi padre, de haber tenido la oportunidad, hubiera estudiado. Sentí que lo que yo hacía era redimir la vida de mi padre. Y eso le ha pasado a muchos escritores españoles. Es una tendencia dominante de la narrativa española reciente. Mi padre se esforzó toda su vida para que sus hijos vivieran mejor que él. Hay que ser agradecido. *Ordessa* es una novela del agradecimiento más profundo. Lamentable-

mente, ni mi padre ni mi madre pueden ser testigos vivos de ese agradecimiento. El sentido final del libro es ese: fuisteis los mejores, hay paz en mi corazón. Llevo vuestra belleza encima. Nadie me la quitará nunca.

Para terminar la entrevista, me gustaría saber qué libros sobre relaciones familiares le han conmovido más.

Habría que empezar por Shakespeare, Balzac, Kafka o Dostoievski. No me gustó *La carta al padre* de Kafka. Me parece una carta injusta. Recientes, se me ocurren los libros de Miguel Delibes, Luis Landero, Juan José Millás, Carlos Pardo, Marcos Giralt, Fernando Marías, Joan Didion, Jorge Volpi, Philip Roth, Héctor Abad Faciolince, Cristina Fallarás, Miguel Ángel Hernández, Karl Ově Knausgaard y Aguilar Camín, son los primeros que me vienen a la cabeza entre otros muchos que han tratado el tema de las relaciones familiares. Son muchos, como digo, y la lista sería muy larga. Temo dejarme títulos. Recuerdo que cuando leí de joven *Los hermanos Karamazov* no entendía cómo en una familia podían darse pasiones tan exageradas y salvajes. Ahora lo entiendo. El proyecto literario de Knausgaard me parece muy relevante. Y pasa por el orden de la familia. También en narradores españoles como Marta Sanz o Luisgé Martín la exploración de la intimidad lleva aparejada universos familiares. Y en *Patria* de Aramburu se narra la vida de dos familias. La novela representa la vida, y la vida humana es la construcción de familias.



De la España en llamas al país de la ausencia

Por Mario Martín Gijón

En 1964, José Luis Cano publicaba una antología titulada *El tema de España en la poesía española contemporánea*. En su prólogo, el malagueño fundador de *Ínsula* atribuía «el mérito de introducir el tema de la patria en la poesía española de posguerra» nada menos que a Carlos Bousoño. Confirmaba con ello una tendencia a recluir la literatura del exilio en una reserva apartada de la que se visitaban sólo sus predios menos conflictivos. Así, los poetas exiliados tras la derrota de la República en la Guerra Civil aparecían de manera marginal, y sólo dominaban, de modo inevitable, el capítulo titulado «Desde lejos», donde además de poemas de Rafael Alberti, aparecen textos de Juan José Domenchina, Pedro Garfías, José María Quiroga Pla, Juan Rejano, Antonio Aparicio o José Herrera Petere, autores por entonces prácticamente olvidados en España. Era este uno de los méritos de un libro no poco ecléctico, que en el apartado de «Cantos, elegías y oraciones a España» incluía, junto a la «Elegía española» de Luis Cernuda, la «Elegía a la tradición» de José María Pemán. La realidad era que el tema de España, lógicamente tratado de modo muy distinto al patriotismo «imperial» que dominaba en lo publicado bajo el régimen, apareció desde los primeros momentos del exilio. En el destierro, el tono elegíaco por la patria perdida alterna con una visión épica y utópica de una España que va siendo asimilada a una serie de valores incorpóreos.

1. VISIONES DE LA GUERRA CIVIL

La Guerra Civil, el dolor por la derrota y la angustia por la conocida represión marcan indeleblemente el recuerdo de España, sobre todo en los primeros años del exilio. Así, el «Elogio del llanto» que hace el gallego Lorenzo Varela (1916-1978) en sus *Elegías españolas* (1940) «llora porque, viril, perdió la aurora» y «por la leal memoria enamorada». El gallego evoca las «enlutadas / mujeres de España» y los «altivos campesinos, / taciturnos, lunares y severos» en los que aún pone la esperanza, aunque de momento se imponga el llanto sin consuelo: «¡Ay, España doliente, / mi España en llaga viva, sin consuelo, / en soledad ardiente / me suben desde el suelo / al corazón, tus lágrimas en vuelo! / [...] De sur a norte lloro / recorriendo tu piel, España mía, / con abrasado coro / de lagrimal porfía, / por ver si curo en llanto tu agonía». La guerra está también muy presente en *Torres de amor* (1942), donde Varela, en «Muerte del héroe» recuerda a un caído en la batalla del Ebro, muerte tan dolorosa como simbólica por ser anónima: «Era que alguien se iba sin nombre y sin vestidos / y a su paso la sangre daba su flor pasmada. / Y no crecía el son de la espiga en el surco / porque alguien se llevaba el aliento del mundo, / el alba de los días».

La guerra domina también la primera poesía del exilio de un poeta cercano a Varela como Juan Rejano (Puente Genil, Córdoba, 1903-México, 1976), por ejemplo en sus «Canciones con la muerte en torno», y en todo su ciclo de *Memoria en llamas* (1939): «La muerte, la muerte va por España» se dice en estos poemas donde dialogan enfrentándose la muerte y la esperanza. El autor recuerda que durante la contienda «tan cerca estaba la muerte / de mi cuerpo, / tan distante del recinto / de mi sueño, / que la muerte y yo anduvimos / largo tiempo, / como el árbol y la sombra / que crecieron / sobre la raíz del aire sin saberlo». Pero la muerte es derrotada paradójicamente por el miliciano caído, que «murió con tanta alegría, / que la muerte, por los campos, / de su propia muerte huía». La aceptación del miliciano, que habría muerto en el heroico paso del Ebro, realizado en «una barca de ceniza» cuyo timón lleva la muerte cual si de Caronte se tratara, derrota en cierto modo a la muerte que termina: «la muerte, lento cadáver, / estaba a sus pies tendida».

En su poco conocido ensayo *Poesía del destierro* (1962), el anarquista Campio Carpio (Vigo, 1902-Buenos Aires, 1989) llamaba la atención sobre cómo en poesía, a pesar de sus incomparablemente mayores dimensiones, la Segunda Guerra Mundial no había «arrancado testimonios de vigor tan íntimo como la liberación española» y que «en ningún pueblo de la Europa derrotada ha surgido con la fuerza que la inmigración española». Él mismo había sido autor de un poemario, *Milicias de la Aurora* (1943), escrito en metros clásicos y que mantiene el ímpetu épico de la poesía de guerra. En sus «Mensajes a los poetas del mundo» anima a que «cantemos a los libres y a la aurora», refiriéndose a los milicianos anónimos que sostuvieron la esperanza revolucionaria en España, a los que canta en «Elogio al camarada desconocido», donde considera al voluntario luchador como el verdadero vate: «¡Cuán grande y bella es tu obra, / proletario, poeta del ensueño! / Al mundo dormido te veo liberando: / hasta el concierto armónico del orbe / se siente arrebatado de entusiasmos! // Pecho contra pecho, / juntemos el corazón, hermano!». Campio Carpio dedica poemas a las mujeres de los milicianos caídos o también un «Homenaje de admiración a la gloria perenne de los mineros asturianos», vistos, en la retórica algo altisonante del anarquismo, como «héroes gloriosos de una ilustre raza». Señal de los peculiares referentes de la cultura libertaria, el libro incluye una «Despedida de Zaratustra a las milicias» en la que el personaje nietzscheano elogia a los milicianos por verlos movidos por «un inmenso amor a la vida» y declara que «vosotros, milicias del futuro, / sois los nuevos héroes, por ser juventud». El libro se

cierra con un himno a la libertad (antes leímos uno a la rebeldía) confiando en que vencerá frente a las tiranías: «Es la libertad, que enemigos sempiternos / fríamente acuchillaron por la espalda / y, airoso, retorna al seno de la tierra / en alas de la alborada!».

Señal de la vigencia de esa lucha es la edición en el exilio de poemarios escritos en buena parte durante la guerra, como el *Romancero de la libertad* (1947), del también anarquista Gregorio Oliván (Zaragoza, 1907-París, 1961), que contiene tres secciones: «Romances del fuego», «Romances del hierro» y «Romances de la Derrota», de los que los dos primeros fueron escritos durante la guerra y el último ya durante su exilio en Bretaña.

Desde su exilio en Gran Bretaña, José Antonio Balbontín (Madrid, 1893-1977) reuniría un centenar de sonetos bajo el título *Por el amor de España y de la idea. Cien sonetos de combate contra Franco y sus huestes* (1956), donde junto a los sonetos imprecatorios contra el caudillo y sus seguidores, aparece el recuerdo de la Guerra Civil y la memoria de sus héroes. «El Madrid de noviembre» aparece, como no podía ser menos, como un lugar de memoria exaltante: «Aquel Madrid glorioso, aquella furia / llena de amor al ideal, aquella / vida plena de gozo en su querella, / rica de abnegación en su penuria». Ante la disyuntiva de ensalzar a algún líder militar concreto (Líster, Modesto, El Campesino, Durruti), Balbontín prefiere, por una parte, como dice en el soneto «Nuestro héroe», recordar a «un pueblo en haz, ¡un pueblo vuelto llama!», que sería el verdadero héroe; por otra, recordar a los caídos más humildes y conmovedores, como «El Manías», el conocido repartidor de *Mundo Obrero*, y que fue «el primero en asaltar las puertas / del nefando Cuartel de la Montaña. / Tropa servil te asesinó traidora» o «La Castañera», casi centenaria y que «quería festejar a la Milicia / de la Casa de Campo. Su delicia / murió en agraz por un disparo moro».

Para no pocos poetas del exilio, la guerra sigue muy presente y justifica la inclusión, al mismo título que cualquier otro poema, los romances escritos durante la contienda. Es el caso de Luis Bazal (Cerecinos de Campos, Zamora, 1905-Toulouse, 1970), quien en su libro *Vaso de lágrimas* incluye una sección de «Poemas de guerra», basados en la experiencia del autor como combatiente en la batalla del Ebro.

No es de extrañar que el recuerdo de la guerra sea más poderoso y permanente en poetas que permanecieron en el exilio en Francia, y vieron de este modo continuada la contienda, como es el caso de Celso Amieva (Puente de San Miguel, Cantabria, 1911-Moscú, 1988), que casi tres décadas después de la derrota, publica *El paraíso incendiado: España, 1936-1939* (1967), don-

de poemas como «Vela de armas» o «Iban a la muerte cantando» reproducen la retórica de la literatura del frente, por lo que no es del todo incongruente que lleven fechas de entonces (19 de julio, noviembre de 1936), aunque fueran escritos mucho más tarde. En el segundo de los poemas mencionados, de hecho, aparece lo que Johannes Lechner, en su pionero libro *El compromiso de la poesía española del siglo XX* (1968), llamara el tópico de «la muerte que fecunda». La muerte del soldado, considerado no en su individualidad sino en su función dentro de la masa, sirve como sacrificio que engendra el futuro: «Iban a la muerte, cantando, / los milicianos de Madrid. / Dispuestos a morir matando / y a hallar vida nueva en la lid. // Yo a la muerte, cantando, iba, / una más de mi batallón. / Hay que morir para que viva / con vida nueva la nación».

El recuerdo de la Guerra Civil surge a veces de manera soterrada, elíptica, más aún cuando los exiliados publicaban en España, como es el caso de Marina Romero (Madrid, 1908-2001), cuyo poema «Caín», en *Presencia del recuerdo* (1952), donde el recuerdo se rebela sutilmente contra el olvido impuesto que pretende borrarlo: «¿No te ahoga el Caín / -blandura de tu almohada- / como severa nube? / ¿Qué negro Paraíso / te da dulzor de almendras / cuando te llega el día? / Aquello... sólo un sueño / borrado en el bostezo. / De pie en el alba. / Y Abel, horizontal / entre la bruma, / sin otro despertar».

En la poesía escrita por mujeres, este recuerdo de la guerra suele ser menos explícito, menos épico, pero seguramente más traumático. Así, Ana María Sagi (Barcelona, 1907-2000), que vivió los primeros meses de la guerra junto a la Columna Durruti, en «Obsesionante recuerdo», de *País de la ausencia*, libro de poemas incluido en su *Laberintos de presencias* (1969), muestra cómo la guerra enciende de dolor un paisaje de ecos ligeramente lorquianos: «Cuatro pichones de cal / cuatro arcángeles furtivos / abandonaron un alba temblorosa en los caminos. // ¿Adónde iré con mi Sueño / si en él ya me he confundido? / Llama que encienda al pasar / resplandor de azogue vivo / silencio de ciprés grave / blandura de gamo herido: / me los dio un país lejano / que sin cesar resucito». En su «Diálogo», Ana María Sagi se enfrenta a la desaparición de un país asociado con los valores que defendiera desde su simpatía hacia el anarquismo: «-¿Quién te acompaña? -La bruma. / -¿Quién te persigue? -Los ecos. / -¿Qué buscas? -Sombras huidas. / -¿Qué agitas? -Mares desiertos. / -¿Qué acunan tus brazos tristes / en la inmensa soledad? / -Mecen un país rebelde / que no veré nunca más...». La guerra, para Sagi, aparece ocasionalmente como los muertos que no puede olvidar, como recuerda en un poema de *Visiones y sortilegios*, ya muy avanzado

su exilio y residente en Estados Unidos: «¡Oh muertos inclementes / nunca pude enterraros! / [...] No me imploréis ya más / no me cortéis el paso / no me gritéis los nombres / de mis sueños truncados // que hace tiempo morí / bajo este cielo extraño!».

También para Joaquín Canosa Doñate (Murcia, 1906-Grenoble, 1982) en *El eco y el epitafio* (1964) desde Francia, el recuerdo de la guerra es, sobre todo, el de sus víctimas vistas como mártires: «Agria ceniza en mi boca. / Caliente humedad de huesos / filtra la tierra sin tumbas. / En la cruz de mi memoria / una corona de púas: / Cristo de un millón de muertos». Y tampoco deja en paz a Francisco Giner de los Ríos (Madrid, 1917-Nerja, 1995) la memoria de los muertos, en su caso caídos concretos, compañeros de las batallas en el frente de Teruel, según enuncia en su «Romancillo del recuerdo»: «Nada puede borraros / bajo estos hondos cielos / que me cubren las tardes / y las llenan de puertos [...] / Compañeros del frío, / de las albas de enero, / de Teruel y de Mora, / de Escandón y Cebreros, / separados y heridos / nuestros hombros tenemos, / pero en mi sangre rota / de vuestros cuerpos muertos / nacéis con vuestros nombres, / hermanos bajo el cielo, / y nada puede aquí / con vuestra luz y empeño». Para el poeta madrileño, esta memoria implica un mandato ético, de fidelidad a las convicciones, pues, como concluye, «vuestro nombre limpio, / que es pájaro en el pecho, / me levanta y me lleva / otra vez al acero».

La Guerra Civil está presente incluso en la poesía de quienes la vivieron como niños, como Tomás Segovia (Valencia, 1927-México, 2011) que en «Aniversario (julio, 1936)», recogido en *Anagnórisis* (1967) muestra un recuerdo mezclado de perplejidad y no poco traumático: «Tanto tiempo después y aún no comprendo / esta sombra brutal / que veis a veces todavía / danza al fondo de mis ojos / y que cayó sobre ellos un día de mi infancia / cuando en una mañana radiante despertaba / y contra el cielo fresco / vi levantarse un impensable brazo / que apuñaló a mi Madre...».

2. ESPAÑA, ENTRE LA ÉPICA Y LA ELEGÍA

Aunque se irá imponiendo cuando el exilio se avizore como largo, ya desde los primeros momentos del destierro, la visión elegíaca aparece junto a la épica que dominó durante la guerra. En plena contienda, aunque ya desde su exilio británico, Luis Cernuda (Sevilla, 1902-México, 1963) escribe sus dos elegías españolas, incluidas en el poemario *Las nubes*, escrito sobre todo entre 1937 y 1938. En «Elegía española (I)», España es una madre, prosopopeya femenina que aparece en no pocos poemas escritos en el frente, muy distintos con todo al tono conmovido del sevillano, que lamenta ya la desolación que la guerra dejará sobre

su patria. Si el inicio de su «Elegía» entronca con el de la *Odisea* («Dime, háblame / Tú, esencia misteriosa») el cuerpo del poema se dirige a España como una madre que contempla la guerra fratricida de sus hijos: «Háblame, madre: / y al llamarte así, digo / que ninguna mujer lo fue de nadie / como tú lo eres mía». Una madre que, aunque sufra «dolida y solitaria», sobrevivirá incólume y eterna: «Que por encima de estos y esos muertos / y encima de estos y esos vivos que combaten, / algo advierte que tú sufres con todos. / Y su odio, su crueldad, su lucha, / ante ti vanos son, como sus vidas, / porque tú eres eterna / y sólo los creaste / para la paz y gloria de su estirpe». En «Elegía española (II)», la patria es invocada como víctima de un «viento de locura que te arrasa» que llora la vergüenza de haber sido tomada por los sublevados y, se le pide, ya sopesando la posibilidad de que nunca se regrese, que se llegue a él como aire: «Si nunca más pudieran estos ojos / enamorados reflejar tu imagen. / Si nunca más pudiera por tus bosques, / el alma en paz caída en tu regazo, / soñar el mundo aquel que yo pensaba / cuando la triste juventud lo quiso. / Tú nada más, fuerte torre en ruinas, / puedes poblar mi soledad humana, / y esta ausencia de todo en ti se duerme. / Deja tu aire ir sobre mi frente, / tu luz sobre mi pecho hasta la muerte, / única gloria cierta que aún deseo».

En fechas muy cercanas, el poeta Juan Rejano compondrá también dos «elegías españolas», reunidas bajo el título «La tierra y la sangre», recogidas en *Memoria en llamas* (1939). Al igual que Cernuda, Rejano se dirige directamente a una España vista como madre lejana, inicua y herida y dolorosamente inalcanzable: «Sobre la arena errante de mi cuerpo / tu cuerpo se desgrana / con reflejos de azufre y duro aceite, / desangrándote en nieblas desmayadas [...]. Te han herido y abierto, tierra mía, / te han abierto y están ya tus entrañas / mirando cara a cara a un cielo huido, desnudas al asalto y a las llamas». En «Estoy bajo tu piel», Rejano recoge la dicción del conocido «Soneto v» de Garcilaso de la Vega, para dirigirse igualmente en prosopopeya hacia la patria, ahora invocada casi como una amante, hablando de «tu cuello entretrejido» y afirmando que «estoy bajo tu piel, fuera del mundo», «Nací para morir a tu costado, / para quemarme en ti cuando me enciendas, / para hundirme en tu tierra, desterrado». Esa imagen de la España sacrificial, que tendrá un desarrollo asombroso en la ensayística del exilio, sobre todo en Juan Larrea, aparece de manera explícita en León Felipe, por ejemplo en «Diré cómo murió», incluido en *Ganarás la luz* (1943): «España-Cristo, / con la lanza cainita clavada en el costado, / sola y desnuda».

En la visión que aparece en los poetas exiliados sobre España aparece, aunque de manera más sutil que en el género del ensayo (donde habrá toda una ola de libros sobre el ser, el enigma o el secreto de España), la dicotomía entre la patria material, la España geográfica, perdida para los exiliados, y una España incorpórea hecha de valores, representados de la manera más auténtica por los refugiados. La fórmula más conocida al respecto es, como es sabido, la que empleara León Felipe (Tábara, Zamora, 1884-México, 1968) en su poema «Hermano»: «Mía es la voz antigua de la tierra / Tú te quedas con todo / y me dejas desnudo y errante por el mundo / Mas yo te dejo mudo... ¡Mudo! / ¿Y cómo vas a recoger el trigo / y alimentar el fuego / si yo me llevo la canción?» Con su vehemencia habitual, el zamorano desarrolla en «Diré algo más de mi patria», incluido en *Ganarás la luz*, esa separación entre la patria geográfica y la nueva que ha de *recrear* en el exilio: «En el mapa de mi sangre, España limita todavía: / Por el oriente, con la pasión, / al norte, con el orgullo, / al oeste, con el lago de los estoicos, / y al sur, con unas ganas inmensas de dormir. / Geográficamente, sin embargo, ya no cae en la misma latitud. Ahora: / mi patria está donde se encuentre aquel pájaro luminoso / que vivió hace ya tiempo en mi heredad / [...] Y mi grito y mi verso no han sido más que una llamada otra vez, / otra vez un señuelo para dar con esta ave huidiza / que me ha de decir dónde he de plantar la primera piedra de mi patria perdida».

También Rejano opone en alguno de sus primeros poemas del exilio, como «Enardecida sombra», la España silenciosa, muda, en un silencio de cementerio, dominada por los vencedores, con la voz que mantienen los exiliados alejados de su tierra: «Vosotros, no, vosotros estáis mudos, / corrompidas espadas, desiertos oropeles, / vosotros estáis mudos, vuestra lengua / es un cadáver que se yergue en vano, / una pálida momia fulgurante / que quiere en el abismo abrir caminos. / Gozáis de oscura paz, gozáis del ámbito, / pero un sol de tinieblas os alumbraba / y os ciñe una cadena de oquedades; / cadáveres despiertos ocupan vuestros lechos [...]. Tanto dolor sobre el candor sembrasteis, / que sólo os acompaña / una tierra infecunda, / un erial de vidrios [...] vosotros estáis mudos. / Sólo esta voz ausente / puede llevar erguidos su esperanza, su nombre».

Sin embargo, en la poesía, la visión de España está muy ligada a su paisaje o, mejor dicho, a sus paisajes, a los que cada poeta sintió más cercanos por razones biográficas. Así, en Cernuda, con la distancia, España se irá idealizando en el paraje paradisiaco de Sansueña, un Sur de ensueño al borde del mar, habitado por «hombres sonoros, / bellos como la luna», jóvenes y sinceros,

«gente clara y libre de Sansueña». Ya en Cernuda, que habitaba el norte industrial británico de Glasgow, aparece tempranamente la contraposición entre el modo de vida anglosajón, identificado con un capitalismo codicioso y materialista, y la autenticidad española, basada en otros valores, oposición binaria paralela a la de la grisura norteña y la luminosidad del sur. En «Resaca en Sansueña» se afirma de estos españoles idealizados que «las mentiras solemnes no devoran sus vidas. / Como en el triste infierno de las ciudades grises. / Aquí el ocio es costumbre. Su juventud espera. / La hermosura se precia. No alienta la codicia». Versos que podrían servir de inmejorable reclamo turístico para la marca España entre los británicos hartos del estrés y de su cielo gris. Pero con el tiempo, y con el dolor del destierro expulsado por sus cainitas dueños, para Cernuda España se convertirá, de madre, en «madrastra», como se dice en «Ser de Sansueña», incluido en *Vivir sin estar viviendo*.

Curiosamente, en el sevillano se da no sólo la disociación entre la idealizada Sansueña y la rechazada España del franquismo, sino también la nostalgia de un Imperio español pasado igualmente idealizado, que se recrea en la trilogía formada por los poemas «El ruiseñor sobre la piedra», «Águila y rosa» y «Silla del rey», en torno al Monasterio de El Escorial, en cuya época añora vivir, siguiendo la visión apologética que, como hemos explicado en otro lugar, predomina entre los exiliados sobre el colonialismo español: «Si en otro tiempo hubiera sido nuestra, / cuando gentes extrañas la temían y odiaban, / y mucho era ser de ella; cuando toda / su sinrazón congénita, ya locura hoy, / como admirable paradoja se imponía. // Vivieron muerte, sí, pero con gloria / monstruosa. Hoy la vida morimos / en ajeno rincón».

No será un caso excepcional, y un anarquista como Enrique López Alarcón (Málaga, 1881-La Habana, 1963), nada más llegar a Cuba, publica un poemario titulado *Soy español. Madrigales y otros sonetos*, donde transmite, desde el primero de los sonetos, que da título al libro y que tuvo un eco notable, la más tópica imagen del caballero español de los Siglos de Oro: «Luzco del mundo en la gentil pavana, / junto al recio tahalí de mi tizona, / una cruz escarlata que os abona / mi abolengo de stirpe castellana. // Llevo en los hombros ferreruelo grana, / guío el mostacho a usanza borgoñona / y mi blanca gorguera se almidona / bajo mi crespada cabellera cana. // Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes, / mil siervos en la falda de los Andes, / calderas y pendón, horca y cuchillo, / un condado en la tierra montañesa, / un fraile confesor de la condesa, / diez corceles, cien pajes y un castillo». Y todo ello sin rastro de ironía, como se puede comprobar en el resto de

poemas de este libro que transmiten una imagen idealizada de ese pasado imperial.

Desde Inglaterra, y también en fechas muy tempranas, escribió Pedro Garfias (Salamanca, 1901-Monterrey, México, 1967) el que quizás sea el mejor poema del destierro, *Primavera en Eaton Hastings. Poema bucólico con intermedios de llanto* (1939). Garfias fija en versos memorables tres tópicos que se repetirán, con mayor o menor fortuna, en innumerables poetas exiliados: el recuerdo de España y sus paisajes, evocados en la lejanía («Porque te siento lejos y tu ausencia / habita mis desiertas soledades / qué profunda esta tarde derramada / sobre los verdes campos inmortales»; «Hoy que llevo mis campos en mis ojos / y me basta mirar para verlos crecer / siento vuestra llamada»); la primavera, que hace soñar con el paisaje español vuelto a la vida, suscitando, inevitablemente, esperanzas de revitalización en el exiliado («Pulsan las finas cuerdas del silencio / tus voces y los pájaros locuaces; / el cielo en plenitud abre sus venas / de calurosa y colorada sangre / ¡y alza mi corazón su pesadumbre / como un nido de sombras un gigante!»); y la oposición entre el afortunado y flemático pueblo inglés, «que cuida con ternura franciscana sus flores / sus aves y sus peces y esclaviza a la India», y la pasión desgraciada de España, representada como madre: «Aunque el silencio cruja y se despierte el cisne [...] / mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando / mi llanto de becerro que ha perdido a mi madre». En los versos finales, la primavera queda oculta por las sombras, entre las cuales el poeta convoca a sus compatriotas, tanto los vivos que quedan en la «España muerta» dominada por el fascismo, como los muertos caídos por la República: «La primavera rápida se esquivo, / se rompe en mil pedazos [...] / Yo quedo sobre un monte de tinieblas / aullando al horizonte de mi vida. // Después de todo, qué; por qué no recordaros, / vosotros que conmigo compartisteis / la lluvia y el espanto? / De vuestra sencillez sabe esta agua, / de vuestra dignidad sabe este árbol. / Acaso vuestros rostros en borrasca / rimaran mal con este culto prado: / pero también su cultivado césped / lo ha sido por las manos. / Hombres de España muerta, hombres muertos de España. / ¡Venid a hacerle coros a estos pájaros!».

La contraposición enunciada por Garfias reaparecerá de modo llamativamente recurrente en la visión de España desde el exilio. El hispanista holandés habló al respecto de «arielismo», recordando la oposición entre el materialismo anglosajón y la espiritualidad hispana que desarrollara José Enrique Rodó en su ensayo *Ariel* (1900). Ésta será reivindicada directamente por Roque Nieto Peña (Palencia, 1910-Alicante, 1996) en *Retorno de*

Ariel. Viejos y nuevos poemas (1968), no por casualidad escrita en Puerto Rico, donde «el torvo Calibán» (25) del utilitarismo yanqui se enfrenta al soñador Ariel, cuyo retorno se implora en un libro ensalzador de lo hispano desde un verso e imagerías declaradamente clásicos, como en su «Canto a mi tierra», donde expresa la nostalgia del sobrio campo castellano frente al abigarrado trópico: «Ya mis ojos cansados / de tanto deslumbrante colorido, / anhelan la llanura de grises acerados / con sus lentos crepúsculos dorados».

Así, desde muy pronto se opone una España hecha de valores espirituales a la España que han tenido que abandonar, y aquélla se considera inmaculada a pesar del triunfo de Franco. La primera de estas oposiciones es omnipresente en *Gibraltares. Poemas en sonetos* (1954), de José Álvarez Santullano (Badajoz, 1901-La Habana, 1965), quien desde su exilio en Cuba sufre con indignación la instalación de bases norteamericanas en su patria. De ahí el título de su libro, en el que iguala la colonización británica del Peñón con la estadounidense de España: «Un Gibraltar inglés y yanqui el otro; / con el mismo lenguaje igual verdugo; / del tormento extranjero atada al potro». Álvarez Santullano denuncia lo que considera un robo de siglos, con una retórica tradicional no muy distinta a la que se difundía bajo el régimen: «Te robaron a España. Desalmada / fuiste quedando, deshumanizada [...] / sin los dioses de otrora, sin las cruces / de Cristos castellanos y andaluces / que por ritos británicos reemplaza». Se llega incluso al tópico antisemita, cuando se describe Gibraltar como «habitáculo hoy de judería / que únicamente al oro no hace asco». La «pobre Iberia mía», tierra indómita de espíritu, ha sido convertido en un «coto bancario, / altar mayor del dólar adorado / como dios», en un «nidal de buitres financieros», todo ello bajo la férula de un «nazi ahora democratizado / en la sede del Partido falangista». Con toda la desesperación que esta sumisión de un imperio odiado le provoca, Álvarez Santullano aún mantiene esperanza en su pueblo, y así, declara a su patria: «Gibraltar pudiera ser tu nombre / por gibraltarizada y mal vendida / si no fuese por tanta y tanta vida / de libertad promesa y de renombre». Pues, aunque «sepultada» perviviría allí una «española conciencia diamantina» que habrá de alumbrar algún día «la libertad viva y sagrada». Se mantiene esa esperanza, la de un pueblo que, aunque acallado por la fuerza, incuba en sí la rebelión: «Todos los Gibraltares carceleros / ha de quebrar el pueblo maniatado; / ese suelo español hoy subastado / redimirán patriotas verdaderos». Sobre todo en los estudiantes y obreros se cree atisbar la

necesaria combatividad y así se invoca: «Son tus gentes, España, guerrilleros / agónicos de fe».

En el ya mencionado *Por el amor de España y de la idea* (1956), José Antonio Balbontín, refugiado en Gran Bretaña, presenta una visión de España como quijotesca y espiritual. Así, en su soneto «Antimerchantilismo», frente a un mundo que adora al «dios Mammón», donde «todos hablan de cuentas y negocios; / de conquistas de tierras y veneros; / de carbón, de petróleo y de dineros / mal adquiridos en boyantes ocios», se reclama a su patria: «¡Alza tu voz, bramante de querellas / divinas, a la luz de las estrellas, / España mía, noble y tierna España!» Como en Cernuda, el destierro en un país como el Reino Unido reforzará el patriotismo de Balbontín, desbordado en sonetos como «Españolismo»: «Yo sé que España morirá algún día / como se mueren todas las estrellas. / Todas las cosas, hórridas o bellas, / viven desde el nacer en la agonía. // [...] Todo es fugaz cual gota de rocío. / La vida es mucho más banal que el río / de Manrique. Pero una angustia extraña, // que no piensa ni mide porque es pira / de amor y de pasión, me inflama en ira / cuando alguien habla de matar a España». El autor madrileño llega a terminar su soneto «¡España!» con un endecasílabo compuesto por la quintuple imprecación, que opone a quienes ensalzan a «Yanquilandia», Inglaterra, Francia, o Rusia: «Y uno, que sabe que su patria quiso / crear un fraternal mundo indiviso, / por el milagro de una inmensa hazaña, // alza a los cielos su pendón y grita, / frente a la mascarada troglodita: / “España, España, España, España, España!”».

Con todo, Balbontín marca, por ejemplo en su soneto «Nuestra España», las diferencias frente al patrioterismo franquista: «No lucharemos nunca por esa España odiosa, / que se hizo vieja a fuerza de pecar contra el día / [...] Lucharemos por una nueva España luciente / como rayo de estrella, como arpegio de fuente. / Por una España limpia, como alegre alborada». Y en «La tradición» afirma que «la tradición de España es una inmensa / sed de futuro. Llama clara y pura, / más fulgurante cuanto más se apura; / pasión más limpia cuanto más intensa». Al margen de cualquier rigor historiográfico, se presenta una «España inmemorial» que «precede a Cristo / y a Moisés y a Mahoma» que el autor define de modo impreciso pero apasionado como «algo mixto / de Mithra y Buda. Plácele, ante todo, // no arrodillarse ante la sombra ignota, / sino encender la propia carne rota, / crear a Dios purificando el lodo». Obsesión de todo desterrado es la muerte lejos de su patria y así, en su penúltimo soneto, «Testamento», con ecos unamunianos: «Si muero un día en suelo estrafalario, / llevadme al sol de mi Castilla amada. / Me bastará una peña por

almohada, / y un ramo de tomillo por sudario», aunque ello sólo si España ha reconquistado su libertad: «Seré feliz entre mis claros trigos / con tumba libre. En otro caso, amigos, no perturbéis la calma de mi sueño. // Dejad que me disuelva en tierra extraña, / como simiente en yermo berroqueño. / Sin libertad, España no es mi España».

También el catalán Alfonso Vidal y Planas (Santa Coloma de Farners, Gerona, 1891-Tijuana, 1965), más conocido como novelista, contrapone España y «Yanquilandia» en su poemario *Cirios en los rascacielos y otros poemas* (1963), un libro escrito en buena medida en 1937, bajo influencia evidente del *Diario de un poeta recién casado* de Juan Ramón Jiménez y donde el *skyline* de Nueva York adquiere un carácter lúgubre pues «sin España en mi vida, / yo mismo soy el muerto, / ¡y en la capilla ardiente / de Yanquilandia enciendo / un cirio por mi ánima / en cada rascacielos!». El destierro se ve como un castigo superlativo y afirma: «Dejé España en mal hora / porque quiso el infierno, / y voy por Yanquilandia / como mendigo ciego, / implorando limosna / de un mendrugo de suelo». La ausencia de España es una carga de la que quiere liberarse, volviendo a ella como a una madre, imagen tópica donde las haya para la patria: «Llevo a España en el alma, / y en la carne la siento / como cien losas sobre / mi miserable cuerpo: / ¡Yo me muero de ansia / de España!; ¡¡yo me muero!! / ¡¡¡Ay, qué dulce la muerte, / si España fuera el Cielo!!! // Sin pisar, a caricias / de pies, su blando suelo, / sin respirar su aire, / que es maternal aliento, / el alma se me tumba». En medio del espectáculo arquitectónico de Manhattan, Vidal y Planas menoscaba a la metrópoli diciéndole que «te falta, Nueva York, el Acueducto de Segovia».

Sin duda, el paisaje y las sociedades iberoamericanas suscitaban en los exiliados una familiaridad muy distinta a la extrañeza de los países anglosajones, a los que sólo una minoría supo o quiso adaptarse. También el poeta andalucista Eloy Vaquero Cantillo (1888, Montalbán, Córdoba-1960, Nueva York), en unos versos escritos en 1937, afirmaba: «Ayer se me apareció / mi casita la del pueblo, / al entrar en Nueva York» y en sus *Rimas de cante jondo* (1959) se burla, de modo parecido a Vidal y Planas, de la prepotencia arquitectónica neoyorquina: «Después de tanta bambolla, / la Quinta Avenida para / en matojos y senduchos, / como la calleja'l Agua. // Quien por el mundo lo encuentre / que me lo traiga ensegúa, / otro cielo tan alegre / como aquel de Andalucía».

Entre los poetas exiliados en Estados Unidos, sólo Juan Ramón Jiménez (Moguer, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958), en

parte porque su territorio de acogida, Florida, mostraba ciertas similitudes con su tierra, vio más lo similar que lo distinto, de modo que la costa estadounidense hace pensar en la otra costa y los pinos de Coral Gables, el «pinar de eternidad» que diera sombra a su infancia. También los pájaros le hacen la ilusión de venir «pasando vientos y olas, / a cantarme mis colores», y todo viene a resumirse no en una España entera, más real o idealizada, sino sobre todo en Moguer, su pueblo natal, y en el niño que fue, como resume magistralmente su poema «Niño último», incluido en los *Romances de Coral Gables*: «¿Un pueblo blanco está allí / esperándome encendido, / pueblo donde todo para, / una plaza con un grito [...] Y el grito tiene en su centro / todo lo que ha visto el niño, / todo lo que quiso ver / y todo lo que no ha visto. // El niño es toda la jente, / el niño soy yo de niño, / el niño soy yo de viejo, / niño encontrado y perdido».

Por su parte, el anarquista Gregorio Oliván, reconoce padidamente cómo el destierro en Francia le ha hecho añorar a España como una madre («Ay, madre, que te he perdido, / ay, madre, madre del alma»), algo impensable antes para él, desde sus ideales internacionalistas: «Yo que cuando era español / nunca lloré por España / hoy vivo de sus recuerdos / y los cultivo en campana / regados de mudo llanto / y abonados con amarga / penita de desterrado». El sol de España se contrapone, como es habitual, al de Francia: «¿Invernadero del alma! / ¿qué sólo ha de calentarles / si en esta tierra de Francia / el sol -¡ay, sol de allá abajo!- / tiene la cara velada?» La apelación a España como madre surge desgarrada ante los «hijos de mala madre» que la han tomado y recuerda «que mi madre está abajo / y siento que hijos de mala / madre la están deshonrando, / que he perdido la razón / por no poder aguantarlo».

También Canosa Doñate, exiliado en la verde Grenoble, recuerda, en *3 voces en el tiempo* (1957) España como un país cuya sequedad puede leerse como metáfora de su dignidad: «Mi tierra morena, / mi tierra asaíca [*sic*] / de sol y de pena. / Mi tierra desnuda, / mi tierra sedienta / entre dos azules, / que hacen aun más cruda, / su cruda miseria. / Mi tierra de brazos / duros en la mina, / en la red y en el campo. / Mi tierra sufrida, / que el dolor de España / lleva en carne viva... / Donde muere el hombre, / en pie como el árbol: / orgulloso y pobre».

En Ginebra, no muy lejos de Grenoble, vivió hasta su muerte, durante treinta años de exilio, José Herrera Petere (Guadalajara, 1909-Ginebra, 1977). El grandioso paisaje suizo nunca emocionó al alcarreño, que sólo sabe apreciar el Jura si lo compara con los Montes de Toledo. Petere, que vivía muy cerca de la prin-

cipal estación de ferrocarril, mira deseoso los trenes nocturnos que parten hacia el sur y, en «El viaje secreto», poema central de *Hacia el sur se fue el domingo* (1955), se dirige emocionado a ese «tren que vas al campo, / al norte azul y al alto mediodía» para decirle a ese «tren de sol, no puedo ir contigo», finalmente, contradiciéndose, que le lleve a esa España cuyo relieve árido, «agrio» y abrupto es el más dulce para el poeta: «¡Oh tren de noche llévame contigo / cargado de metales y de luces, / de corazón, de rocas y de hierros, / a detenerte sólo en cumbres agrias!».

No por contraposición sino por cercanía, en «¿Dónde estás, España?» de su *Diario de Djelfa*, Max Aub (París, 1903-México, 1972) evoca en el relieve desértico argelino el de la añorada patria: «¿Dónde estás, España? ¿Seré yo el que sueño? / [...] ¿Siempre, siempre España. / Este llano, León. Este aguanieve, Ávila / Aquel alto, Burgos. Ese albor, Medina. / Este cielo jándalo y esta cal, de Játiva. / Cante de Cádiz... Lejos, Algeciras».

Como señalara Francisco Caudet en *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939* (1997), la glorificación del pasado español en los poetas exiliados es a veces cercana a la que sostenían algunos portavoces del régimen, y un poeta refugiado comunista como Manolo Valiente (Sevilla, 1908-Montpellier, 1991), que escribe ya en el campo de concentración los poemas de *Arena y viento*, opone en su poema «A España» su patria con sus rivales por la hegemonía en los Siglos de Oro: «Ceñida en el pasado tu cabeza / por los rayos del sol de mil regiones, / ni al turco, ni al inglés, ni a otras naciones / tardaste en mostrarle tu grandeza». Ante la postración actual se pregunta Valiente: «¿Ha muerto tu pasado ya en la Historia? / ¿No queda ningún nervio que en ti vibre? / ¿Es sólo tu valor una memoria?» Por supuesto, la respuesta es negativa: «No; y si alguien lo dudara que calibre / el oro que bruñido de la gloria / de lo que en el pasado te hizo libre».

En otros autores, España no aparece como una entidad cargada de determinados valores éticos, sino que se recuerda relacionada con los paisajes de la juventud. En el caso, por ejemplo, de *Exilio. Poemas* (1946) del valenciano Francisco Alcalá Llorente (Valencia, 1908-México, 1998), federalista regionalista que sería fundador de la Casa Regional Valenciana en México. Su hondo arraigo a su tierra natal impregna los poemas de este libro, estructurado en dos partes («Nostalgia» y «Olvido»), de factura clásica y previsible en endecasílabos o alejandrinos. El inicio del poema «Exilio», donde se pregunta sobre lo factible de una evocación desde la lejana tierra mexicana, transmite bien el tenor de unos poemas cargados de sentimentalismo y recuerdos del paisaje de huertas, acequias y barracas que presidiera su infancia y

mocedad: «Sujetad mi alma que el amargo exilio desata / Mi tierra mi tierra verde que su recuerdo exalta / Una blanca primavera cuajada de azahares / Y un reflejo de sol en los bruñidos cristales. // Sueños apresados en el hierro / De un triste y pesado destierro / ¿Podré evocar tus claros lugares / Entre la bruma de otros paisajes?» Los monumentos de la capital valenciana también tiran de su nostalgia y pregunta: «“Miguelete” que cierras el cielo. / ¿Sigues tan alto como cuando yo era pequeño?». Escrito con el recuerdo aún no lejano y en los años en que un pronto retorno se veía aún posible, frente al pesar de «los días del Hoy –pesado y con fiebre» idealiza «las sombras del Ayer –ligero y con alas», y opone el mexicano «cielo extranjero de brumas malsanas» a la «tierra fecunda y callada», lamentando: «¡En tu orilla suave hube dejado mi infancia!» Por su parte, para Quiroga Plá (Madrid, 1902-Ginebra, 1955), en «Nocturno del desterrado», son las «torres de mi Salamanca» las que se le aparecen en el sueño despierto, en un taxi de París, recuerdo amargo pues se funde con los fusilados que hasta el último momento mantienen sus convicciones: «Agonía de amor, y la agonía / de la tierra, y los hombres contra el muro, / crispado el puño que la muerte enfría». Y Garfias, nacido en Salamanca pero criado en Andalucía, evocará en su «Coloquio de las torres de Écija», «las torres transparentes» como metonimia de la «España mía» que «contemplo eternamente [...] sobre la palma de mi mano abierta».

Muchas veces España es asociada con un sur idealizado, en especial cuando el exiliado vive entre brumas. En su poema «Nostalgia», escrito apenas un año después del exilio, el sevillano Manolo Valiente evoca «ese sol de nuestra España / que con pena dije adiós», que se dejó para siempre atrás en una «triste tarde de febrero», una imagen que lleva «hasta el alma clavada». En otro momento, es el recuerdo de la torre más representativa de su ciudad la que desespera su nostalgia, en «A la Giralda», a la que se dirige con ritmo de cantar y tras varias comparaciones ponderativas confiesa: «Eres... no sé compararte. / No sé sino que te adoro / y que en ansias de admirarte / el corazón se me parte / y con angustias te lloro. // Giralda, Giralda mía / lejano de ti me encuentro / y un sueño de moraría / y flamenca sonería / pensando en ti siento dentro». Para Luis Cernuda, como es bien sabido, los jardines del Alcázar simbolizarán el paraíso perdido en varios poemas de *Las Nubes* y de *Ocnos*, unos jardines que creará reencontrar en los jardines de Borda, en Cuernavaca, asociados con un deseo de regreso a la infancia y casi al claustro materno, asociados con España.

El jardín, precisamente, estructura todo el libro *Jardín cerrado* (1946) de Emilio Prados, un poemario orgánico donde, como dice Juan Larrea en su exaltado prólogo, «dicho jardín, arropado en cendales nostálgicos, empieza por ser España» pero que luego va cobrando un carácter más personal y simbólico. Al inicio del libro, son las «llanuras de sol» de su Andalucía natal, cubiertas de olivares, o «la alameda», que aunque no se explicita, es obviamente la de Málaga. El poeta recuerda lugares que, quienes le rodean en México, desconocen: «Yo sueño con un camino. / Nadie lo ve, nadie, nadie...» O bien recuerda plantas como el almoraduj, más conocido fuera de Andalucía como mejorana, cuyo nombre regional, tanto como el aroma, se convierten en símbolo entrañado, en «Rincón de la sangre». Pero poco a poco, la conciencia de la pérdida y del dejar atrás, por doloroso que sea, va haciéndose patente, como en el poema titulado «Espejismos»: «Entró el viento en el jardín del olvido / y se vio su cuerpo en él, / desnudo, y, detrás, el cielo. // –Cuerpo mío, cuerpo mío / (preguntó); ¿qué haces ahí?... / [...] Sonaba el agua en la fuente / y el perfume del jazmín, / iluminaba el estío doloroso / de la noche... / –¿Cuerpo mío!, ¡cuerpo mío! / Soñaba todo el jardín». La paronomasia sonar/soñar va sugiriendo el cariz onírico del recuerdo: a partir de ahora, en la poesía de Prados se dará una interiorización cada vez mayor pues, como resumía Carlos Blanco Aguinaga, desde este poemario, Prados descubre «que adentrándose solitario en el jardín “cerrado” llegará a lograr la comunión con la realidad en la que han de equilibrarse los tres tiempos de lo humano, pasado, presente y futuro».

Los paisajes de la tierra natal atraen más a los líricos que las calles de sus ciudades, incluso para madrileños como Juan José Domenchina (Madrid, 1898-México, 1959) que en «Árboles, prados...» se lamenta: «Sí, allí están, como siempre, la cañada, / los prados, y los árboles, y el río... / Y mi voz, a lo lejos empañada». En cuanto al jienense Miguel Burgos Manella (Alcaete, Jaén, 1902-Caracas, 1992), que dedicó un libro de recuerdos a su pueblo natal, el recuerdo de la patria, desde la tropical Caracas, está concentrado en el árbol emblemático de su provincia, el olivo, el «hermano olivo», al que dedica todo un poemario y con el que llega a identificarse, como en el poema «A veces me siento olivo», en el que además se cubre con los manes tutelares del poeta del exilio que vivió en la cercana Baeza: «A veces me siento olivo, / las palomas en mis manos / y en mi silencio de ramas, / me lleva Antonio Machado».

Antonio Aparicio (Sevilla, 1916-Caracas, 2000), por su parte, recuerda el «oro perdido» que «doraba el camino», y se

pregunta retóricamente: «Tendrá hoy la cal / de las altas tapias / aquel resplandor / fiero que cegaba?» En este poema, «Las tardes», Aparicio recuerda «la melancolía / gris de los olivos» y se pregunta si nunca «tocarán tus manos / la tierra de España». La nostalgia se vuelve más feroz cuando llega la primavera y se piensa que «ahora estará la primavera alzando / a orillas del Jarama y Manzanares, / trinos sin fin, aromas a millares, / toda España en su luz resucitando». La primavera, al final de ese soneto, adquiere un simbolismo político, esperando: «Y entrará toda España en nueva vida / para poder de nuevo en su ribera / cuidar las rosas, olvidar las balas». Aunque será quizá Juan Rejano quien dé una voz más desarrollada a esta nostalgia de Andalucía, en *El Genil y los olivos* (1944), libro que nació, según reconoce en sus palabras preliminares, «por una necesidad de aliviar el alma de tanto y tanto recuerdo como la embriaga, en esta lejanía amarga de España». Como en Prados, en la poesía más intimista de Rejano, el recuerdo de España aparece como en sueños y el poeta se plantea, en interrogación insondable, la relación entre el río real que acompañó su infancia y juventud y el río recreado a través de la lengua: «¿En dónde estará mi vida, / en el río que pasó / bajo mis ojos, un día, / o en el que se hizo canción / tras de esta mar infinita? // ¿El río es vida o es muerte? / ¿Mi sangre es río o es mar? / ¿Dónde acabará su curso / y cuándo, yo, de soñar?». El tono deliberadamente menor y popular de estos poemas, con rimas que combinan consonantes y asonancias y versos cortos, a veces de pie quebrado, que reflejan la vida campesina en los olivares y los márgenes del Genil, evocan a veces de modo sobrecogedor la nostalgia del desterrado sin necesidad de explicitar su exilio.

Para el gallego Lorenzo Varela, en *Torres de amor* (1942), son los principales monumentos de Lugo los que tiran de su recuerdo: «¡Ay!, Catedral de Lugo, / Puerta de Santiago, / ¿Qué haré yo sin veros, / lejos, desterrado? [...] // Y por la muralla de Lugo iba el sol, / iba la mañana, venía mi amor. [...] // ¡Ay!, Catedral de Lugo, / ¿cómo amanecía! / Por ella yo tengo, amigos, dolor, / y por ella tengo espada de amor».

Como era de prever, los paisajes de los países de acogida no son vistos en su diferencia, sino que traen al recuerdo los lugares de la memoria personal. Así, en «Nostalgias», Vaquero Cantillo recoge cómo de Venezuela a Estados Unidos, le persigue la imagen de Córdoba: «¡Puestas de sol de la Habana...! / ¿Cielo y campo de las tardes / de Andalucía la llana! // ¡Caracas la Suavecita! / ¿Tus caobos...! ¡Mis naranjos / del Patio de la Mezquita! // ¿Tulsa, flamante y gentil! / ¿Bajo un sauce de tu Arkansas / lloro mi Guadalquivir!».

En los poemas de *País de la ausencia*, recogido en su *Laberintos de presencias* (1969), la barcelonesa Ana María Sagi recorre amorosamente la geografía de España, desde Córdoba a Compostela, de Cambados a Jerez de la Frontera, aunque volviendo siempre a Sentmenat, el lugar del Vallès asociado a su infancia. Desde Francia, cómo no, se recuerda su país como «el país de la ausencia: / sol en los cuatro costados / [...] ¡Sol retador, Caldo aurífero. / Tatuador de pueblos mágicos / con tus puñales de púrpura / y tus limos abrasados!».

Para Concha Méndez (Madrid, 1898-México, 1986), no es la capital, sino la sierra de Guadarrama, lugar natural asociado a su infancia, lo que despierta su nostalgia desde México en *Sombras y sueños* (1944): «¡Qué lejos está la Sierra, / mi Sierra de Guadarrama! [...] / Por sus vertientes yo era / patinadora en mi infancia». El final del poema expresa el anhelo de retorno a esos lugares de la despreocupada niñez: «¡Volveré a verte algún día / mi Sierra de Guadarrama! / Conmigo irían unos ojos nuevos, de clara mirada!».

Más desgarrado es el tono en *De mar a mar* (1946), de María Enciso (Almería, 1908-México, 1949), poemario dedicado «a los guerrilleros, vigilantes en las veredas de España», en quienes se confía para derrocar al dictador. Enciso imagina una España crucificada, a la que pide que le espere, anhelando un pronto regreso: «Espérame en tu cruz, España mía. / Cuando las hojas caigan, / yo volveré con los helados vientos / sobre la espuma de la mar amarga». Todo el poemario se ve cruzado por el «Viento de angustia» que implica esa tensión de lejanía hacia una tierra en la que quedaron los familiares de Enciso y donde siente enraizada su sangre: «¡Qué lejos y qué cerca / tu inasible distancia! / ¡Qué profunda tu voz enamorada! / ¡Cómo llega a mis venas, / y se convierte en sangre, tu llamada!».

En relación con esta imagen combativa de España, quizás ninguna la representa mejor que la del «toro de España», que consagra Rafael Alberti desde su ciclo «Toro en el mar (Elegía sobre un mapa perdido)», recogido en *Entre el clavel y la espada* (1940). Partiendo del tópico de la «piel de toro» que evoca el mapa de España, el poeta gaditano se dirige a su patria, vista como un orgulloso toro que ha sido martirizado por los vencedores: «A aquel país se lo venían diciendo / desde hace tanto tiempo. / Mírate y lo verás. / Tienes forma de toro, / de piel de toro abierto, / tendido sobre el mar. // (De verde toro muerto) [...]. Con pólvora te regaron. / Y fuiste toro de fuego». El toro de fuego, celebración ancestral y bárbara, se convertirá como es sabido en uno de los símbolos de la guerra en *Campo de sangre*, la primera entrega

del ciclo novelístico sobre la contienda de Max Aub. En Alberti, el gozoso «toro verde / acostumbrado a las libres dehesas ya los ríos», símbolo de libertad para el que «la mar y el cielo / eran aún pequeños como establo» sufre un martirio que tiene incluso algo de crístico: «Le están dando a ese toro / pastos amargos, yerbas con sustancia de muertos, / negras hieles / y clara sangre ingenua de soldado [...]. ¡Ay, a este verde toro / le están achicharrando, ay, la sangre! / Todos me lo han cogido de los cuernos / y que quieras que no me lo han volcado / por tierra, pateándolo, / extendiéndolo a golpes de metales candentes, / sobre la mar hirviendo».

La imagen de España como un toro, asociada a la idea más combativa de la patria, reaparece por ejemplo en «Toro de sangre», incluido en *Árbol de ti nacido* (1956), de Juan Chabás (Denia, 1900-Santiago de Cuba, 1954), donde el alicantino, quizás presintiendo su cercana muerte, pide seguir viviendo por esa pasión luchadora de la patria: «Pido a la luz más vida mientras ríos / de oscura angustia, aviso de tu muerte, / cauces de horror para los ojos míos / cavan al alba. ¡Oh, sí, vivir por verte // toro de fuego y alma! / [...] Oigo bramar tus iras por las tierras / de robles y nogales y encinares, / donde los hombres son arcilla y roca. // ¡Oh toro de reyertas y de guerras! / Toro de gloria y cumbres entre mares: / ¡oír tu sangre hirviéndome en la boca!».

Pero quizás nunca se hace la nostalgia tan dolorosa como cuando, dejando de lado cualquier representación, España es sentida como una herida que sólo se curará con el regreso, aunque esto suponga la claudicación de aceptar vivir bajo el régimen de los vencedores. Así, el poeta alicantino Juan Miguel Romá (Xaló, Alicante, 1914-Valencia, 1978), poco antes de regresar de su exilio en Varsovia, compone su «Balada del desterrado que quiere volver a la patria», incluida en el libro *De oscura transparencia*, que se publicará muchos años después, en 1965, con prólogo de su paisano Juan Gil-Albert. En esta balada, la martirizada ya no es España, sino el poeta ausente de ella: «Volver, volver a ti, cuando contigo, / ¡ay, España!, contigo siempre he estado / llevándote clavada en el costado / como una herida abierta, de mi dolor testigo. / Quiero volver a ti, que llevo herido / el corazón, de sueños traspasado, / encendido de fe y apuñalado / por cuchillos de amor nunca vencido». El desterrado sólo puede ofrecer, tras tantos años de ausencia, el aprendizaje del dolor del exilio: «Te ofrezco mi dolor, lo que ha aprendido / en lucha por el pan de desterrado; / lo que soy y seré, lo que he logrado, / que hoy me siento más fuerte y aguerrido». De modo similar aparece en Francisco Giner de los Ríos, que en su «Romancillo de la vuelta», escrito con ya muchos años de destierro encima, exclama: «¡Es-


pañá, cómo llamas / a brega permanente! / En la sangre te llevo / y en mi conciencia, hiriente, / y tu angustia clavándose / el alma me remueve». En ese sentimiento se mezcla la angustia de pensar que se pueda morir en tierra extraña: «Esta tierra que piso. / ;No quiero aquí mi muerte! / La dura tierra nuestra / el pecho me requiere».

La cuestión es también compleja para los «niños de la guerra» que, como Tomás Segovia, experimentan un sentimiento de «orfandad» hacia una patria de la que se recuerda poco y que sin embargo les hace imposible integrarse en los países de acogida. Como dice en unos versos de *Anagnórisis* (1967), «desde el comienzo ya no estaba en la casa mi casa / ni en la tierra mi tierra ni el amor en mi amor / la memoria estuvo siempre en otra parte / y de círculo en círculo / todo fue exilio». Poco a poco, en este poemario de autoconocimiento, llegará a otra conclusión, la de que «tu patria es variable, siempre pensaste más con la estación que con tu pensamiento, aceptaste por tuya la palabra que el clima te depara». En estos poetas, cuyos recuerdos reales de España son muy tenues, ésta adquiere un carácter bastante etéreo y esquemático, caracterizado por la lejanía y la simplicidad, como puede verse en un poema como «Exilio (I)» del conquense Luis Rius (Tarancón, 1930-México, 1984), que abandonó su país con ocho años: «Compañero, allá lejos, / desde esta tierra alta / (*era el llanto callado*): / son los campos de España». Esta país se asocia con la niñez mutilada, con la «inacabada infancia» y se reivindica como raíz identitaria que distingue al poeta frente a los amigos y colegas mexicanos, de modo casi desafiante evocando su Mancha nativa: «Pero a mí no me gusta el mar. Yo digo / que me gustan los pueblos tierra adentro / con su campo labrado, con sus yuntas, / sus aperos, sus serios labradores, / y salir yo muy de mañana al campo / a oler el olor bueno de la tierra. / Porque yo soy de un pueblo tierra adentro / y nunca olvida nada el inconsciente, / dicen que dijo Freud, digo que dicen». Llamativamente, estos poetas que apenas conocieron España muestran una cerrazón a su tierra de acogida y un apego a la de sus mayores que contrasta con la apertura de algunos de éstos a su nueva patria. Así, Concha Méndez, también «de tierra adentro», duda entre esa raigambre y la belleza de los mares descubiertos: «;Que yo soy de tierra adentro, / y de la meseta alta, / pero la voz de los mares / de norte a sur me reclama! // Y no sé con quién quedarme / -yo que nací castellana- / si con la parda Castilla, / o con el mar que me llama. // Oigo sus voces azules, / como líquidas campanas, / y esta otra voz que es de tierra, / que es como la voz de un alma... // ;Con quién me quedaré, dime, estrella de mi mañana?».

Una belleza marina que, por supuesto, nadie cantara como Pedro Salinas (Madrid, 1891-Boston, 1951) en *El contemplado*. El madrileño, uno de los poetas ya entrado en años cuando se exilia, será curiosamente uno de los menos nostálgicos. Si en uno de los poemas de *Todo más claro* llama al Atlántico «mar castellana», ello no es sino por la lengua, única patria verdadera que reconoce. En el mencionado largo poema al mar de Puerto Rico se canta al mar como tal, sin atisbo de compararlo con ningún mar recordado desde las costas españolas, al igual que su famoso «Nocturno de los avisos» critica la agobiante omnipresencia publicitaria del capitalismo estadounidense, pero sin oponerle ninguna idealizada España arcaica.

Que España es, en la segunda generación del exilio, aún más imaginaria que en sus mayores, puede verse en poemas como «A la catedral de León», de Enrique de Rivas, nacido en Madrid en 1931, cuya acotación preliminar «Sólo vista en fotografía» funda una angustiada búsqueda de esas raíces y de ese recuerdo que, se reconoce, no existe: «Catedral de León, tierra de España, / tu angusta soledad no la conozco, / tus torres, nobles piedras, las he visto / en pálidas imágenes tan sólo. // Pero sé, Catedral, que en el silencio / de tus bóvedas frías hay un alma, / y buscando el recuerdo que no tengo / quiero perderme sólo, en tus entrañas».

Este trabajo forma parte del proyecto *La historia de la literatura española y el exilio republicano de 1939* (FFI2017-84768-R), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.



¡NO PASARAN!
EL FASCISMO QUIERE CONQUISTAR MADRID. MADRID SERA LA TUMBA DEL FASCISMO.

Fernando Castillo y la extraña retaguardia

Por José-Carlos Mainer

Las solapas de sus libros definen a Fernando Castillo como un profesional de la cultura (en su condición de funcionario público), autor de numerosos estudios sobre historia y, a menudo, director de exposiciones. Organizar una exposición es una manera de narrar porque nos obliga a reordenar las cosas, a advertir las secretas afinidades entre ellas, a percibir y recrear una atmósfera peculiar. Y Castillo ha procurado de añadidura que su trabajo coincida con su gusto o su curiosidad. En su currículum cuentan muestras (y sus correspondientes catálogos) sobre Carlos Sáenz de Tejada y Joaquín Valverde, ilustradores de los ocho tomos de la *Historia de la Cruzada Española* (1939-1944), pero también ha compilado dibujos humorísticos de Luis Bagaría, el más ácido y complejo de los caricaturistas españoles de izquierda progresista. Ha trabajado sobre Ramón Gómez de la Serna y sus domicilios predilectos, porque ama las ciudades literarias europeas, de las que escribe siempre que puede. Y no oculta su pasión pertinaz por dos creadores, el dibujante belga Georges Rémi, Hergé, inventor de Tintín, y el novelista francés Patrick Modiano. Sobre el primero ha publicado *El siglo de Tintín* (en Páginas de Espuma, 2004) y *Tintín-Hergé: una vida del siglo XX* (en Fórcola, su editor habitual, 2011); sobre Modiano ha escrito otro volumen, *París-Modiano. De la ocupación a mayo del 68* (2015), que es una lectura apasionada de la obra del escritor a vueltas de la historia y la memoria que le han servido de referencia vital y literaria.

Uno y otro, Hergé y Modiano, han dibujado con «línea clara» y libre fantasía un mundo extraño y trágico a la vez, inocente y sospechoso a partes casi iguales y, en definitiva, hicieron de sus dibujos o de sus novelas un modo de vivir lo que en su día no vivieron conscientemente, o lo hicieron a medias. Y, sobre sus huellas, Fernando Castillo ha practicado el mismo ejercicio cognoscitivo y sentimental con lo que tenía más cerca: la ciudad de Madrid. Son muestras otros de sus libros: *Capital aborrecida. La aversión hacia Madrid en la literatura y la sociedad, del 98 a la postguerra* (Polifemo, 2010), *Madrid y el Arte Nuevo: Vanguardia y arquitectura 1925-1936* (La Librería, 2011) y *Los años de Madridgrado* (Fórcola, 2016), a los que ahora se suma *La extraña retaguardia. Personajes de una ciudad oscura. Madrid 1936-1943* (Fórcola, 2018), sin duda, el más absorbente y personal de los libros que ha escrito. Pero al lado de los citados volúmenes de la serie madrileña, el antecedente más claro del libro que ahora reseñamos es el que dedicó al París de la Ocupación, que –por supuesto– tenía mucho que ver con la narrativa de Modiano:

Noche y niebla en el París ocupado. Traficantes, espías y mercado negro. Vidas cruzadas de César González Ruano, Pedro Urraca, Albert Modiano y Andrés Gabison (2012), al que siguieron París-Modiano. De la Ocupación a mayo del 68 (2015) y el más reciente y breve Españoles en París 1940-1944. Constelación literaria durante la Ocupación (2017), todos en Fórcola.

La insistencia en libros de esta naturaleza delata el hervor de una pasión compleja que –como muchas otras formas del coleccionismo: la bibliofilia o la filatelia– se vive en soledad pero gusta compartirse con algunos pocos. Los prólogos de los libros de Fernando Castillo suelen citar a los cómplices de sus encuentros y se mencionan como contribuyentes de sus pesquisas, o como una suerte de fila cero que preside idealmente el club de sus lectores habituales: suelen estar allí Juan Manuel Bonet, Juan Bonilla, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapiello, José Carlos Llop, Juan Malpartida, Javier Goñi... Y, sin duda, podrían sumarse quienes (pienso en los novelistas Javier Cercas o Ignacio Martínez de Pisón) han practicado el hábito de la inmersión en momentos históricos que han recibido aparente sentencia firme de la Historia (le adjudicaremos ahora la mayúscula ritual) pero que no ha alcanzado a eclipsar la existencia de personajes que no fueron ni héroes ni mártires, ni abnegados ni convencidos, ni criminales abyectos ni fanáticos irredimibles, sino habitantes de un purgatorio insomne en el que hicieron trampas, se equivocaron de bando, cometieron delitos y sobrevivieron, o no, a las implacables reglas de un juego que siempre iban a perder.

Entre todos han configurado un territorio literario cuya translación a las páginas puede confundirse a veces con las muy laxas pautas de la *autoficción* y con las muy proteicas de la escritura autobiográfica que está en la base del ensayo de siempre y también del que –lo diré sin convicción, por mi parte– llamamos *posmoderno*. Cuando hablamos de libros y propósitos tan distintos como el *Diccionario de las vanguardias españolas 1907-1936*, de Bonet; de *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina; de *El Rastro. Historia, teoría y práctica*, de Trapiello; de *París: suite 1940*, de José Carlos Llop; de *El monarca de las sombras*, de Javier Cercas; de *Enterrar a los muertos*, de Ignacio Martínez de Pisón; de los dos volúmenes de *Diarios* de Juan Malpartida; o de *Prohibido entrar sin pantalones*, de Juan Bonilla, hablamos de ficciones con base real, de repertorios personales o de divagaciones en busca de un relato que tienen la misma comezón de indagar, la misma renuencia a juzgar sin apelación y la misma humana

compasión por la debilidad o el fracaso. No niegan la probidad de la sentencia histórica pero rehacen el camino que la construye, donde siempre hay algo perdido u olvidado. Castillo ha utilizado a menudo la voz inglesa *Quest*, pesquisa, a la que dio carta de naturaleza literaria una intensa, caprichosa y celebrada biografía, *En busca del barón Corvo (Quest for Corvo, 1934)*, del británico A. J. A. Symons, dedicada a la evocación de clérigo renegado, mistificador y artista que se llamó Frederick Rolfe.

Sin embargo, hasta ahora, Fernando Castillo se había limitado a convertir en relato lo que había leído como documento o anotado en su revisión de la bibliografía precedente, aunque tampoco perdiera la ocasión de apuntar con intención una sugerencia bibliográfica o realzar algo significativo o premonitorio. Pero en *La extraña retaguardia. Personajes de una ciudad oscura. Madrid, 1936-1943* ha ido bastante más lejos en el uso de la jurisdicción del narrador y ya no se limita a recordar el nombre antiguo de una calle, el paso de un tranvía por esta otra o a pormenorizar un dato meteorológico de hace setenta años. Ahora conjetura sentimientos en quien actúa, o incluso inicia su relato con la descripción de algo real, pero de lo que no tiene datos fehacientes: el viaje en automóvil que Alfonso López de Letona hizo entre Madrid y la frontera portuguesa, el mismo 18 de julio de 1936. O describe, en ocasión de otro viaje –ahora forzoso– del mismo personaje, el 8 de enero de 1937, qué pudo pasar por su cabeza cuando llegaba a Madrid, donde le esperaba un interrogatorio policial que no se presentaba nada halagüeño. «Ahora, como una mala premonición, volvía su infancia olvidada: el recuerdo de sus padres y sus hermanos, los almuerzos de los domingos, los juegos –carreras y griterío infantil en el Retiro y en la plaza de Oriente– en las primaveras en las que en Madrid, como decía Ramón Gómez de la Serna, se destila esencia de acacias bajo el piar de golondrinas y vencejos». Es patente que esos recuerdos que se prestan al personaje proceden de la reelaboración de los propios: Fernando Castillo, nacido en 1954, pertenece a la última generación que, sin tener recuerdos propios de la guerra civil, los ha recibido de labios de sus padres o abuelos en un tiempo de ritmo más pausado y de mayor perseverancia (y culto) de la memoria oral. Por eso, el libro propone –al lado de los nombres históricos de los «personajes de una ciudad oscura»– las enigmáticas siglas de otros, niños o adolescentes sin duda, que se citan como FHL, A. N. y P., supongo que iniciales de los miembros de su propia familia que vivieron aquel momento.

Esa tímida pero significativa apropiación de la materia narrada invita a darle una cierta solemnidad formal al conjunto. La secuencia ya no viene determinada, como en otros de sus libros, por el azar de los encuentros y la contigüidad de las fichas sino que el autor la siente organizada como un escenario –¿otro «gran teatro del mundo»?– donde los hechos se disponen como tragedia y como espectáculo. Y así, el índice contiene una obertura, «I. Dramatis personae: Hotel Madrid (julio-noviembre de 1936)», a la que siguen «II. Los hechos: Madrid negro (diciembre 1936-enero 1938)», «III. El desenlace (febrero 1938-mayo 1939)» y «IV. Último acto y telón (abril 1939-1943)». Y la cronología atiende, por supuesto, los avatares de la ciudad tempranamente sitiada, pronto convertida en frente de batalla urbano y objeto de la codicia conquistadora de los sublevados. Luego, se trueca en escenario de una heroica reacción defensiva que logró conjurar la caída de la ciudad (pero no el triste abandono de las autoridades estatales que buscaron el arrimo de Valencia, el entonces «Levante feliz»). Y, ya al final de la contienda, se perfilan los combates doblemente fratricidas entre las fuerzas leales al gobierno de Negrín y los sublevados que aglutinó el coronel Segismundo Casado, quien buscaba una capitulación negociada que nunca tuvo la menor acogida en el eufórico friso de militares franquistas, decididos a consumir el genocidio selectivo que diseñaron cuando su fracasado golpe militar del verano de 1936.

El de Madrid no fue un cerco heroico e intenso que nos hubiera podido legar una sinfonía como la *Séptima* de Shostakóvich, con sus apelaciones a la grandeza –metales y percusión– de lo colectivo. En Madrid, la vetusta artillería hizo más daño que los bombardeos aéreos y afortunadamente las cifras de pérdidas humanas, siendo enormes, no tienen parangón con los aterradores sitios que traería la Segunda Guerra Mundial. Fue un mundo donde el egoísmo, la desconfianza y la delación camparon libremente: los hubo entre vecinos acomodados y porteros «rojos»; entre enchufados y sospechosos, entre propietarios y realojados, y aquello amargó muchas vidas y gestó venganzas y denuncias de largo recorrido. Hubo matanzas indiscriminadas de presos a la vez que, sin embargo, se mantenían juicios ante tribunales mixtos en los que la intervención de abogados sensatos y magistrados de carrera, hizo que no fueran infrecuentes las absoluciones o las condenas leves; las actividades predatorias de las patrullas de los partidos y sindicatos convivieron con las actitudes de magnanimidad de muchos altos funcionarios y con la explícita condena

de otros (y más de una vez acabaron en los tribunales quienes buscaban la justicia por su mano). Y hubo también paradojas... Fue una incauta frase de propaganda del general Mola la que creó el mito de una «quinta columna» que, desde el interior de Madrid, colaboraba con las fuerzas militares del asedio: su imprudencia jactanciosa costó seguramente muchas vidas. Pero, a la vez, la voluntad de resistencia convirtió a un general sin demasiado relieve –José Miaja– y a un pundonoroso y preparado oficial de Estado Mayor –Vicente Rojo– en los artífices de una defensa que preservó la ciudad hasta el final de la contienda, como supo contar con admiración un testigo tan imparcial como Manuel Chaves Nogales. Y no faltaron otros testimonios literarios, no siempre desdeñables, que Castillo ha sabido utilizar con oportunidad: la fantasía sádica del jonsista Tomás Borrás en *Checas de Madrid*, el empalagoso estilo de las novelas de Concha Espina, la infrecuente impavidez de Francisco Camba en *Madridgrado*; el cinismo mezclado a un tono despiadado y desdeñoso que mostró Wenceslao Fernández Flórez en *Una isla en el Mar Rojo*; la truculencia empecinada, tocada alguna vez de rara piedad, que tentó a Pío Baroja en *Miserias de Madrid*; el desparpajo altoburgués de Conchita Carro –tal era el nombre real de la actriz Conchita Montes– en el relato *Paco y las duquesas*, que apareció en *La Novela de Vértice* (1939)... O la sorprendente escenografía expresionista que dejó ver un filme falangista muy olvidado, *Rojo y negro* (1942), de Carlos Arévalo, cuyo rescate debemos a un libro de Vicente Sánchez Biosca.

Todo esto se cita y utiliza en esta *suite* de «un Madrid extraño, hostil para unos y épico para otros», donde nos inspira «vértigo observar el cambio tan radical que se produce en la vida de algunas personas a raíz de la sublevación y en tan solo unas pocas semanas. Y es que la guerra, que es un fenómeno social total que implica a todas las estructuras y afecta a todas las personas, llevó a que la existencia y el modo de pensar de personajes como los que protagonizan esta extraña retaguardia se transformasen radicalmente [...]. Unos pasan de perseguidos a perseguidores y, otros, de mandar a obedecer». Sin duda, esa es la clave que ha fascinado a nuestro Calderón moderno: la sensación de que el destino estaba procediendo a un reparto aleatorio de papeles en la tragedia que acababa de levantar el telón. Alberto Castilla Olavarría había sido falangista y, como tal, fue efímero *quintacolumnista*, pero enseguida logró adquirir poder en el SIM (Servicio de Información Militar) republicano como perseguidor de sus antiguos ami-

gos, pero también como partícipe en el secuestro y desaparición de Andreu Nin, por cuenta de los mandos soviéticos. El ya mencionado Alfonso López de Letona fue guardaespaldas del líder monárquico Antonio Goicoechea y antes, delincuente menor y legionario, una secuencia vital bastante frecuente. En el tercio conoció a Antonio Verardini, de muy parecida trayectoria, y ambos fueron activos informadores de la policía republicana. Cuando muchas embajadas extranjeras empezaron a acoger perseguidos de relieve (en virtud de una interpretación bastante laxa de la inmunidad diplomática), Verardini y López de Letona crearon una inexistente embajada de Siam que fue un cazadero de pobres incautos que confiaron en sus antiguos amigos, quienes les sacaron fuertes sumas de dinero, antes de traicionarlos.

No faltaron personajes de identidades múltiples cuya personalidad real no es fácil dilucidar: Isabel del Castillo fue el nombre que adoptó Cándida del Castillo en sus actividades contra la quinta columna y que, tras oscuras peripecias, logró escapar a Francia. Fue la madre del novelista francés Michel del Castillo (nacido en 1933, de su matrimonio con un aristócrata francés al que abandonó); más tarde, Michel noveló sus amargos recuerdos de infancia y adolescencia en un libro, *Tanguy* (1957), que fue uno de los éxitos de su época: su madre no quedó muy bien parada y uno y otro se desmintieron mutuamente. Regina García había sido socialista antes de la guerra y durante su transcurso trabajó para su correligionario Ángel Pedrero, alto jefe del SIM. Pero, acabada la guerra, se hizo fervorosa apologista del franquismo y escribió unas memorias donde hizo patente su arrepentimiento. No fue el caso de Antonio Bouthelier, figura destacada de la Falange de preguerra y letrado de las Cortes, que pasó la contienda en Madrid donde fue a la vez uno de los dirigentes de la quinta columna y colaborador de la prensa anarquista; acabada la guerra, fue el organizador –junto al escritor Samuel Ros– del pintoresco y descabellado cortejo fúnebre que trasladó los restos de José Antonio Primo de Rivera desde el cementerio de Alicante al Monasterio de El Escorial. A Segundo Serrano Poncela, joven escritor socialista, le marcó el resto de su vida haber sido uno de los responsables del orden público durante los peores momentos del cerco de Madrid; muy pronto, casi todos sus camaradas descargaron sobre sus espaldas la responsabilidad de las sacas de las cárceles madrileñas y los correspondientes fusilamientos masivos. Seguramente tuvieron razón, pero no sirvieron para indultarle ni el valor de sus intensas narraciones del exilio –que

publicó a finales de los cincuenta y primeros sesenta– ni una novela tardía, *La viña de Nabot* (1979), que dio su versión amarga y desolada de la contienda que perdió dos veces: ante sus enemigos y ante sus compañeros.

Pero entre tantas vidas erráticas y tantas miserias humanas también hubo historias de mala sombra injusta y pertinaz. Una es la del policía profesional Lorenzo Aguirre, que siguió en su puesto y llevó a cabo la depuración política del cuerpo en Madrid. Como muchos de los mencionados, fue fusilado en los primeros años de posguerra; en su caso, particularmente malaventurado, tras haber emigrado a Francia y luego regresado a España. Pero Aguirre era también un excelente pintor del paisaje levantino y solo en 1999 una monografía de sus paisanos navarros Camino Paredes y Gregorio Díaz Ereño puso de relieve esta dimensión de su vida. Diferente, aunque también penoso, fue el caso de Lupe Sino, nombre artístico de Antonia Bronchalo Lopesino (apellido del que supo sacar un alias sugestivo), que fue «chica de Chicote», bailarina de cabaret luego y que se casó en 1937 con nuestro ya conocido Antonio Verardini, en una boda de rumbo a la que acudieron el jefe de milicias anarquistas Cipriano Mera y el entonces comandante Segismundo Casado. Acabada la guerra, sobrevivió en Madrid donde llegó a ser la famosa novia del torero Manolete, tan denostada por doña Angustias, madre del diestro, como por la prensa sensacionalista de entonces (una rápida exploración en internet me hace saber que, muerto Manolete, Lupe volvió a México, donde ya había vivido, se casó y se divorció allí y, a la postre, regresó a su país para fallecer en 1959, con poco más de cuarenta años, en un piadoso olvido).

Todas estas vidas erróneas han encontrado un albacea sensible y fiel en Fernando Castillo. Por supuesto, son ya muchos –y todos tienen su lugar en la bibliografía final– los libros que ya han explorado la historia de la violencia en la Guerra Civil. Los hay exculpatorios y condenatorios, virulentos o impávidos, pero *La extraña retaguardia* ha hecho suya la tarea más difícil de ejercer la humana compasión con el recuerdo de los desdeñados. Y de ese modo, quizá anticipa algunas de las páginas de esa *historia moral* de la guerra civil que algún día alguien tendrá que escribir.





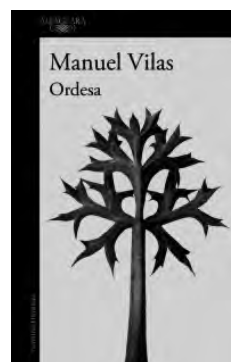
► Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C., 1800

Manuel Vilas

Ordesa

Alfaguara, Madrid, 2018

392 páginas, 18.90 € (ebook 9.99 €)



Los padres y España (o viceversa)

Por SANTOS SANZ VILLANUEVA

Al poco de publicarse, *Ordesa* se había convertido en un fenómeno de recepción positiva inhabitual. La crítica afirmativa, entrevistas innumerables que se interesaban por la expresión descarnada de la intimidad, las glosas que se aproximaban al alcance proyectivo e identificador del libro (magistral la de Miguel Munárriz en *Zenda*), el determinante consejo boca oreja; todo eso se juntó en un bucle que lanzó la novela (o lo que sea) a niveles de difusión raros en un escritor de calidad, de temática tan infrecuente y de forma tan original, como Manuel Vilas, más bien condenado a una amplia minoría de lectores exigentes. El propio Vilas ha manifestado con el lógico contento su sorpresa por tal halagüeño resultado. Que así haya ocurrido responde, sin embargo, al carácter de su obra, una vi-

gorosa exploración del ámbito familiar y del corazón del autor.

Y puestos a elucubrar, quizás haya una razón más que habrá llamado la atención de sus primeros lectores, convertidos en sus propagandistas: muchos estamos fatigados de tanta autoficción artificiosa, de sacar a pasear un yo que carece de alicientes y al que se toma como pretexto para escribir un relato autobiográfico, para tener activa la máquina de escribir. Si esa moda jugaba en contra de Vilas por el fundado temor a encontrarse uno con otra trama privada sin sustancia ni carne, también ha trabajado a su favor al establecer la gran distancia que supone recrear una historia personal con la urgencia de una catarsis. El arranque redondo del relato promete una densidad que luego se cumple: «Ojalá pudiera medirse el

dolor humano con números claros y no con palabras inciertas. Ojalá hubiera una forma de saber cuánto hemos sufrido, y que el dolor tuviera materia y medición. Todo hombre acaba un día u otro enfrentándose a la ingravidez de su paso por el mundo. Hay seres humanos que puede soportarlo, yo nunca lo soportaré».

Ordesa tiene un núcleo motor simple y contundente. La muerte de la madre, años después del todavía flagelante fallecimiento del padre, en coincidencia con la traumática separación de la esposa, deja en Vilas un profundo sentimiento de orfandad. La conciencia se revuelve, se agita y da lugar a un ejercicio de exploración biográfica sin reservas mentales que se muestra en el fluir desorganizado de la memoria, caótico («De mi madre heredé el caos narrativo»), con el carácter aleatorio con que surgen y se encadenan y se enredan los recuerdos. Cete-nar y medio de breves secuencias acogen al modo de instantáneas dispersas el cúmulo de vivencias del autor, que remata con un puñado de poemas, epílogo donde sintetiza las pulsiones fundamentales de la rememoración, «la familia y la Historia», aunque quizás habría sido más certero el rótulo «la familia y España».

La rememoración vital de Vilas reconstruye el círculo familiar, los padres sobre todo, también los hijos, en un clásico enlace generacional, y también en medida menor la mujer; el objetivo se cifra en desmenuzar la familia, esa «forma de felicidad testada», como la define. Llama la atención, en una literatura tan timorata como la nuestra, quizás por el peso del catolicismo en la conformación de la identidad nacional, el absoluto impudor con que desnuda su intimidad, y la falta de reservas con que aborda la disección de los suyos y de sí mismo. Ahora

que, desde hace unos años, se han roto en nuestras letras las compuertas que contenían el caudal de las vivencias secretas con un cierto exhibicionismo del yo, también Vilas aporta un punto de vista singular al escapar de la autoflagelación sin que ello suponga esquivar episodios negativos como el alcoholismo. Tampoco hay un ejercicio de autopunición instado por la culpa sino el proceso que lleva a la lucidez, a encontrar un sentido al mundo a partir de una experiencia de tintes dramáticos. La liberación se produce como quien encuentra en la escritura el bálsamo para sus pasadas y superadas enfermedades del alma.

De ahí la verdad de *Ordesa*, que el libro sea necesario para el propio autor y no para hacer literatura. La perentoriedad de la escritura se deduce del objetivo final del autor, que es la muerte. La muerte constituye la revelación del sentido de la vida, de la que Vilas da la imagen de un desmoronamiento progresivo de todas las cosas que solo culmina en «la igualdad en la putrefacción de la carne». *Ordesa* parece evocar por momentos la existencia con aspecto de «oscura desbandada» que imaginó Eça de Queiroz, el «inmenso tropel que marcha oscuramente hacia la nada», una naturaleza inconsciente e impasible, en la exposición terrible del maestro portugués. Así permite afirmar la sentencia inapelable de Vilas: «O ves morir o te ven morir». Pero nuestro autor esquivo esa perspectiva nihilista para plantear una alternativa en cierto modo positiva al reafirmar una mirada amorosa, término inequívoco éste que utiliza una y otra vez, al pasado.

Hay en la rememoración de Vilas una férrea proclama, amorosa, si utilizo su propio término, de las raíces. No constituye una preocupación actual, pero sí era una inquietud

tud de escritores espiritualistas del siglo XIX, de manera muy destacada en Clarín, que fabuló sobre la cadena que enlaza las generaciones hasta remontarse en el tiempo. Quizás Vilas, que ha sido profesor de literatura, haya bebido en esa fuente, aunque lo creo improbable y más bien lo tengo por asunto muy suyo. Como sea, el enraizamiento generacional lleva a superar la restringida dimensión privada del relato hasta elevarlo a un magnitud antropológica, una fotocopia de la condición humana. «Todos somos pobre gente, metidos en el túnel de la existencia», dice en una ocasión, y en otra aclara: «en cualquier vida hay un millón de errores que constituyeron la vida misma».

Esta inquietud suele tener un tratamiento que propende a la abstracción, pero Vilas se aferra a lo concreto. El repaso histórico de su relato se hace sobre datos específicos. Magnífica la idea de constatar la realidad detallando la saga de coches del padre, el inicial Seat 600, con el añadido de la matrícula, B 186.125, o luego el Seat 124 blanco y el Seat 1430 con los que viajaba la representación textil por Cataluña y Aragón, llevando los paños de las «boyantes empresas catalanas / a sordos y oscuros y pobretones sastres / de pueblos atrasados / de la España hosca, medieval y mutilada», según puntualiza en el poema «1980». Datos sociológicos y símbolos. El escenario se precisa en la geografía natal, en las cercanías de Barbastro, con la imagen viva de un lugar, Ordesa, un valle de montaña oscense, de tanto peso biográfico y tan determinante que lo pone como rótulo absoluto del libro. Y el inicio de la rememoración se data con la justa fecha del calendario: «Escribo estas palabras el 9 de mayo de 2015».

La localización remite al otro asunto clave de la remembranza, España, antiguo y

distintivo de la obra de nuestro autor, tanto que su *opera prima* narrativa lleva la palabra como retador título («un acto de osadía» lo calificó Diego Salazar en su reseña en *Letras libres*), y también fecunda su poesía. Señaló el perspicaz Gonzalo Sobejano en un congreso a comienzos de la transición que los recientes narradores españoles tenían el empeño de «desespañizar» sus obras. La tendencia siguió bastante tiempo y tenía plena vigencia cuando Vilas se dio a conocer a comienzos del presente siglo. Lo hizo entre los llamados generación noción o narradores «mutantes», serpiente mediática que unos jóvenes rupturistas aprovecharon para su fortuita promoción, aunque todos renegaran de pertenecer a tendencia alguna. También Vilas se desentendió de la clasificación, incluso con un punto de malhumor. No había en él, en efecto, rasgos de cosmopolitismo o desenraizamiento de la tradición nacional y, justo al contrario, su escritura se filiaba con España, algo obvio tanto en la novela citada como en buena parte de la inmediata posterior, *Aire nuestro*.

España y Vilas (los varios Vilas que hay en él, incluido el Gran Vilas, poliédrica presentación del individuo histórico, un paso más allá del consabido heterónimo) forman un binomio inseparable. Por supuesto que nada tiene que ver su indagación españolizadora con la búsqueda de esencias nacionales a la manera noventayochista. Se trata de la constatación material de un país al que se somete al torcedor de una mirada sarcástica, crítica, inclemente y, no obstante, digno de ser amado y vivido; de hecho no se imagina uno a Vilas viviendo en otro sitio, porque no da pie a suponerlo en un lugar diferente, a pesar de sus largas estancias últimas en Estados Unidos. La españolidad

sentimental de Vilas es compatible con una visión dura, dolorida, realísima y fantasmal, y también elegíaca, melancólica, de huérfano si le faltara semejante sustento terruñero. A la vez que con una trastienda de testimonio que llega también en ocasiones al primer plano de la pura y dura denuncia. Así en la escritura social del poema «Historia de España», solidario de los pobres que, como él y su padre («Pobre fue mi padre / muy pobre, / y el padre de mi padre / y pobre soy yo»), «Nos pasamos la vida / viendo cómo se enriquecían los otros».

La impronta personal de la evocación del escritor oscense parte de una imagería surreal (su imagen ante el espejo en competencia con la de los padres, por ejemplo, pero también otras muchas situaciones de corte alucinatorio) y se perfila hasta hacer su escritura inconfundible con un sistema expresivo que utiliza a fondo el sarcasmo, la hipérbole, la distorsión semántica y numerosos recursos de dicción y de pensamiento.

Se percibe en ella el gusto por la intrínseca creatividad verbal, con vasallaje a la greguería y al conceptismo gracianesco.

El estilo de Vilas anida en la paradoja, pero esta va más allá de la lengua y se convierte en el rasgo definidor del contenido y del pensamiento. «Mi padre nunca me dijo que me quería, mi madre tampoco. Y veo hermosura en eso», dice, por ejemplo. *Ordesa* es una narración dura, en especial por el escalofriante jugueteo con la muerte, amarga, nihilista, y, sin embargo, de un vitalismo contumaz. Duelo y consuelo confraternizan. Y todo ello tiene la virtud, o el mérito, de hablar no de un caso patológico, de una experiencia excepcional, sino de conectar con vivencias de cualquiera, de revivir el desamparo que en algún momento siente todo individuo de nuestra especie. El secreto de esta narración desquiciada está en cómo su autor galvaniza los sentimientos con el justo punto de temperatura emocional.

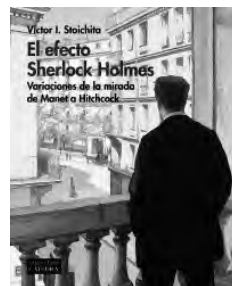
Victor I. Stoichita

El efecto Sherlock Holmes. Variaciones de la mirada

de Manet a Hitchcock

Cátedra, Madrid, 2018

228 páginas, 25.00 €



El efecto Sherlock Holmes Variaciones de la mirada de Manet a Hitchcock

Por JOSÉ MARÍA HERRERA

El Centro Pompidou de París presentó en el año 2001 una exposición titulada «Hitchcock y el arte: coincidencias fatales». Era la primera vez que un gran museo examinaba la cultura artística de un director de cine. Fue, en todos los sentidos, un rotundo éxito. Los organizadores pusieron de manifiesto que Hitchcock era más que un simple aficionado al arte. Aunque no se conocieran por completo las fuentes últimas de su inspiración, su conexión con la historia de la pintura resultó incuestionable. Después de aquello difícilmente nadie podía dudar de que la mansión de *Psicosis* está inspirada en la *Montaña del faro* de Hopper, o que para algunas de las inquietantes imágenes de *Los pájaros* se basó en *Pájaros negros* de Braque, o que el mítico beso de Kim Novak y James Stewart en *Vértigo* remitía al *Duo*

de Magritte. Si algo quedó totalmente claro tras la memorable exposición fue que los grandes cineastas no se mueven al margen de las corrientes artísticas de su época.

Victor I. Stoichita, catedrático de historia del arte de la universidad suiza de Friburgo, no necesitaba visitar la exposición del Louvre para saberlo. Una de las constantes de su carrera ha sido precisamente trabajar en las fronteras entre géneros y actividades artísticas. Su abundante y aclamada obra es la demostración palpable de que pocos terrenos resultan hoy tan fértiles. Este interés vuelve a ponerse de manifiesto en su último libro: *El efecto Sherlock Holmes*. Partiendo de la tesis que había defendido en *Ver y no ver* de que con el impresionismo tuvo lugar el tránsito de la concepción renacentista de la imagen como «ventana abierta» a

la concepción moderna de la imagen como «pantalla», Stoichita analiza la tensión que se apodera de la mirada moderna desde que Manet y sus contemporáneos se propusieron introducir en pintura la intriga visual al margen del contenido narrativo de los cuadros, y la manera en que el cine de mediados del siglo xx, inspirándose en el esfuerzo de aquellos artistas, logró pasar de la pura presentación de imágenes a su cuestionamiento.

Para los lectores del historiador rumano, no es ninguna sorpresa que aborde el problema de la mirada. Aparte el libro mencionado, *Ver y no ver*, otras obras suyas, *La invención del cuadro* o *La imagen del otro*, por ejemplo, se habían acercado más o menos expresamente a la cuestión. Él mismo ha descrito en ocasiones su proyecto intelectual como un esfuerzo por abrir la historia del arte a una antropología histórica de la imagen y nuestra relación con ella. *El efecto Sherlock Holmes*, centrándose en dos temas fundamentales, la dificultad de mirar y las limitaciones de la representación, prosigue en esta línea investigadora. Su punto de partida es el reconocimiento de que el tránsito de la imagen como ventana abierta a la imagen como pantalla generó graves problemas a un arte que durante siglos había trabajado con el propósito de mantener la ilusión de la objetividad. Si la fotografía y el cine satisfacían mejor que la pintura figurativa el viejo deseo de representar la realidad, no quedaba otro remedio que buscar nuevas alternativas para interesar al espectador. En esta encrucijada surge precisamente el problema de la dificultad de mirar, que Stoichita abordará en los tres primeros capítulos del libro. Partiendo del análisis de algunas obras de Manet, Morisot, Caillebotte o Degas, va mostrando de qué forma di-

cha dificultad, fruto de la deliberada presencia de un obstáculo, o del uso de un filtro (un estor, una ventana empañada, las rejas de un balcón ...) o debido a un complejo juego de puntos de vista, sirvió para convertir los cuadros en enigmas visuales puros independientemente de lo narrado en ellos y, de este modo, entablar con el espectador un diálogo distinto, más complejo y exigente que el tradicional.

Aunque la investigación tiene sentido por sí sola, resulta evidente su carácter preparatorio con relación a la segunda parte del libro. A fin de cuentas, se trata de descubrir las conexiones existentes entre las especulaciones estéticas de los pintores y la actividad de los cineastas. Las películas escogidas para ilustrar tales conexiones son *La ventana indiscreta*, *Atrapa a un ladrón* de Hitchcock y *Blow-up (Deseo de una mañana de verano)* de Antonioni. A cada una de ellas se le dedica un capítulo. El primero (cuarto del libro) tiene por objeto *La ventana indiscreta*, un film de los llamados de culto sobre el que, a pesar de haberse escrito montones de páginas, Stoichita tiene mucho que aportar. Ya hemos comentado que los pintores modernos se vieron obligados a complicar sus cuadros para competir con la fotografía. Algunos llegaron incluso a adoptar ciertas posibilidades aprendidas de ella. Degas, por ejemplo, fue un maestro en la representación de perspectivas insólitas. Del mismo modo que el fotógrafo capta una escena al azar, su pintura se caracteriza frecuentemente por lo extravagante de su punto de vista. Es la posición del *voyeur*, del observador situado donde no se lo espera, tan importante en *La ventana indiscreta* y *Blow-up*. En estas dos películas la acción se desarrolla de forma que la clave está en el magistral equilibrio que consiguen

sus directores entre lo que podemos ver y lo que no.

Interesado por comprobar en qué medida pervive en *La ventana indiscreta* la tradición del espectáculo óptico que el cine heredó de la vieja pintura, Stoichita concentra su atención en tres factores: los dispositivos ópticos utilizados en el film (ventanas, estores, agujeros, teleobjetivos, etcétera) y que él relaciona con las cajas de perspectiva usadas por Durero o las instalaciones estilo *Étant donnés* de Duchamp; las relaciones existentes entre voyerismo, erotismo y delito, campo en el que Hitchcock fue un verdadero maestro; y finalmente, la irónica utilización que hizo el británico del cartel publicitario formado de palabras e imágenes y de las ediciones populares de novela policiaca. Todo en la investigación resulta sumamente interesante. El conocimiento que el autor posee de la historia de la pintura le permite encontrar conexiones realmente significativas que nos hacen comprender hasta qué punto la tradición obra sobre nosotros sin ser conscientes de ello. La selección del material no es sólo acertada desde el punto de vista demostrativo, sino también estéticamente. Entre las aportaciones iconográficas más atractivas sobresale, a mi juicio, una de las obras de las que se sirve para ilustrar la moderación victoriana de Hitchcock al abordar la intimidad erótica: el cuadro de Jacopo de Barbari, *Retrato de un hombre*. La particularidad de esta obra, muy poco conocida, es que está pintada por ambas caras y que la escena que se mantiene oculta constituye un ejemplo notable de voyerismo cuyo significado último, sin embargo, el autor no consigue determinar. La pintura, propiedad de la Gemäldegalerie de Berlín, debería ocupar un lugar principal en la historia del arte erótico no sólo por su an-

tigüedad, sino también por la rara calidad de sus símbolos.

No faltan tampoco en este capítulo referencias a Hopper, Sherlock Holmes y el folletín por entregas. Stoichita sostiene que, así como la esencia del folletín ilustrado es la disposición de las páginas, la esencia del cine es el montaje. Su tesis es que Hitchcock lanza constantes guiños en *La ventana indiscreta* a la antigua iconografía de Sherlock Holmes, particularmente a las versiones ilustradas por Sidney Paget para *Stand Magazine*. El lector comprobará que sus argumentos son difíciles de rebatir, aunque a uno siempre le queda la duda de si no sería posible encontrar de la misma manera otras influencias.

El siguiente capítulo, más ambicioso desde el punto de vista teórico, se dedica de nuevo al director británico, concretamente a la película *Alarma en el expreso*. La investigación parte del juego entre imagen fija e imagen móvil, para el autor el principal mérito del film, y se desarrolla a partir de una sutil investigación sobre la iconografía de la magia y el uso de la ventana como lugar de la intriga y su solución, una de las viejas obsesiones de Hitchcock. El héroe cinematográfico, a diferencia del héroe literario, trabaja con la mirada. Todos sus descubrimientos son fruto no de una compleja argumentación racional, sino de una alianza entre visión e interpretación. Como escribe el autor: «el ejercicio intelectual de la detección (intelectual hasta el punto de convertirse, en el caso paradigmático de Sherlock Holmes, en conmovedor) se transforma en la película, en ejercicio visual». Las referencias a Magritte y de Chirico, algunos de cuyos cuadros encuentra en varios planos fijos de la película de Hitchcock, resultan ciertamente brillantes.

En el último capítulo, Stoichita muestra las estructuras conceptuales sobre las que reposa la filmografía de Antonioni, un autor acusado a menudo de intelectualismo. Para ello se sirve de un film relacionado con las dos películas ya comentadas, pero que va mucho más allá de ellas: *Blow-up*. El protagonista, un fotógrafo que ha presenciado inadvertidamente un crimen, busca entre sus fotos alguna pista que permita dar con el arma del asesino y la encuentra, pero después de renunciar a la mera e inocente contemplación de la imagen y aproximarse, mediante sucesivas ampliaciones, a sus pliegues y repliegues más profundos. Stoichita relaciona todo este proceso de descomposición de la imagen en busca de lo que se oculta tras ella con dos textos clásicos, el *De pictura* de Alberti, y *Micrographia* de Robert Hooke, y llega a una conclusión que justifica su hipótesis de que Antonioni se había propuesto de alguna manera «un cine abstracto»: la de que para que el fotógrafo logre su objetivo, ver la pistola del asesino, debe «deconstruir» la imagen hasta hacerla desaparecer en el grano de la película. «Sabemos que debajo de la imagen revelada hay otra mucho más fiel a la realidad, y que, debajo de esta, hay

todavía otra, y de nuevo, otra bajo esta nueva, hasta la verdadera imagen de esta realidad absoluta, misteriosa, que nadie verá jamás». Estas palabras de Antonioni las conecta el autor con los versos del «Canto de Ariel» en *La Tempestad* de Shakespeare cuyo inicio da título a una de las obras más conocidas de Jackson Pollock, *Full Fathom Five*. Algunas escenas de *Blow-up* demuestran que esa conexión es más que una coincidencia casual. *Blow-up* es una película sobre la crisis de la representación. La saturación de signos lleva a una irremediable pérdida de significado. Que Antonioni tenga presente a Pollock (pero no sólo a él, también a Mark Tobey y quizá a Frenhofer, el viejo pintor protagonista de *La obra de arte desconocida* de Balzac, al que Stoichita no menciona), pone de manifiesto las estrechas relaciones que hay entre pintura, fotografía y cine. Si Hitchcock concibió la pantalla cinematográfica como algo parecido a una ventana albertiana, el modo en que la vio Antonioni se trata de un lienzo cuyo desciframiento compete al espectador. En fin, un camino lleno de sorprendentes coincidencias y extraordinarias sorpresas que apasionará a los amantes del cine y del arte.

Eduardo Lago

Walt Whitman ya no vive aquí. Ensayos sobre literatura norteamericana

Sexto Piso, Madrid, 2018

324 páginas, 21.90 €



Contra la pereza

Por HUGO ABBATI

Bob Dylan, premiado con el Nobel de Literatura, supo popularizar, ayudado por su guitarra, aquello de que los tiempos estaban cambiando. Era el año 1964 y, efectivamente, los tiempos estaban cambiando. Al menos en el ámbito de la novela norteamericana, que comenzaba a transitar caminos no convencionales, nuevas formas que cuestionaban el modelo realista imperante.

Eduardo Lago, escritor y docente de literatura en Nueva York por más de treinta años, aborda la cuestión en su necesario e importante *Walt Whitman ya no vive aquí*, cuyo subtítulo define el tema: *ensayos sobre literatura norteamericana*. Como Lago se desempeña, también, como periodista cultural, ha tenido la oportunidad de entrevistar a muchos de los escritores que men-

ciona. Se encuentra, por lo tanto, en una situación ideal para abordar el tema.

La primera parte del libro es la que contiene los ensayos y, por ello, la más interesante desde el punto de vista del abordaje analítico e historiográfico; la segunda parte centra su interés en la ciudad de Nueva York, aquí la escritura abandona su rigor crítico y la lectura se distiende, y emerge, por lo tanto, la propia literatura del autor.

Como si fuera una declaración de intenciones, el libro se abre con una entrevista, hasta entonces inédita, a David Foster Wallace, y se cierra con otra a John Barth, dos de los escritores que pertenecen al «arco iris de la dificultad», feliz expresión del mismo Lago que parafrasea el título de la obra magna de Thomas Pynchon, *El arco iris de la gravedad*.

El autor toma partido por la dificultad; enfrente, el realismo y su poderosa historia. Esta confrontación recorre gran parte del libro y late por debajo de las obras y los escritores que el autor analiza sin (afortunadamente) rigor académico, sino como simple y avezado lector. Lago pone sus gustos sobre la mesa, de modo que se puede disentir con él, dialogar críticamente con sus textos. De hecho, él mismo muestra, por momentos, ciertas dudas respecto a obras que, respetando el modelo realista, alcanzan la excelencia de la gran literatura, valoración difícil de justificar pero intuitivamente accesible. El autor no elude la dificultad.

Los reconocimientos es una novela de William Gaddis editada en el año 1955, mil páginas de innovaciones de todo tipo que estalla en soledad, y que será recuperada muchos años después para señalarla como la obra que dio el pistoletazo de salida de ese movimiento del que se ocupa Eduardo Lago. Vaya como anécdota que en el año 1995 la editorial Alfaguara edita la novela en España, y al poco tiempo se la podía encontrar en librerías de lance por un precio ridículo, así el pobre Gaddis debió repetir en esta tierra lo que ya le había acontecido en la propia. Y también aquí vivió su propia resurrección a través de una nueva edición de la obra en el año 2015. De modo que se puede afirmar que las verdaderas innovaciones confunden, incluso, a la mercadotecnia editorial.

Los reconocimientos, junto con *El arco iris de la gravedad* (1973) y *La broma infinita* (1996) de Foster Wallace, constituyen para el autor los hitos más relevantes de la llamada, según él mismo propone, «escuela de la dificultad». De los tres, es Gaddis el que volverá a resucitar como eje de un debate teórico que le sirve para desarrollar

la confrontación que en verdad le interesa: tradición o renovación, o mimesis o vanguardia, o realismo versus posmodernidad, o, forzando los términos, arte frente a entretenimiento. Esta dicotomía lo lleva a crear el concepto de «doble hélice», donde una de ellas será, precisamente, la dificultad, y la otra esa literatura convencional que tiene como misión «representar la vida». La dificultad, por el contrario, será consciente del carácter ficcional que subyace a todo texto literario. En el fondo, se trata de cuestionar el pacto lenguaje-realidad que el realismo establece como algo que viene desde el origen de los tiempos. En medio de estos extremos, una casi infinita variedad de grises que Lago asumirá con honestidad: reconocerá la calidad de los textos por encima de sus innovaciones formales. El debate, que centra esta cuestión, surge entre dos escritores muy significativos: Jonathan Franzen y David Foster Wallace que, además, eran amigos, y lo fueron hasta la muerte de Wallace. Nos detendremos en este debate porque permite desarrollar las inquietudes que el libro pone sobre la mesa.

Todo comienza con un artículo de Franzen publicado en el año 2002 y cuyo título evita todo equívoco: *William Gaddis y el problema de los libros duros de leer*, publicado posteriormente con el título, aún más ácido, de *Cómo estar solo*, soledad que se debe atribuir a Gaddis, no a Franzen. En él, Franzen, que devendría autor de superventas (no al modo de Dan Brown, sino preservando su calidad literaria), cuestiona que el escritor de ficción deba poner las cosas difíciles («el lector es un amigo, no un contrincante o un espectador», dice). Dificultad que alejará al lector puesto que no tendrá modelos que le permitan identificarse con lo que el texto narra, asunto que, parece, se logra con la

creación de personajes sólidos, pinceladas realistas de tipo social, descripciones psicológicas fuertes, o sea: tema, estructura y caracteres. Al fondo, Tolstói, Balzac y Dickens sonriendo por encima de los tiempos. Wallace se opone a esto y, al oponerse, pone en el centro del debate la pregunta que en verdad importa: ¿qué literatura para estos tiempos? Franzen, inteligentemente, funda sus argumentos, precisamente, en los tiempos que corren. La tecnología, la pantalla omnipresente, la aceleración de la vida, etcétera, atentan contra la lectura de la novela tal cual la conocíamos, mucho más, por lo tanto, con aquella de ánimo experimental. El modelo realista tradicional ofrece la oportunidad de volver a conectar con el lector y hacer de la literatura algo que abra nuevos caminos en el arduo proceso de la construcción de uno mismo. Pero, ¿es así? Foster Wallace responde que la innovación inquieta y renueva al lector; en lugar de ofrecer consuelo emocional y confort metafísico, la dificultad lo lleva a terrenos inexplorados, un nuevo modo de confrontarse a sí mismo, que no otra cosa debiera ser el arte. Lago comparte este criterio, de modo que relaciona a los autores cobijados bajo el amplio paraguas realista como aquellos más próximos a los intereses del mercado, más susceptibles a ceder a las presiones de los grupos editoriales, más dispuestos a ser guiados por las modas. Literatura vacacional, entretenida, para pasar el rato. La inteligencia crítica del autor hace que advierta que este esquema, parcialmente cierto pero de trazo grueso, no puede dar cuenta de todas las posibilidades de la escritura en el marco de una sociedad tecnocapitalista altamente desarrollada. De hecho, el mismo Foster Wallace se define como «un realista con minúsculas». Descifrar esas minúscu-

las es parte de la tarea que Eduardo Lago se plantea. Los términos del debate son, por lo demás, una nueva versión de un asunto de viejo cuño. Valga como ejemplo aquello que el tradicional E. M. Forster, popular novelista inglés, decía a su amigo Lowes Dickinson a comienzos del siglo xx a través de una carta: «Todo lo que escribo es, para mí, sentimental. Si un libro no deja a la gente feliz o mejor de como estaba antes, si no añade un tesoro permanente al mundo, no vale la pena escribirlo... Ésta es mi "teoría", y afirmo que es sentimental; en todo caso, no es la de Flaubert. ¿Cómo pudo machacarse así para escribir "Un coeur simple"?» (citado por Zadie Smith). Machacarse, o no, es la clave de la reflexión del novelista inglés.

Queda al libre arbitrio del lector poner a Franzen y a Wallace del lado de Forster o de Flaubert. No parece difícil. Podemos concluir, entonces, que este debate no se resuelve, o se resuelve en el momento en que uno toma partido y el diálogo se interrumpe.

Muchas obras y autores desfilan en el libro. Enumerarlos sería impropio de este trabajo. Pero sí señalar que, al necesario orden clasificatorio y a la jerarquización de las obras según criterio del autor, se ofrecen también los límites que se muestran a la hora de pescar con la red de la crítica la innumerable variedad de peces que las aguas literarias contienen. Lago se esfuerza con criterio en separar la paja de la escritura del trigo literario a través de la agrupación de autores según su significación para la historia de la literatura. Así, establece grupos afines en su afán renovador, pero con disímiles recursos y diferentes estrategias narrativas. También ofrece un panorama de la literatura estadounidense lo suficientemente amplio como para rastrear a aquellos autores que, en su momento y antes de sumarse al

canon, fueron, a su manera, renovadores. Aquí es inevitable la cita de James Joyce, a pesar de su condición de irlandés, y de Vladimir Nabokov, a pesar de su condición de ruso, aunque tampoco faltan el Melville de Moby Dick ni la escurridiza poeta Emily Dickinson. A medida que la lectura avanza, los textos y autores se multiplican expresando la complejidad inherente a la propia literatura. Muchas obras caen bajo la inquisitiva lupa del autor, y aquí se agradece la implicación del Lago que expone, con claridad, sus propios gustos. En el límite del análisis, siempre se impone el criterio de la calidad, precisamente lo más difícil de definir, puesto que siempre estará impregnado de subjetividad, un fenómeno este, el de la subjetividad, inseparable de la literatura. El mismo Lago lo expresa a través de uno de sus comentarios sobre la obra de Thomas Pynchon: «La parte de la obra de Pynchon que esté destinada a perdurar lo hará no por el grado de innovación ni por la radicalidad de sus planteamientos sino por su valor artístico», y un poco después «el talento artístico individual pesa más que ninguno de esos factores (se refiere a cuestiones ideológicas) y a la postre es lo único que cuenta». Estas frases reconfortan porque, más

allá de las diferencias de apreciación que uno pueda tener con el autor, certifican que Eduardo Lago es, ante todo, y como gustaba decir a Borges, un lector, y como todo verdadero lector, ante la insondable belleza de la gran literatura uno no puede más que callar, o balbucear cosas como «la insondable belleza» (cuestión de profundidad) o «la gran literatura» (cuestión de tamaño). Paraphraseando al gran Raymond Carver, Eduardo Lago se pregunta: ¿de qué hablamos cuando hablamos de literatura? Pues eso, de qué hablamos. El misterio continúa (y damos gracias por ello).

CODA. En las laboriosas y útiles listas que Eduardo Lago deja al final de su libro como guía de lecturas, en las que nombra las obras a su juicio más significativas según el año de publicación, el año 1964, año en el que el todavía no Nobel Bob Dylan graba *Los tiempos están cambiando*, permanece vacío. Difícilmente se le hubiera ocurrido incluir allí *The times are changing*, puesto que eso, naturalmente, no es literatura. Es un síntoma. Y todo síntoma traiciona la enfermedad que lo hace posible, porque la torna visible. El libro de Eduardo Lago forma parte del arsenal terapéutico contra esa ubi-cua, corrosiva enfermedad.

Álvaro García

El tenista argentino

XLIX Premio Internacional de Novela Corta Ciudad de Barbastro

Pre-Textos, Valencia, 2018

196 páginas, 15.00 €



Al escribir y amar somos inmunes

Por JUAN ÁNGEL JURISTO

En *Ser sin sitio*, poemario publicado en 2014, hallamos un soneto, «Muerte», donde leemos: «Noche final, si al fin tengo que verte, / sé una duelista noble y dame el sable / con el que en nuestro duelo inevitable / no esté dejado yo sólo a mi suerte. // Si la naturaleza no subvierte / su orden por más lucha que se entable, / déjame por lo menos la improbable / ocasión de intentar matar mi muerte. // Mientras me agujereas el jersey, / con el aroma aún del largo abrazo / que tú reducirás a signo puro, // sólo se negará a tu única ley / la intemporalidad a la que emplazo / amando hacia el pasado y el futuro».

Su autor, Álvaro García (Málaga, 1965), es uno de los poetas españoles más destacados de su generación. Traductor excelente del inglés, a él se deben justas versio-

nes de poetas como T. S. Eliot, W. H. Auden –estupenda la traducción de *Otro tiempo*–, Philip Larkin, Lawrence Ferlinghetti, o Edward Lear.

Su ensayo *Poesía sin estatua*, publicado en 2005, fue un texto muy celebrado en su momento y representa algo importante para la poética de ciertas generaciones más jóvenes de poetas que han tomado ejemplo de lo que allí se dice: un trabajo de apenas doscientas páginas donde Álvaro García parece asumir esa definición que de su poesía hizo Juan Carlos Suñén cuando reseñó el poemario *Intemperie*, 1995, al calificarle de «poeta con pensamiento». En realidad, y como cabe imaginar, el ensayo es una proyección de su poética a través del ejemplo de otros poetas. Para Álvaro García la estatua, aquí, representa la muleta con la que

el poema pretende objetivizarse malamente y así exigir la mirada de los otros. Por el contrario, el poema debe ocupar el lugar del sitio abandonado por la estatua, hacerse esencial, interior, descubrir el mundo y no contar la vida... Por lo que, en cierto modo, el poema debe imitar el movimiento propio de la vida, no dejarse confundir con el ritmo de ésta y llegar a ese nadie, como gustaba tanto designarse Odiseo. Es decir, entramos de lleno en el entramado de la Modernidad: Baudelaire, Flaubert, Eliot, Valery Larbaud, Fernando Pessoa..., que para nuestro autor perfila una poesía del movimiento que en su caso cumple en dos poemarios, *Caída* y *El río de agua*. Este ensayo, además, servía para resaltar la obra de algunos poetas poco propagados en nuestro país, como Charles Olson, Ferlinghetti, el Pound anterior a los *Cantos*, Hofmannsthal, Louis Zukofsky... Tenía el coraje de citar a la misma altura a escritores como Coseriu o Chesterton y, de paso, referirse apenas a autores centrales en este tipo de materia, caso de Ludwig Wittgenstein. Es probable que ese juego sea parte didáctica de lo que para Álvaro García es condición esencial del arte, en esto muy de acuerdo con Jorge Guillén, es decir, el artificio. Aseveración que es fácil de ser debatida y removida en sus cimientos, por lo menos, porque justamente hay ejemplos varios y muy variados de escritos y escritores que carecen de esa voluntad de artificio y que, sin embargo, poseen una enorme intensidad literaria. Algo que se muestra transparente en el género de los diarios: por poner un ejemplo, frente al artificio de los de André Gide, que siempre los escribía mirando de reojo a la galería, de hecho el día del desembarco de los aliados en Normandía apunta ese hecho en una sola línea mientras se explaya a continuación en lecturas

que hace y que nos aportan poco hoy día, nos topamos con *Tormentas de acero*, de Ernst Jünger, una narración que en el fondo es un diario de guerra, escritas deprisa y corriendo entre las trincheras y el barro en el frente del norte francés y que, para el propio Gide que lo cuenta en su *Diario*, es el mejor libro de guerra escrito en nuestro tiempo. Se pueden poner tantos ejemplos de este lado como del otro, pero, ya digo, lo importante de este hermoso ensayo de Álvaro García es que nos define su poética. Y eso es lo relevante para lo que nos mueve en estas líneas. Retengamos la cosa: artificio.

Álvaro García, pues, ha cultivado casi en exclusiva, si restamos este ensayo que es complementario de su obra, el género poético: desde *La noche junto al árbol*, de 1995, al que siguió la citada *Intemperie* y que se complementa con *Para lo que no existe*, *Caída*, *El río de agua*, *Canción en blanco*, *Ser sin sitio* y *El ciclo de la evaporación*. Una obra que representa una de las experiencias poéticas más importantes de los últimos años en el ámbito de nuestra lengua y de la que convendría destacar *Ser sin sitio*, por su excelencia y por la fascinación que ha despertado en algunos estudiosos. De hecho, en estas páginas de *Cuadernos Hispanoamericanos*, número 775, en la reseña «La perfecta desnudez», Juan Manuel Romero, refiriéndose a este libro, lo calificó en su momento de escrito «en estado de gracia».

El tenista argentino es el título del último libro de Álvaro García y se trata de una novela, su primera novela. La larga introducción hecha para dar cuenta de la misma, donde se incluye un soneto y unas líneas dedicadas a *Poesía sin estatua*, tienen la pretensión de dilucidar parte de esta narración partiendo de dos temas presentes en el soneto, y gran parte de su poesía, y el ensayo,

vale decir, el emplazamiento de la intemporalidad, esto es, la inmersión en la vida, y la descripción de lo vivido al modo de un despojamiento que lleve casi al vacío, ese Nadie odiseico y, por ese mismo hecho, un enfrentarse a la muerte, recurrente en *Ser sin sitio*. Y todo ello echando mano de lo que más fascina a Álvaro García, ese dar vueltas al artificio en torno a la huella dejada por la estatua retirada del pedestal. Intentar hacer algo así en narrativa es casi como una prueba de legendario movimiento de ajedrez. Si sale bien. Vladimir Nabokov lo frecuentaba con frecuencia y consiguió cumbres, como *Pálido Fuego*. Vayamos ahora con *El tenista argentino*.

La historia trata de la relación amorosa del protagonista con Daniela, mujer de Player, el tenista argentino que sigue estando, hace diez años que había muerto, sin estar a través de vestigios inexorables, como el negocio que en la Costa del Sol le dejó a ella, un negocio de tenis donde asisten iraníes, a quienes se les tiene prohibido después de la revolución ese juego: «Mi relación con Daniela fracasaría a los cuatro meses de amor hasta los límites de mi propia tumba, según contaré. Nunca como con ella he sentido que mi vida podía confiarse. Quizá por eso ella, con quién hablé mucho más que con nadie acerca de mi proyecto, es para mí no ya argumento sino motor del hecho de contar, contar aquí. Esta historia es sobre ella y como ella y por ella». Neurobiólogo, investiga sobre el miedo, comenzando por la observación de la razón de que los perros, que antes hacían el ejercicio fallido de querer enterrar los excrementos batiendo las patas traseras, poco a poco han dejado de hacerlo desde que sus dueños los recogen: «Con perros y ratones supimos que ajustar eléctricamente serotonina y dopamina era aba-

tir el miedo que se instala de por vida, tan sin necesidad como antes, milenariamente. Nadie consideraba, sin embargo, el miedo a la vida una enfermedad suficiente. La humanidad se recreaba en su grumo». Y, ahora, sí, ofreciéndonos, quizá, una de las llaves con las que abrir cierto significado de esta novela: «Algún día se iba a ver como evidente, yo estaba tan seguro, el camino neuronal al fluir de la vida sin trauma y no digamos a la expresión desasida, algo que llevaba siglos conseguido en la música y la pintura, en casi todo arte, y avance que seguía siendo inviable en historias como las que os cuento». Expresión desasida...

El protagonista actúa como bioneurólogo, en principio, como lo opuesto a ese personaje de *Bullet Park*, de John Cheever, el abuelo de Marietta, el químico de intuiciones alquímicas, que creía en el concepto del hombre como microcosmos que contiene en su interior todas las partes del universo y, por tanto, pensaba que la cosa no funcionaba sólo para la fabricación de perfumes, sino que afectaba al carácter mismo de los hombres. Pero sólo en principio, pues a pesar de que su modo de enfrentarse con los relatos de claro contenido mixtificador es dinamitado por su carácter decididamente cínico: «En el patio el compañero de Filosofía, Herrera, nos explicó una tarde que las universidades funcionaban desde que medio mundo se había empeñado un día en razonar la existencia de Dios y se habían dedicado centros de piedra a eso», lo cierto es que según avanza la novela y la relación con Daniela, que en la práctica es lo mismo, esa química casi alquímica comienza a metérsenos por los ojos y en realidad casi podríamos decir que *El tenista argentino* participa de cierta actitud visionaria, sólo que al revés, al modo de un vaciado.

Tengo cierta obsesión por detectar buena prosa en las relaciones eróticas en nuestro idioma, desasistido, por ejemplo, de esa envidiable facilidad de que gozan los escritores franceses, deudos de una rica tradición que se remonta a Rabelais y llega a Michel Houellebecq, por poner un caso reciente en su obra *La posibilidad de una isla*, facilidad de la que incluso presumen autores de clara segunda fila, tal Claude Joseph Dorat y su celebrada obra, en su momento, *Los sacrificios del amor*, escrita al modo de *Las amistades peligrosas*. Tengo que decir que *El tenista argentino* es modelo de equilibrio pues a pesar de que a veces la relación parece tórrida, no sólo con Daniela sino con Finlandia, su gemela, las descripciones, que en esta novela podían ser claramente elusivas sin problema alguno, son abordadas directamente y de estilo tan claro que sobra, por estar a años luz, de la cursilería con que se suele abordar la cosa, igual equidistancia de la otra manera, la pornográfica o profusamente gore, de que se hace gala en la más reciente narrativa española. Sabemos, por ejemplo, que aquí hay sodomía porque se dice sodomía y punto, o que Daniela le relajaba por la inteligencia que revelaba el tener y saber ganar dinero, pero lo que le enamoraba sobre

todo era cómo hacía el pino en bragas. La vida misma.

La novela parece una fábula y a pesar de ese artificio consistente en desmontar estatuas que en el fondo distraen de lo que nunca nos debe ser distraído, lo cierto es que la atmósfera que nos describe, ese Londres donde anidan en cierto momento, la Costa del Sol donde los iraníes se dedican a los amores febriles porque en su país les tiene prohibido jugar al tenis, «busqué revistas de tenis que tenían las grapas oxidadas», es exacto y goza de una peculiaridad de escalpelo casi científico. El autor es poseedor de un lenguaje tremendamente ajustado a lo que quiere decir y es tan sabio en ciertas apreciaciones que desde el principio mismo de la narración nos deja claro que nunca osará introducir venenoso lirismo en una novela. Se lo agradecemos, aquí no hay lirismo sino poesía en el sentido que le otorgaba Octavio Paz en *El arco y la lira* cuando afirmaba que D. H. Lawrence y William Faulkner eran grandes poetas de su época y que son los únicos que se muestran fecundos porque atienden a criterios que no se detienen en las apariencias. En este sentido, *El tenista argentino* es una notable novela escrita por un poeta más que notable. En cierta manera una dádiva.

Jaime Siles

Galería de rara antigüedad

XXVIII Premio Poesía Jaime Gil de Biedma

Visor, Madrid, 2018

50 páginas, 12.00 €



En tres palabras

Por GUILLERMO CARNERO

Entre los muchos indicios reveladores de la inanidad de buena parte del arte contemporáneo destaca la enorme cantidad de obras que se rotulan *Sin título*. Renuncian así a la entidad de lo individual y lo significativo, y manifiestan su vocación de mediocridad y su pertenencia, en el mejor de los casos, al ámbito de las artes decorativas. Porque si una obra existe legítimamente es porque significa, al haber sido concebida y compuesta para dar expresión a un pensamiento ético o estético que su autor ha considerado digno de ser formulado y comunicado. Y la proa y la enseña de ese significado, cuando existe, es un título que debe ser su esencia y el acicate de su descubrimiento. El título de este reciente libro de Jaime Siles nos revela, en sus tres palabras, una historia personal, una definición de la contemporanei-

dad y un proyecto de estar en ella, con una hisopada de ironía acerca de la viabilidad y el alcance de ese proyecto.

La palabra «galería» puede aplicarse a cualquier museo, pero suele designar específicamente una colección de arte, privada al menos en origen, expuesta para ser disfrutada y mostrada en un conjunto de salas destinadas a ese propósito en un edificio palaciego: la galería Doria Pamphili de Roma, por ejemplo. Así pues, Siles nos propone en este libro recorrer en su compañía un museo ideal cuyo custodio se siente, en el que aprendió a conocer y apreciar la literatura de la Antigüedad clásica, que ha sido siempre para él tanto la materia de su actividad profesional como el instrumento y la música de su iniciación a la poesía y de buena parte de su práctica.

«Antigüedad», en efecto, ya que los referentes de esa vocación y esa práctica corresponden a los orígenes griegos de la cultura europea occidental, una cultura que debería ser definida ante todo con el calificativo de grecolatina, lo que fue mucho antes y mejor que «cristiana», a menos que queramos señalar que se distingue de otras en el mundo de hoy por haber erradicado la intolerancia, la persecución, la teocracia y el desprecio de los derechos humanos fundamentales.

¿Y por qué «rara»? Este adjetivo introduce, si no me equivoco, el punto de ironía que antes mencioné. En esta galería aparecen auténticos raros como Antístenes, Aristón de Quíos, Calístenes o Epiménides, pero ante todo Diógenes Laercio, Hesíodo, Jenofonte, Píndaro, Platón, Plutarco o Teofrasto, figuras de primera fila presididas por Homero. ¿Dónde está aquí la rareza, tratándose de clásicos de marca mayor? Siles, que por su condición de filólogo clásico convive a diario con ellos, no puede considerarlos raros. La rareza, si la hay en ellos, es el reverso de la ignorancia de nuestra época, que hiera la predilección del coleccionista amante del mundo griego; es sabido que hace siglos se impuso en Europa, como una injustificable lacra, la conocida fórmula *graecum est, non legitur* («es griego, no hay que leerlo»), como si fuera posible abarcar el mundo griego a través de la versión que de él dio la latinidad, y como si ella misma no hubiera, a su vez, pasado por el cedazo del doctrinarismo medieval.

A los dieciséis años, nos dice Siles en el poema que abre su colección, leía en griego la *Iliada*, y lo creo, porque el Bachillerato de hace cincuenta años valía más que algunas licenciaturas actuales. Lo mismo recuerda Coleridge en su *Biographia literaria*: que lle-

gó a la universidad sabiendo leer y escribir latín y griego, y hasta un poco de hebreo. Pero, ¿tiene hoy la cultura de la Antigüedad el futuro asegurado, como aventura en sus primeras líneas el prólogo de este libro, «en las mentes de las generaciones sucesivas para las que el pasado es un constante y continuo florecer y fluir»? Lo dudo, aunque Jaime Siles parece creerlo, arropado por el respeto y la atención de sus alumnos. En mi opinión, probablemente el número de vocaciones dirigidas a la filología clásica vaya en descenso, como el de vocaciones religiosas. Probablemente la clasicidad sea el primero de los reductos en sucumbir ante esa nueva y arrolladora subcultura que presume de ser iletrada y que se envanece del caudal de las masas que la siguen y la comparten en la pantalla de los teléfonos y bajo los focos de la televisión basura.

Galería de rara antigüedad tiene algo de réquiem involuntario, de libro jubilar en el que se mezclan las motivaciones y las emociones del profesor universitario que ha sido y es pastor de almas y poeta, y las del poeta que ha sido y es profesor, investigador y editor de textos. Pulsiones todas ellas entrelazadas, que van asomando sucesivamente ante un lector que se querría capaz de entender y compartir cuanto se le ofrece, pero en el que no siempre cabe encontrar los saberes del joven Coleridge, y al que por si acaso hay que allanar el camino llevándolo de mano, como ocurre en la conclusión didáctica de poemas como «Meránides el frigio», «Antístenes el cínico», «Cínicas el locrio» o «Sobre un instante griego».

Muchos de los poemas de la colección tienen –y no ocultan– un aspecto de escolio de lectura erudita, que acaso difumine la emoción esperable en un poema por un lector no tan especializado como este libro re-

quiere; un lector que quizá no advierta que ese enfoque emocional reside aquí, ante todo, en la elección de los referentes evocados y en su predilección por ellos. Porque este libro adopta el gran riesgo que definió Giorgio Agamben cuando, en el ensayo titulado *¿Qué es lo contemporáneo?*, afirmó que se puede ser legítimamente contemporáneo siendo inactual, ya que la inactualidad es una reflexión y un juicio sobre la contemporaneidad inaceptada. Para Agamben, «pertenece en verdad a su tiempo, es en verdad contemporáneo, aquel que no coincide a la perfección con éste ni se adecua a sus pretensiones, y entonces es en ese sentido inactual; pero justamente por esto, a partir de ese alejamiento, de ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aferrar su tiempo». Dicho de otro modo, los contemporáneos no anacrónicos van corriente abajo por el río de su época, pero no consiguen verlo con la agudeza de la mirada de quien otea en la orilla de la disidencia. «Contemporáneo –sigue Agamben– es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no sus luces sino su oscuridad [...] Puede llamarse contemporáneo sólo aquel que no se deja cegar por las luces del siglo, y es capaz de distinguir en

ellas la parte de la sombra, su íntima oscuridad. Contemporáneo es aquel que recibe en pleno rostro el haz de tiniebla que proviene de su tiempo». Contemporaneidad puede ser en los mejores, como lo fue antaño en Nietzsche, «desconexión y desfase».

Cínidas el locrio nos recomienda, como Agamben, «admitir la infinita insuficiencia de la realidad», y «Sofistas y filósofos» es una poética de la metapoesía que nos aconseja desconfiar tanto de esa realidad como del lenguaje en el que hemos de depositar nuestra desconfianza, porque el lenguaje forma parte de la realidad, y no somos capaces de pensar el mundo ni diferenciar los seres que lo forman sin las palabras que nos lo entregan aparentemente, como peligrosos perros asilvestrados. Los personajes de la *Ilíada*, nos dice el primer poema de esta *Galería*, no mueren, pero nosotros sí. Como codicilo podríamos añadir que nosotros sí, desde luego, a menos que escribamos sobre ellos, o al modo en que ellos fueron escritos. Pero inmediatamente la contemporaneidad no inactual nos corrige: así será siempre que haya alguien para leer lo uno y lo otro. Yo, a orillas del tiempo presente, no veo oráculo que lo profetice, sino una gran tiniebla. Jaime Siles es más optimista o más prudente.

Stuart Jeffries

Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt

Turner, Madrid, 2018

484 páginas, 29.90 € (ebook 12.99 €)



En la cuerda floja

Por JOSÉ ANTONIO GARCÍA SIMÓN

«Una parte considerable de la intelligentsia alemana, incluyendo a Adorno, se ha hospedado en el Gran Hotel Abismo [...] un hermoso hotel equipado con toda clase de lujos, al borde de un abismo, de la vacuidad, del absurdo. Y la contemplación diaria del abismo, entre excelentes comidas y divertimentos artísticos, sólo puede sublimar el disfrute de las sutiles comodidades ofrecidas».

Este zarpazo, soltado por el teórico marxista György Luckács en un prefacio a su célebre *Teoría de la novela*, sirve de hilo conductor a *Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt* del crítico británico Stuart Jeffries.

La escuela de Frankfurt es una de las constelaciones más influyentes en el pensamiento occidental del siglo xx. En su ámbito gravitan figuras como Walter Benjamin,

Theodor Adorno, Max Horkheimer, Friedrich Pollock, Franz Neumann, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Jürgen Habermas, que, mediante la actualización o ampliación de ciertas facetas del marxismo, arrojaron una nueva luz sobre las mutaciones del capitalismo, esbozando o desarrollando nociones como, por ejemplo, industria cultural o sociedad de consumo.

No obstante, la decisión de Jeffries de trazar una biografía coral se atiene a la peculiaridad que aglutinaba a la mayoría de los miembros fundadores de esta escuela, quienes procedían de prósperas familias de judíos asimilados que «vivían en un lujo sin precedentes entre la pompa guillermiña y las pretensiones del vertiginosamente industrial Estado alemán de principios del siglo xx».

Una experiencia común que los habría impulsado a rebelarse contra el legado de la Ilustración que tanto atraía a sus padres por ser justamente aquello que aportaba un barniz intelectual a su éxito material: «hay un complejo edípico apenas sublimado, en el cual las luchas contra un próspero padre capitalista encuentran su expresión en la revolución».

El conflicto nunca zanjado con los orígenes burgueses se traducirá con frecuencia en un tira y encoge entre emancipación y confort.

Benjamin, por ejemplo, bien adentrado en sus treinta, exigía dinero a sus padres y «les decía que su insistencia en que él se ganase la vida era incalificable». Y aún con cuarenta años culpaba a su madre por el hecho de que él «fuera incapaz de prepararse una taza de café».

Marcuse, por su parte, después de participar en la abortada revolución alemana de 1918, se doctoró en literatura y trabajó seis años como librero en Berlín. Pero lo significativo es que su padre le proporcionara «un apartamento y un porcentaje de las ganancias de su editorial y su negocio de libros antiguos».

En cuanto a Adorno, Jeffries se arriesga a sostener que sin el resguardo material del hogar no habría llegado a ser un intelectual tan tenazmente seguro de sí mismo. Otro filósofo frankfurtiano, Leo Löwenthal, lo describió como «el señorito mimado de una familia pudiente» y algunos allegados señalaron que, mientras Alemania se hundía en la miseria durante la hiperinflación de 1922, «Adorno y su familia podían pagarse viajes a Italia y siguieron llevando un estilo de vida relativamente suntuoso».

Las paradojas rigieron siempre el destino de la escuela de Frankfurt. Fundado en

junio de 1924, el Instituto de Investigación Social –éste es su apelativo oficial– fue financiado por hombres de negocio judíos para que un grupo de intelectuales se dedicara a las investigaciones marxistas.

Si se quiere, ésta sería la contradicción fundacional (y sempiterna) de los pensadores de Frankfurt: depender del Capital para sustentar sus reflexiones y escritos sobre los estragos del capitalismo.

Un equilibrio que no libró de contorsiones. A fines de los cincuenta, Max Horkheimer, quien dirigiera el instituto durante más de tres décadas, a raíz de un artículo en que el joven Habermas hacía un llamado a la revolución, se ofuscaba en una carta dirigida a Adorno, porque «sencillamente no es posible admitir este tipo de artículo de investigación en un instituto que existe gracias a los fondos públicos de esa sociedad restrictiva [la sociedad burguesa]».

Ya durante el exilio estadounidense, en la década de los cuarenta, con el fin de eludir cualquier encontronazo político, el empleo de eufemismos (o la autocensura) se había convertido en una constante. El término marxismo desaparecía en los escritos del instituto y se llegó al punto de alterar la conclusión militante de *La obra de arte en la era de la reproducción técnica*. Mientras que Benjamin había sentenciado que «a la estetización de la política que promueve el fascismo, el comunismo responde con la politización del arte», la revista del instituto sustituía «fascismo» por «doctrina totalitaria» y «comunismo» por «las fuerzas productivas de la humanidad».

Siguiendo pues los altibajos de la escuela, el relato de Jeffries se estructura en siete partes. Su recuento va desde la génesis (1900-1920) de la generación de intelectuales que fundaría el instituto hasta las in-

flexiones que, a partir de la década de los setenta, alejarían del marxismo a sus representantes posteriores. Y, ateniéndose a la vocación biográfica, Benjamin, Adorno y Habermas ofician sucesivamente de figuras tutelares.

Así, la escansión por décadas intenta seguir la evolución de las obsesiones de la escuela de Frankfurt. Al trauma fundacional de los años veinte (el fracaso de la revolución alemana) le sucede el enigma de la década del treinta (la adhesión de la clase obrera al fascismo) y luego en los cuarenta el descubrimiento de la industria cultural en tierras estadounidenses. Todo esto cristalizará en los cincuenta en un enfoque que diagnostica la sujeción irredimible del individuo al imaginario del capitalismo contemporáneo. En los sesenta semejante pesimismo alcanza su máxima tensión y se saldará con el abandono progresivo del marxismo como proveedor conceptual.

A su vez las semblanzas de Benjamin, Adorno y Habermas condensan el destino de la pléyade frankfurtiana. El primero, aunque «nunca estuvo en la nómina de la escuela, fue su más profundo catalizador intelectual». En cambio, la obra de Adorno representa sin dudas el núcleo duro de Frankfurt, su exposición más brillante, también la más radical. Por último, Habermas marca el pasaje de un controvertido neomarxismo a un liberalismo no menos *sui generis*.

El resultado es el cuadro esclarecedor de un proyecto que pronto cumplirá un siglo. En un principio la teoría crítica, término acuñado en Frankfurt, debía analizar los modos de perpetuación del capitalismo. Pero habiéndose convertido éste en un sistema que, mediante la cultura de masas, la comunicación y la tecnología, «en-

mascaraba la intensidad de la explotación» era necesario no sólo analizar las bases económicas de la sociedad, sino su «superestructura», desarrollando una crítica de los mecanismos de control ideológico.

De ahí el vuelco dado al marxismo tradicional, trasladando la prioridad de la esfera económica a la sociocultural. Traslación que propiciará otro rasgo deliberado de este marxismo heterodoxo, la interdisciplinariedad. Oponiéndose abiertamente al positivismo lógico y al corsé académico de la especialización de la filosofía, los escritos frankfurtianos apelarán en su forja conceptual a la crítica literaria, la musicología, el psicoanálisis, la sociología, la psicología de masas, la economía, etcétera.

De tal modo se irá perfilando una radiografía de las sociedades contemporáneas, supeditadas por la industria cultural y el consumo, donde el desarrollo tecnológico sella la reducción de la razón al utilitarismo y en las que la emancipación queda prácticamente confinada a la esfera estética y a escala individual.

Bien se puede decir que, hasta el giro hacia el liberalismo operado por Habermas, las investigaciones del instituto desembocaron en un marxismo mutilado en que la fría disección social no encuentra solaz en la utopía. Si bien Gramsci exclamaba «pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad», o Ernst Bloch propugnaba aún «el principio de esperanza», Frankfurt sentenciaba que fuera del capitalismo no había nada.

Un diagnóstico que tendrá ecos, cuando no una clara influencia, en autores tan disímiles como Michel Foucault, Jean Baudrillard, Jacques Derrida, Fredric Jameson, Slavoj Žižek o Giorgio Agamben, por sólo mencionar algunos.

Si bien Jeffries no traza nominalmente esta genealogía, sus análisis precisos y minuciosos de los debates que alimentaron la corriente frankfurtiana la insinúan. El libro se presenta pues no sólo como una guía ágil y sagaz por los meandros de la escuela de Frankfurt, sino que bosqueja el mapa de sus posibles afluentes. Y ello aunando el retrato vívido de sus principales nombres con la dilucidación teórica y también el vaivén entre el marco conceptual de entonces y el contexto sociopolítico actual.

Ahora bien, *Gran Hotel Abismo* suscita algunas dudas en cuanto a su planteamiento fundacional, es decir, la idea de que los pensadores de Frankfurt poco hicieron por acatar la oncenaria tesis de Marx sobre Feuerbach: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo».

Tomar al pie de la letra este dictado –y es lo que hace Jeffries al endosar la crítica de Lukács como título del libro– lleva a pasar por alto la objeción de Heidegger: «una transformación del mundo presupone una transformación de la propia concepción del mundo y esa concepción del mundo sólo puede ser obtenida por medio de la interpretación».

Justamente Jeffries sobrevuela la influencia de Heidegger en la escuela de Frankfurt. Abundar en esta relación le habría permitido, por ejemplo, discernir mejor el hecho de que el núcleo duro frankfurtiano (siguiendo la estela de la fenomenología) entendía que sin el desvelamiento adecuado del ser (social) todo cambio estaba condenado al fracaso –en última instancia, el estalinismo era producto de una lectura precipitada, cuando no totalmente errónea, de la realidad–.

Y aquí también aflora un retorno a lo contemplativo, siempre de la mano de Heide-

gger, vinculado al recelo o a la fobia que Horkheimer y Adorno, a contracorriente del marxismo clásico, sentían respecto a la tecnología. De ahí su condena de la Ilustración como una sofisticación de los mecanismos de dominación.

Esta fe en la interpretación, como vector de cambio, ayuda también a entender el repliegue radical hacia la dialéctica negativa y la estética de un Adorno, quien veía en la refutación de la veracidad del orden existente (en el desenmascaramiento de sus dispositivos ideológicos) la única vía de escape a la hegemonía del capital.

Dicho sea de paso, la huella de los escritos frankfurtianos en alguien como Angela Davis sugiere que en toda interpretación hay en juego algo más que la mera especulación.

Pero el no activismo de Frankfurt se entiende también si se analiza con mayor rigor la tenaza política que comprimía a sus pensadores. Enraizados en la izquierda, tras la derrota de la revolución alemana, a los frankfurtianos les quedaba o bien adherir a la socialdemocracia (fuertemente desacreditada por su respaldo a la Primera Guerra Mundial) o bien a un partido comunista cada vez más influenciado por la URSS y, a la postre, por el estalinismo.

En *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Perry Anderson señala que a partir de la segunda mitad de los años veinte el marxismo se congeló. Un fenómeno que situaba a los intelectuales en una posición incómoda: al quedar la innovación teórica tácitamente prohibida, se veían ante la disyuntiva de dar muestras de lealtad o de mantenerse a distancia respecto a la URSS. Esta sería una de las principales razones de la brecha que se abriría desde entonces entre la intelectualidad y los partidos obreros.

El repliegue frankfurtiano en el campo teórico bien puede ser visto como una estrategia para preservar la autonomía.

Otro punto que no queda claro en el relato de Jeffries es el distanciamiento que la escuela de Frankfurt toma con el marxismo a partir de la década de los setenta –particularmente notorio en la obra de Habermas–.

Este proceso no se entiende cabalmente, porque el ensayista británico se detiene más en las fricciones de Horkheimer y Adorno con Mayo del 68 que en las consecuencias teóricas del fracaso de la Nueva Izquierda; mientras que el giro de Habermas hacia el liberalismo se origina, por una parte, en el panorama sombrío que habían dibujado sus predecesores y, por otra, en el callejón sin salida adonde habían ido a parar los movimientos de emancipación surgidos en la posguerra fuera de la órbita soviética.

Es este *impasse* teórico-práctico lo que empujó a explorar otras vías para darle cuerpo al dictado de Adorno: que Auschwitz no se repita. Si el resultado ha sido concluyente, ésa es otra historia.

Por último, Jeffries tampoco especifica en qué radica la continuidad de la escuela de Frankfurt, pese a la ruptura con el marxismo y al hecho de haber experimentado otro vuelco teórico, desde comienzos de siglo, impulsado por Axel Honneth.

No se formula aquí una pregunta que sin embargo se vuelve evidente: ¿qué es lo que permite seguir hablando de la escuela de Frankfurt como un todo al cabo de un siglo?

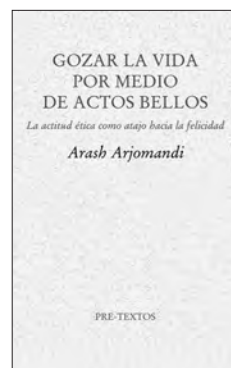
Estas objeciones no desdican la utilidad de *Gran Hotel Abismo* para quien quiera iniciarse o profundizar en los arcanos de una de las corrientes teóricas más fascinantes del último siglo.

Arash Arjomandi

Gozar la vida por medio de actos bellos. La actitud ética como atajo hacia la felicidad

Pre-Textos, Valencia, 2017

228 páginas, 20.00 €



Huellas en el tiempo: vasos comunicantes

Por JULIO SERRANO

De intriga filosófica calificó Pablo D'Ors el ensayo de Arash Arjomandi (Teherán, 1970) *La alquimia filosófica*. Este subgénero, que persigue mediante pistas racionales la demostración de una intuición a la manera de una intriga detectivesca, es el eje de *Gozar la vida por medio de actos bellos*, un libro que propone una sugestiva fórmula para la felicidad que no dependa de factores externos y que al mismo tiempo sea intensa y gozosa. Y es convincente, pese al rechazo inicial que pueda producirnos cualquier «descubrimiento» de atajos para la dicha. Victoria Camps lo definió como «un precioso ensayo con una trama de intriga detectivesca, pero muy profundo y optimista». Se enmarca en lo que D'Ors y otros estudiosos denominan mentalidad fronteriza, es decir aquella forma de mirar el mundo

y la vida que desarrolló Eugenio Trías, de quien Arjomandi, su discípulo, aprendió el *modus operandi*. Bajo el imperativo categórico: «aprende a ser fronterizo» invitó a asumir la condición intersticial de habitantes de la frontera en una suerte de humanismo en el que las ideas mueven el mundo de forma lenta y discreta. Sobre esta base sustenta su teoría el pensador iraní afincado en España, salpimentándola de un sabroso sincretismo que aúna filosofía, ética y neurociencia.

Arjomandi plantea en su ensayo, ayudándose de constataciones científicas, un ejercicio de moral de la vida cotidiana, que, ejercido desinteresadamente, revierte en placer y satisfacción duradera para el individuo, así como contribuye positivamente a la evolución del ser humano como especie.

Una ética que tiene que ver con la acción desinteresada de aquellos actos que van más allá del sujeto, que tienen una impronta o dejan una huella que trasciende el momento y la persona que las realiza, sin que tengan por qué ser grandiosos o reseñables. Actos filantrópicos y ejemplarizantes que nos proporcionan gozo y bienestar por el hecho mismo de saberlos actos filantrópicos y que dejan una impronta perdurable, puesto que las acciones se repiten una y otra vez, bajo otros nombres y formas, en la continuidad de nuestra especie.

La neurociencia ha constatado cómo los actos de generosidad conllevan la liberación de hormonas, específicamente de endorfinas, que reducen el estrés, promueven el bienestar y fortalecen el sistema inmune. Las acciones recompensadas o remuneradas no activan los mismos mecanismos de gozo. Mucho tiempo atrás ya lo dijo Krishna a Arjuna cuando en el *Bhagavad Gita* le alertó de que «lo que te concierne es la acción tan sólo, pero no el fruto (de la acción). No sea el fruto tu motivo (para la acción), ni te permitas la inclinación a la inacción».

La acción altruista va más allá del gozo sensorial o estético –es menos efímero su placer– ya que produce deleite instantáneo, como los placeres sensoriales, pero también satisfacción con uno mismo. No obstante, Arjomandi da un paso más allá, nunca mejor dicho, porque vincula la acción y su repercusión con lo perdurable. Considera que nuestras acciones se repiten cíclicamente en el tiempo, si bien no de manera exacta, sí en cuanto a género, especie o tipología. «Lo que se repiten son las clases de acciones, no las acciones mismas». La esencia de la acción realizada por uno –un gesto desinteresado con un amigo, por ejemplo– volverá a repetirse con los matices propios

del siguiente individuo, tiempo y el lugar en que se dé. Coherentemente con esta creencia propone que, puesto que estamos influidos por lo que nos precede y rodea hasta extremos insospechados, pongamos en el foco de nuestra atención diaria en cada acto de nuestra vida buscando la ejemplaridad: «cada acto predispone a que ese acto se repita». Puesto que de ese modo las predisposiciones e inercias se van formando, nuestra acción no es insignificante. Lo que se nos ha transmitido modula nuestras acciones, lo que transmitimos también influye en otros. Formamos una red de ejemplos, un espeso tejido de influencias mutuas y «todo ejemplo constituye un caso potencialmente universalizable» nos dice Arjomandi.

Bajo esta premisa da un sabio consejo de índole opuesta a la máxima de Steve Jobs «vive cada día como si fuese el último», que es: «realiza sólo las acciones que sean consecuencia de tu deseo de prolongarlas en el futuro», proponiendo una dicha de tipo moral, en la que se privilegie altruistamente en cada momento la acción cuyo impacto sobre otros sea más beneficiosa, pese a que el resultado de la acción no sea predecible y su marcha sea libre y casual. El futuro de la acción no es pronosticable, ni su beneficio directo, pero elegir la mejor acción dentro de las posibles contribuye al tejido cultural, social y moral de nuestra especie al tiempo que otorga satisfacción y goce personal.

Sobre esta hipótesis en la que cada acto que realizamos no surge de la nada sino que tiene un precedente moral, propio o ajeno, y que, en esa medida, somos ejemplos para los demás así como los demás lo son para nosotros, nos dibuja nuestro mundo como una extensa red de influencias mutuas. «Son las actitudes y los hechos de otros sujetos, ya sea en contextos lejanos que se nos

han transmitido narradamente, o bien en los espacios actuales donde convivimos, lo que va creando progresivamente, nuestras inercias de conducta». Propone contrarrestar nuestras inercias de proceder a través de una conciencia de esta rueda de concatenación de acciones y efectos e incluso revertir la incompatibilidad entre el deseo y la satisfacción continuada, puesto que actuar de este modo nos sitúa más allá de nuestros límites temporales, nos reconcilia con la muerte al implicarnos activamente en lo que nos sucederá (en cuanto a especie). Esta hipótesis cíclica implica que nuestra desaparición no es total, algo de nosotros pervive, las improntas del obrar que dejan semillas aquí y allá. «La creencia de que todo lo que haga y realice retornará se funda, pues, en mi anhelo de hacer reversible el paso del tiempo a través de los ciclos periódicos que este dibuja».

Arjomandi nos dibuja un ecosistema ético en el que las extensiones intangibles de la persona, aun después de haber desaparecido, tienen cabida. Alejado de concepciones como la de ganarse el cielo del mundo cristiano, propone un actuar en el hoy con conciencia e impronta de infinito. Es una invitación asimismo a modificar en uno aquellas actitudes que no deseamos que se repliquen en comportamientos del mañana.

Para la filosofía oriental, la existencia es un hecho cíclico, en donde cada acto, cada instante y acontecimiento se repetirán eternamente. En contraposición con la filosofía occidental, en el pensamiento oriental, el eterno retorno llevará a la perfección del universo, pues en cada reinicio se pulirá cada hecho, hasta ser perfecto. Arjomandi, pese a su optimismo, no implica en este retorno un perfeccionamiento *per se*, sino una suerte de interacción simbiótica en la

que la concatenación de comportamientos espejo se repiten, en su esencia, una y otra vez, afectando por igual al comportamiento noble o al mezquino. Lo que propone por tanto es una moral activa –puesto que no cree en una deriva que tienda necesariamente hacia la mejora del individuo–, sino en la capacidad del individuo para influir en lo que está por acontecer por medio de lo que hace hoy. Apela a un actuar consciente, electivo y no abandonado a las inercias del proceder que son tantas veces ecos de mecánicas heredadas y no cuestionadas ni revisadas. Apela por tanto a una libertad de acción mayor, por ser el comportamiento revisado y despojado en la medida de lo posible de inercias que son ecos de ecos, a veces alejados del yo que deseáramos ser. La acción ejemplar, elegida por uno en base a una filantropía instantánea y con proyecciones futuras, resultaría de una empatía con nosotros en cuanto a género, que por ende resulta, al olvidarnos de su motivación filantrópica, placentera y positiva en nuestro ahora.

Arjomandi pertenece a la corriente religiosa *bahá'í* –surgida en la Persia del siglo XIX– que aspira a ser reconocida como cuarta religión revelada del tronco de Abraham –después del judaísmo, el cristianismo y el islam–, y que dice ser síntesis y actualización de las religiones monoteístas, aunque integra asimismo aspectos del hinduismo, zoroastrismo y budismo. Perseguida en Irán por el régimen de los ayatolás, Arjomandi llegó con ocho años a Barcelona desde Irán, huyendo con su familia de la persecución religiosa al ser considerados herejes, apóstatas del islam. Él define su religiosidad de misticismo racionalista.

Gozar la vida por medio de actos bellos proclama que la felicidad está al alcance de

todos por medio de una ética que nos permite ir más allá de nuestra condición finita para entrar en contacto con lo ilimitado asomándonos a través de esos espacios de frontera de los que hablaba Eugenio Trías. Nuestros actos morales, nos dice, pueden ayudarnos a trascender «nuestra estrechez de ámbito y rendir servicio, sin espera de

contrapartidas, a cualesquiera de los infinitos seres del mundo, que desconocemos, en cualquier región del universo o momento temporal». Una experiencia de lo sublime en la vida cotidiana planteada casi como un libro de autoayuda, pero no desde un perfil psicológico, sino filosófico, práctico y discretamente detectivesco.

Dennis C. Rasmussen

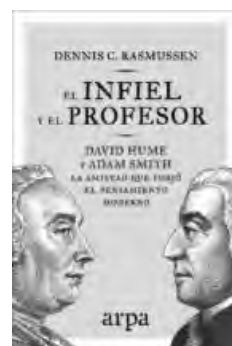
El infiel y el profesor. David Hume y Adam Smith

La amistad que forjó el pensamiento moderno

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

Arpa Editores, Barcelona, 2018

382 páginas, 21.90 €



Dos grandes pensadores escoceses

Por DANIEL B. BRO

Hay alguna literatura sobre filósofos amigos, esas relaciones en las que ambos se alimentan mutuamente de sus reflexiones, pero en las que uno de ellos ha sido la figura tutora, la influencia decisiva. La primera quizás sea la de Platón y Aristóteles. Ya más cerca de nuestro tiempo tenemos a Montaigne y La Boétie. Este último murió a los treinta y tres años, pero dejó una huella profunda en el autor de los *Ensayos*. Algunos otros: Bentham y Mill, Marx y Engels... En Escocia, dos solterones (hay muchos filósofos solteros) se hicieron amigos y mantuvieron un diálogo muy provechoso para su tiempo y para la posteridad, me refiero a David Hume (Edimburgo, 1711-1776) y Adam Smith (Kirkcaldy, 1723-1790). Se conocieron en 1749 y la amistad duró hasta la muerte del autor del *Tratado de la natura-*

leza humana, pero entonces Smith ya había leído al gran filósofo y había sido influido por él, y es una presencia clara tanto en su obra *La teoría de los sentimientos morales* como en *La riqueza de las naciones* (las dos únicas obras que publicó en vida), aunque, como dicen muchos estudiosos, a pesar de la influencia nunca coincide totalmente con él. Hume nació en una familia de cierta fortuna, pero perdió a su padre cuando aún era niño. Fue un hombre alto y algo gordo, de gran cordialidad y buen humor, ajeno a intrigas, poses y postures, características estas últimas que su genial coetáneo, el doctor Johnson, poseía a raudales. Escribió la genial obra que le dio un lugar destacado en la historia de la filosofía, el *Tratado* (1739) cuando era un hombre muy joven, algo que comparte con Berkeley y con Scho-

penhauer. De hecho, Hume entró en la universidad a los diez años y la dejó, sin terminar sus estudios, a los catorce, dedicándose con pasión de manera autodidacta a la filosofía y la literatura. Hay que señalar que los dos primeros volúmenes de su obra central fueron escritos durante su estancia de tres años en Francia, desde 1734 y 1737. En un mundo escocés creyente y mojigato, Hume fue escéptico (tras haber sido presbiteriano, como su familia) y nada favorable a la iglesia y sus cofradías, pero además de ser escéptico fue filosóficamente riguroso, y eso duele. Murió sin arrepentirse de su falta de creencias. Ciertamente, en la Francia de su tiempo tenía algunos pares en esto, pero París no era Edimburgo o Glasgow. Escocia, además de pobre, era, según Hume, vulgar y muy supersticiosa. (Por cierto, ¿se imaginan un Hume en la España del siglo XVIII?). Pero de pronto surgió en este país del norte de Inglaterra un puñado de mentes notables que conformaron una verdadera ilustración escocesa. Hume fue, aunque es muy difícil encerrarlo en una definición así sea política, un *tory* conservador mientras que Smith fue *whig* liberal. Hume, ateo; Smith creyente, pero tampoco se le puede encajar en esta ficha. En sus casos son meros tópicos. Hume fue un filósofo que se ocupó, verdadero ensayista, de numerosos temas, desde la economía, la política, la oratoria, la poligamia a la religión... Por su parte, Smith, aunque fue, como seguramente dice la Wikipedia, el padre fundador del capitalismo, el hombre que pergeñó la teoría de la mano invisible, fue en realidad un profesor que se ocupó de la filosofía moral y escribió ensayos lúcidos sobre numerosas materias. Según el autor de esta obra, Dennis C. Rasmussen, matizando un poco, ambos fueron liberales pragmáticos. A lo largo de su vida, tuvieron

diversos oficios: Hume llegó a trabajar como dependiente de un minorista de Bristol, algo que dejó por su monotonía, y Smith fue a final de su vida, con entusiasmo, lo que había sido su padre, inspector de aranceles. Se podría escribir un bonito libro sobre los escritores y sus otros oficios y ocupaciones.

Hume tenía un olfato desprejuiciado, algo que le ayudaba a pensar bien. Entendió la moral como una convención humana, algo práctico y con el único objetivo de mejorar la vida entre la gente. Es decir, que no emanaba de un origen trascendente sino de los sentimientos humanos apoyados en la aprobación y desaprobación. El título de su obra ya lo dice todo: *Historia natural de la religión*, y en ella ofrece una visión naturalista de la fe y la devoción religiosa. La experiencia en el mundo real era para él la única fuente de conocimiento sobre los hombres y lo que nos rodea. Pensar era para él no perder de vista la vida y expresarse en el tono de una conversación normal. Su escepticismo no era nihilismo, se parecía algo al de Montaigne, porque en ambos tiende a la humildad, la paz personal y el rechazo del fanatismo. Amor por el diálogo y por las preguntas, no por el monólogo de la revelación y su manejo de respuestas dogmáticas. Con estas premisas era difícil que lo aceptaran en la Universidad de Edimburgo, como había solicitado en dos ocasiones. Se dijo a sí mismo que ya era tarde para estudiar Derecho, y aborreciendo la Iglesia, sólo le quedaba «continuar siendo un pobre filósofo para siempre». Durante cinco años fue bibliotecario del Colegio de abogados de Edimburgo. La biblioteca era una de las mejores de Gran Bretaña, y ahí encontró gran parte del material para escribir una controvertida y admirable *Historia de Inglaterra* (en seis amplios tomos) admirada

por Voltaire, Johnson y Gibbon. ¿Qué más se podría pedir? Éxito de ventas. También lo tuvo, y abundante. Fue el primer historiador moderno que trató de contar las cosas con sinceridad, búsqueda de la imparcialidad y amenidad. No ensalzó el pasado, sino que escribió en beneficio de la civilización, con un equilibrio no exento de humor y atrevimiento.

Si bien Hume perdió a su padre siendo niño, Smith no llegó siquiera a conocerlo. Su madre también era presbiteriana. Hijo único, vivió con su madre la mayor parte de su vida (ella murió con noventa años). En cuanto a sus propias creencias, hay pocas declaraciones, pero tanto Rasmussen como otros biógrafos se inclinan hacia un discreto o claro escepticismo en temas religiosos en su madurez. James Boswell, el gran biógrafo de Johnson, dijo de él que era un «hombre bastante docto, riguroso y ausente». A diferencia de Hume, sí profesó en la universidad, y, de hecho, ocupó la cátedra de Filosofía Moral en Glasgow desde 1752 a 1764. El primer libro de Smith, *La teoría, de los sentimientos morales*, es muy deudor de la obra de Hume, pero no lo menciona por su nombre ni una sola vez. En ella también considera la moral como un fenómeno esencialmente práctico y humano, que deriva de los sentimientos más que de la razón y evoluciona con el tiempo. Ambos estuvieron de acuerdo en que la simpatía (quizás lo que llamamos empatía) abarca más que la compasión y la piedad. Smith tenía una explicación proyectiva de la simpatía, y Hume la apoyaba más en la noción de contagio.

Durante muchos años, Hume vivió en Edimburgo y Smith en Glasgow, así que sólo se encontraban en algunas visitas, habitualmente también en Navidades, y se escribían, más Hume a Smith que al revés.

Ambos amigos se vieron también en Francia, donde coincidieron con Benjamín Franklin (muy amigo de Hume, a quien visitó varias veces en Edimburgo), Buffon, Diderot, D'Holbach, D'Alembert, Helvétius y tantos otros. En cuanto a amores, es un capítulo tan pequeño que cabe en pocas frases. Hume y la condesa de Boufflers, que era amante del príncipe de Conti y tenía uno de los mejores salones de París, tuvieron una cierta atracción, se habló incluso en los mentideros de que estaba perdidamente enamorado de ella. Hay que recordar que una de las últimas cartas que escribió, ya en su lecho de muerte, fue para la condesa. En cuanto a Smith, bastante enamorado, dice su biógrafo Simpson Ross, citado por Rasmussen, que su vida sexual no puede ser «más que una nota al pie a la historia de la sublimación».

Rasmussen nos cuenta también la relación de Hume con Rousseau, un célebre *affaire* muy conocido por la intrahistoria de la filosofía, en la que el filósofo francés tuvo uno de sus episodios paranoicos, pero no es cuestión de traerlo aquí, salvo con este párrafo. Volvamos a estos dos genios solterones. Smith fue un hombre más torpe en el trato social que Hume, y de actitudes menos relajadas. Hume era alguien que se encontraba muy bien en su propia piel, era un buen anfitrión, y organizaba comidas bien elaboradas, regadas por buenos vinos de Burdeos. Él dijo a un amigo que «leer, pasear, gandulear y dormir, actividades a las que yo llamo meditar, me aportan la felicidad suprema». Montaigne dijo doscientos años antes lo mismo: cabalgar, entretenerse en conversaciones, dormir nueve horas, y leer no más de una hora seguida (Hume leía más), le procuraban verdadera felicidad. En cierta ocasión, cuando trataron de disua-

dir a Hume de que continuara su historia de Inglaterra lo rechazó con este argumento: «Porque soy demasiado viejo, demasiado gordo, demasiado perezoso y demasiado rico».

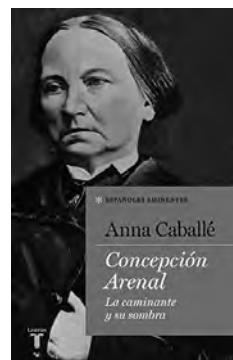
Nuestro biógrafo, que además se dedica a la filosofía política, lleva a cabo en esta obra un cierto rastreo, en ningún modo exhaustivo, de la influencia de Hume en Smith y de las diferencias de ideas y actitudes de ambos. En *La riqueza de las naciones*, sin mencionarlo, sin duda por delicadeza, corrige a Hume en numerosas cuestiones, y hace una separación completa entre Iglesia y Estado (que curiosamente Hume no hace, aunque por razones nada religiosas, sino yo diría que sutilmente maquiavélicas), pero esto no impide que tanto esta como su otra obra central sean deudoras del pensamiento de su amigo y maestro. Esta obra fue publicada por Smith en 1776, unos meses antes de que muriera Hume, a quien envió un ejemplar, que pudo leer. Ese mismo año Hume redactó su testamento, donde dejaba todos sus manuscritos a Smith, con el deseo de que publicara su *Diálogo sobre la religión natural*. Pero Smith se negó a aceptar dicho encargo. ¿Miedo a que perjudicara el éxito de su libro *La riqueza de las naciones*? La cuestión es difícil de solventar. Tres años después de su muerte, el sobrino de Hume publicó dicho libro. Fue recibido con escándalo y Boswell se sintió ofendido por el he-

cho de que publicara «la venenosa obra de su tío».

Hume murió el 23 de agosto de 1776, sin padecer angustia ninguna. La enfermedad (cáncer intestinal) y la muerte no lo cambiaron, sino que confirmaron lo que había sido. Su amigo Smith hizo un retrato de sus últimos años, añadido al texto *Mi vida*, la minimalista autobiografía de Hume, y ahí afirma de este escéptico manifiesto, que siempre lo había tenido por «una persona cuya erudición y virtud se acercaban tanto a la perfección como tal vez permita la fragilidad humana». Adam Smith se mudó a la ciudad donde había nacido, Kirkcaldy, donde vivió desde 1778 hasta su muerte en 1790. Comenzó varias obras que no concluyó, pero también se dedicó a revisar profundamente *La teoría de los sentimientos morales*, que reeditó el mismo año de su muerte. Perfeccionista, mandó quemar todos sus escritos no acabados, y los pocos ensayos que se salvaron se incluyeron póstumamente en sus *Ensayos filosóficos*. El 17 de julio, a los sesenta y siete años (dos más que su querido Hume) murió Adam Smith, también con gran aplomo. A diferencia de las exequias de Hume, las de Smith fueron discretas y pasaron un poco inadvertidas. Los dos pensadores estuvieron en contra de las supersticiones, y a favor de mirar, desde el diálogo, lo que hay. Y tuvieron la suerte de encontrarse y reconocerse. No es poco.

Anna Caballé

Concepción Arenal. La caminante y su sombra
Taurus/Fundación Juan March, Madrid, 2018
440 páginas, 20.90 € (ebook 10.99 €)



Arenal, una mujer fuera de serie

Por ISABEL DE ARMAS

¿Cómo abordar la biografía de una mujer que borró sus huellas más personales y mantuvo en la mayor reserva su vida privada? ¿Cómo acercarse a la subjetividad de alguien que nos impide casi el acceso a su interior? Estas son las preguntas que Anna Caballé, profesora titular de Literatura Española de la Universidad de Barcelona y responsable de la Unidad de Estudios Biográficos de dicha universidad, se hace a la hora de decidirse a biografar a Concepción Arenal, en su opinión, la pensadora (y aquí incluye también el género masculino) más interesante del siglo XIX. Ante tan evidente e importante limitación, la autora decide seguir a su personaje, en primer lugar, a través de los veintitrés volúmenes recogidos por su hijo Fernando García Arenal. La mayor parte de sus escritos están vinculados al tema

sobre el que giró su vida, la necesaria reforma de las cárceles y asilos cuyo abandono era desolador, así como a su lucha por concienciar a la sociedad española acerca de la urgente tarea de disponer de una Administración moderna en la que la corrupción de los funcionarios no tuviera cabida legal. Los condenados, casi todos pobres, se mantenían hacinados, en condiciones insalubres y vejatorias, sin nada que hacer durante días y años, consumiéndose en una degradación progresiva. Las cárceles carecían de propósito y, como repetiría tantas veces Arenal, en lugar de reformar la vida del preso, la arruinaban.

Concepción Arenal nace en 1820 y fallece en 1893. No podemos olvidar que el siglo XIX en España fue un periodo histórico especialmente turbulento, lleno de pronun-

ciamientos militares con sus consiguientes cambios políticos en los que conservadores y liberales se sustituían sin parar, y la tarea principal del grupo entrante consistía en deshacer lo que había hecho el grupo saliente. Fue un siglo de importantes crisis económicas, con unas clases populares muy pobres, muy abandonadas y muy ignorantes. Aproximadamente el cincuenta por ciento de los varones eran analfabetos, y las mujeres, casi todas.

La profesora Caballé analiza a fondo los cerca de quinientos artículos que su biografiada publica en *La Voz de la Caridad*, revista que ella misma funda en 1870, con el apoyo de la condesa de Mina y el krausista Fernando de Castro. Allí Arenal todo lo denuncia: el hundimiento de la techumbre de un asilo por abandono; la falta de trenes de socorro que pudieran auxiliar en los frecuentes descarrilamientos que se producían en la época; la mala práctica de rapar en los hospitales a las mujeres para poder vender su cabello; el mal estado de las enfermerías, o la mezcla indiscriminada de los presos políticos con los delincuentes comunes. Todos sus artículos revelan un profundo sentimiento compasivo ante los que sufren y el deseo de reformar leyes e instituciones para adecuarlas a las nuevas necesidades, propias de un Estado de derecho. Su idea central era que más sagrado aún que la vida es la dignidad del ser humano, sin tener en cuenta edades, razas, sexos o condición social.

Doña Concha, así se la conocía en sus círculos más próximos, fue mujer de pensamiento y acción. «Pero también era –apunta la autora– una mujer aprisionada entre la domesticidad que le exigía su tiempo y el deseo de acción política y filosófica que siempre la caracterizó». Ahora bien, ¿cómo conciliar esas exigencias íntimas, honda-

mente intelectuales, con el papel que le estaba reservado a la mujer en su tiempo? Este fue el drama que siempre arrastró consigo. Pronto tuvo que aceptar el calificativo de «varonil» o «viril» que, al parecer, no le importaba demasiado, ya que se sentía muy lejos de las mujeres de su tiempo, preocupadas por sus corsés y sus abanicos, y del todo ajenas, por lo general, al mundo político y moral. Llamarla varonil era como llamarla inteligente e interesada por las ideas, por tanto, no tenía que importarle. Era mujer de pensamiento y acción que quería cambiar el mundo, el problema es que esa era una tarea que estaba reservada a los hombres: un terreno vedado para las mujeres. De haber nacido en Inglaterra, posiblemente se habría sumado a las sufragistas, o de nacer norteamericana, podía haber sido una puritana bostoniana.

Ante este panorama real, su biógrafa se pregunta: «¿Qué hubiera sido del pensamiento de doña Concha si en lugar de soportar la contradicción entre su esfera de intereses y la vida doméstica que se esperaba de ella en tanto que mujer, hubiera podido actuar como cualquier varón de su tiempo, viajando, entablando relaciones con sus colegas, comunicándose en definitiva con el mundo jurista e intelectual al que legítimamente pertenecía?». Ella nunca salió de España, ni asistió a congresos ni reuniones internacionales. Enviaba ponencias y colaboraciones pero nunca se pudo contar con su presencia. En la sociedad española del siglo XIX, sólo Emilia Pardo Bazán, treinta años más joven que la Arenal, fue capaz de vivir su vida en libertad y ajena a rumores y prejuicios. Pero la profesora Caballé confirma que Concepción Arenal no soportaba a doña Emilia; le parecía que representaba lo contrario de su propio ideal en relación con

la mujer: para que fuera respetada, su comportamiento tenía que ser respetable. Una de las autoras preferidas de doña Concha era Madame de Staël, de la que seleccionaba frases para citar en sus escritos. De *Delphine*, que ella leyó en francés, destacamos una: «La naturaleza ha querido que los dones de las mujeres se destinaran a la felicidad de los otros y que muy poco lo emplearan en sí mismas». Sin duda, compartía plenamente este juicio.

Mujer reservada, reflexiva, concentrada, con tendencia a la tristeza y poco amiga de la vida social. La autora constata que su vida fue un conflicto permanente con el mundo y las inercias de su tiempo, pero también y sobre todo con su propio ser íntimo, ajeno a la ejemplaridad que ella quiso para sí. Nos muestra que Arenal poseía un riquísimo mundo interior hecho de sentimientos vehementes, heridas que nunca cicatrizaron, ansias de realización, deseos de reforma social, un poderoso razonamiento y un instinto práctico que la impulsaban a buscar siempre una salida viable a cualquier problema que se le presentara, pero que también fue una mujer que exhibía su virtud como un estandarte, una mujer demasiado fuerte para la sensibilidad de su época. «Con un proyecto personal –matiza Caballé– demasiado definido y radical para no resultar incómodo, especialmente a otras mujeres que estaban a años luz de su activísima mente». También comprueba que, con el tiempo, la profundamente solitaria y en cierto modo vencida doña Concha aprendería a ubicarse en un espacio a salvo del rechazo. «Donde no pudiera ser agredida –escribe–, sólo elogiada por sus evidentes virtudes».

Autodidacta, las mujeres de su tiempo no tenían acceso a los estudios universitarios,

todo su trabajo es individual y solitario. Sus primeros intereses intelectuales se dirigen a la ciencia y la tecnología porque considera que ese es el mundo del futuro que mejorará la vida de todo el mundo. Más tarde, movilizada por la «cuestión social» y sobre todo por la realidad de la pobreza extrema y la miseria, se introduce plenamente en el mundo del derecho. Aquí, la autora dedica a la figura de la «autodidacta» unas sustanciosas páginas. «Nunca valoraremos lo suficiente –escribe– el valor del autodidactismo en el proceso de la autonomía femenina, pero la luz que aportó ese aprendizaje solitario ocultaba también sus sombras», ya que, el autodidactismo hace a la persona vulnerable, la acostumbra a operar en el aislamiento intelectual y, por tanto, sin poder resolver adecuadamente los conflictos que van surgiendo tanto en su trabajo como en su vida personal. «El autodidactismo –añade– fomenta la soledad de los logros». Es decir, que el resultado puede ser potente, incluso excepcional, pero está lleno de fracturas internas que impiden su desarrollo adecuado, porque no está integrado en un sistema que los haga circular saludablemente.

Este libro apunta que la etapa más fecunda de doña Concha se da a partir de la revolución de septiembre de 1868, que trajo consigo cambios importantes en la vida de la pensadora, fortalecida por el nuevo cargo de su admirador y gran amigo Salustiano Olózaga como ministro de Fomento, Gracia y Justicia. Aquel año Arenal también profundiza en su amistad con los intelectuales más destacados del krausismo, como Gumersindo de Azcárate o Francisco Giner de los Ríos. Este último era veinte años más joven que ella, pero ya catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid desde 1866, pasó a ser uno de sus íntimos.

La universidad madrileña vivía un momento de entusiasmo intelectual con el nombramiento del sacerdote secularizado, historiador y hombre de letras Fernando de Castro como nuevo rector, tras la muerte de Julián Sanz del Río. Doña Concha, por primera vez se encontraría vinculada a un grupo de hombres con los que mantenía profundas afinidades. Sin embargo, pasado algún tiempo, su obra sería arrinconada. ¿Por qué? «Todos venían del catolicismo –escribe Caballé–, pero habían evolucionado hacia posiciones incluso radicalmente opuestas», algunos de ellos llegaron a adujar del catolicismo. Arenal nunca dio ese paso, es más, su obsesión por conciliar los contrarios y ponerlos a trabajar en un proyecto común y compartido muchas veces no satisfaría ni a unos ni a otros. «Pero lo decisivo –afirma su biógrafa– es que ese espíritu reformador de la vida española que centraba el krausismo ella lo llevaba dentro y encontraría un terreno abonado en ese momento. Es entonces cuando se perfila decisivamente su obra doctrinal».

El acontecimiento personal más sustancioso de aquella floreciente etapa fue su nombramiento como inspectora de casas de corrección de mujeres, restableciéndola el nuevo Gobierno de un cargo del que había desaparecido, y que nuevamente desaparecería poco antes de la Restauración borbónica en 1873. Como comentamos líneas arriba, esto era lo común y corriente en el turbulento siglo XIX. Tras un pronunciamiento, subían al poder los liberales; tras otro pronunciamiento, estos eran derrocados y ascendían los conservadores, y así sucesivamente y, claro está, con los consiguientes cambios políticos que, básicamente consis-

tían en deshacer lo que habían hecho los anteriores.

Esta biografía nos descubre una persona de enormes contrastes. Nos muestra una joven Arenal orgullosa y con claro complejo de superioridad que más adelante sometería con todas sus fuerzas. Esta actitud, para su biógrafa, merece una lectura de género, por eso, se pregunta: ¿acaso no puede verse este comportamiento como la respuesta de una mujer joven que se sabe brillante e inteligente y que protesta contra la inferioridad que la sociedad tiene reservada a las mujeres en 1840? Su exaltación de sí misma, el alarde de unos rasgos que la distinguen y la eleven de sus congéneres, ¿no puede leerse como una reacción visceral ante quienes quieren someterla? «Para una mujer poderosa intelectualmente –escribe la profesora Caballé–, debía de ser un martirio insufrible tener que sofocar sus posibilidades o transformarlas en debilidad para no llamar demasiado la atención sobre ellas». La situación, con todas sus oscilaciones, la conduciría a un estado de melancolía permanente. Pero a pesar de todos los pesares, doña Concha fue una reformadora convencida, no revolucionaria, que no dejó nunca de luchar. Filósofa, poeta, periodista, novelista, socióloga y penalista reconocida a nivel internacional. Sin lugar a dudas, una mujer fuera de serie.

Hasta el momento contábamos con dos biografías disponibles, la de Juan Antonio Cabezas y la de María Campo Alange. Esta tercera de Anna Caballé supone una buenísima aportación para conocer más a fondo a la pensadora española más importante, original y adelantada a su tiempo del siglo XIX.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Don _____
Con residencia en _____ c/ _____
_____ n°
Ciudad _____ CP _____
DNI _____ Pasaporte _____ Email _____

Se suscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____
A partir del número _____
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario o transferencia a nombre de:
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España

Anual (12m): 52€
Ejemplar mes: 5€

Europa

Anual (12m): 109€
Ejemplar mes: 10€

Resto del mundo

Anual (12m): 120€
Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.
T. 915827945. E-mail: suscripcion.cuadernoshispanoamericanos@aecid.es

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en ficheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.

Precio: 5 €

 <p>MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA Y COOPERACIÓN</p>	 <p>acid</p>	 <p>Cooperación Española</p>
--	---	---

